R.L. Stevenson

La Resaca

PARTE I
EL TERCERO

I

NOCHE EN LA PLAYA

Por toda la extensión de las islas del Paco, hombres dispersos, de muchas razas europeas, y salidos de casi todas las clases sociales, llevan el impulso de su actividad y diseminan enfermedades. Unos prosperan, otros vegetan. Los hay que han escalado las gradas de un trono y poseen islas y armadas. Muchos de ellos tienen que casarse para vivir, y una lozana y jocunda dama de color de chocolate los sustenta en pura ociosidad; y, vestidos a usanza indígena, pero conservando todavía algún rasgo extranjero en su indumento o en sus modales, acaso una sola reliquia—un monóculo, por ejemplo— del oficial y del caballero de otro tiempo, pasan la vida tumbados, a la sombra de las verandas techadas con hojas de palmera, y entretienen a una tertulia de isleños con los recuerdos de los teatros de variedades. Y aun hay otros, menos acomodaticios, no tan avispados, de peor suerte o quizá menos viles, a los que les sigue faltando el pan en aquellas islas de la abundancia.

En el extremo de la ciudad de Papeete, tres de estos últimos estaban sentados bajo un árbol —un *purao*—, en la playa.

Era tarde Ya hacía tiempo que la banda militar, terminado el concierto, se había marchado tocando por el camino, con una abigarrada tropa de hombres y mujeres, empleados de comercio y oficiales de marina, bailando a su zaga, los brazos en torno de los talles, y adornados con guirnaldas. Ya hacía tiempo que la oscuridad y el silencio habían ido avanzando de casa en casa por la minúscula ciudad pagana. Sólo resplandecían los faroles de las calles formando halos fosforescentes entre el follaje de las umbrosas avenidas, o trazando trémulos reflejos en las aguas del puerto. Un zumbar de ronquidos se oía por todo el muelle del Gobierno, entre las pilas de madera. Llegaba hasta la costa desde los pailebots, esbeltos y finos cúters, fondeados todos juntos como botecillos, con las tripulaciones tendidas sobre las cubiertas, bajo el cielo estrellado, o amontonadas en improvistas tiendas de lona entre el desorden de las mercancías.

Pero los que estaban bajo el purao no tenían pensamiento de dormir. La misma temperatura en Inglaterra no hubiera chocado en pleno estío, pero era cruelmente fría para el Mar del Sur. La naturaleza inanimada se daba cuenta de ello, y el aceite de coco estaba helado en la botella en todas las casas, a estilo de jaulas, de la isla; y aquellos tres hombres lo sentían también y tiritaban. Llevaban livianas ropas de algodón, las mismas en que habían sudado por el día y aguantado los aguaceros tropicales; y para colmar su cuita, no

habían desayunado, habían pasado por alto de comida y les había faltado la cena.

Según la expresión corriente en el Mar del Sur aquellos tres hombres estaban sobre la playa. La común desgracia les había hecho juntarse, reconociéndose por los tres seres más miserables, de habla inglesa, en Tahití; y más allá de su miseria, cada uno de ellos apenas sabía nada de los otros dos, ni siquiera sus verdaderos nombres. Los tres habían hecho un largo aprendizaje en su camino hacia la ruina; y cada uno de los tres, en alguna etapa de su caída, se había visto obligado, por vergüenza, a adoptar un alias. Y sin embargo, ninguno de ellos había comparecido nunca ante un Tribunal de justicia; dos, eran hombres de amables virtudes, y uno de éstos, sentado allí arrecido, bajo el purao, guardaba en el bolsillo un destrozado "Virgilio".

Verdad es que si hubiera sido posible sacar dinero del libro, Robert Herrick habría ya sacrificado, mucho tiempo antes, aquella su última posesión; pero la demanda de literatura, tan característica en algunas partes del Pacífico, no se extiende hasta las lenguas muertas; y más de una vez el "Virgilio", que no podía trocarse por una comida, le había consolado del hambre. Lo repasaba tendido a la larga, y con el cinturón apretado, en el suelo de la antigua prisión, buscando pasajes favoritos y descubriendo otros nuevos que sólo le parecían menos bellos porque les faltaba la consagración del recuerdo. O se detenía en sus vagabundeos sin fin por el campo, se sentaba al borde de una senda mirando, al otro lado del mar, las montañas de Eimeo, y abría al azar la "Eneida", buscando suertes. Y si el oráculo —como es costumbre de los oráculos— respondía con palabras ni muy precisas ni muy alentadoras, al menos visiones de Inglaterra surgían en tropel en la mente del desterrado: la bulliciosa sala del colegio, los verdes campos de recreo, las vacaciones en casa, y el perenne rumor tumultuoso de Londres, y la chimenea familiar, y la blanca cabeza de su padre. Que es el sino de esos graves, sobrios, autores clásicos, con lo que entablamos forzado y a veces penoso conocimiento en las aulas, diluirse en nuestra sangre y penetrar en la substancia misma de la memoria; y así, una frase de Virgilio, no habla tanto de Mantua y de Augusto, como de rincones de la tierra natal y de la propia juventud, ya irrevocablemente perdida, del estudiante.

Robert Herrick era hijo de un hombre listo, activo y ambicioso, partícipe, en modesta escala, en una gran casa comercial de Londres. El muchacho despertó halagüeñas esperanzas, se le envió a un buen colegio, ganó allí una beca en Oxford y, a su tiempo, fue a seguir sus estudios en aquella Universidad. Con todo su talento y refinamiento de gustos —y en ambas cosas abundaba— faltábale a Robert solidez y virilidad intelectual; perdíase en extraviadas sendas de estudio, se afanaba por la música o por la metafísica cuando debía dedicarse al griego, y, al fin, salió de la Universidad con un grado mediocre. Casi al propio tiempo quebró, desastrosamente, la casa de Londres, y Herrick padre tuvo que empezar la vida de nuevo, como empleado en un escritorio ajeno; y Robert renunció a sus ambiciones y aceptó, con resig-

nación, un oficio que aborrecía y despreciaba. Los números no le entraban en la cabeza, no le interesaban los negocios, detestaba la sujeción de las horas de oficina, y desdeñaba los éxitos y los afanes de los mercaderes. Llegar a enriquecerse, no le tentaba; le bastaba con un buen pasar. Un mozo de peor índole o de mayor audacia se habría rebelado contra el destino; acaso hubiera intentado hacerse un porvenir con la pluma; quizá hubiese sentado plaza. Robert, más prudente, probablemente más tímido, se avino a seguir la profesión en la que más pronto podía ayudar a su familia. Pero lo hizo sin decidirse más que a medias, sin resolución firme; huyó de sus antiguos compañeros y escogió, entre varias colocaciones que se le ofrecían, un empleo en Nueva York.

Fue la suya, desde entonces, una carrera de no interrumpido bochorno. No bebía, era estrictamente honrado, se conducía cortésmente con sus jefes; sin embargo, de todas partes se le despedía. Como no se interesaba en el cumplimiento de sus deberes, no ponía en ellos atención; su cotidiana labor era una mezcla de cosas que se quedaban sin hacer o que quedaban mal hechas; y de empleo en empleo y de ciudad en ciudad; llevaba tras sí la fama de inepto. Nadie puede soportar, sin que se le suba el color a la cara, que se le aplique ese calificativo: no hay en verdad ningún otro que de manera tan rotunda nos cierre, como con un portazo en la cara, el acceso a nuestra propia estimación. Y para Herrick, consciente de sus talentos y de su cultura, que miraba con menosprecio esos menesteres humildes para los cuales no se le consideraba capaz, el sufrimiento era intolerable. Desde que se inició su derrumbamiento, no pudo enviar dinero a su familia; poco después, como sólo podía contar fracasos, dejó de escribir; y un año antes del comienzo de esta historia, echado de pronto a la calle, en San Francisco, por un judío alemán, soez y colérico, había perdido todo respeto de sí mismo, y, en un súbito impulso, cambió de nombre e invirtió su último dólar en un pasaje en el bergantín correo *City of Papeete*. Con qué esperanza había endulzado aquella fuga a los mares del Sur, quizá ni él mismo lo sabía. Es cierto que allí se podían hacer fortunas negociando en perlas o en copra; sin duda otros, no mejor dotados que él, habían llegado en aquel mundo de las islas, a ser consortes de reinas y ministros de reyes. Pero si Herrick hubiera ido allá con algún propósito firme y digno, habría conservado el apellido de su padre. El alias delataba su bancarrota moral; había arriado su bandera; no se hacía ilusiones de llegar a redimirse o de ayudar a su familia arruinada; y había venido a las islas —donde sabía que el clima era benigno, el pan barato y las costumbres fáciles— como un desertor de la batalla de la vida y del cumplimiento del deber. Fracasar era su sino, se había dicho: pues que, al menos, fuera el fracaso lo más gustoso posible.

Por fortuna, no basta con decirse: "Voy a envilecerme". Herrick prosiguió en las islas su carrera de descalabros; pero en el nuevo ambiente y bajo el nombre postizo, no fueron menos agudos sus sufrimientos. Consiguió un nuevo empleo y lo perdió como de costumbre. Cuando hubo agotado la su-

frida paciencia de los hosteleros, descendió a una mendicidad más franca al borde de los caminos; con el transcurso del tiempo, su buen natural se fue agriando, y, después de un par de repulsas, se hizo huraño y receloso. Sobraban mujeres que hubieran sustentado a un hombre menos guapo o de peor condición: Herrick no dió nunca con ellas o no supo conocerlas; o, si no fue así, algún sentimiento más viril se rebeló en contra y prefirió morirse de hambre. Empapado por las lluvias, abrasado de día, tiritando de noche, sin otro dormitorio que una antigua prisión ruinosa y abandonada, alimentándose de limosnas o con desperdicios de las basuras, sin más compañía que la de otros dos parias como él, había apurado, durante meses enteros, el cáliz de la penitencia. Llegó a saber lo que era la mansa resignación, lo que era estallar en infantiles cóleras de rebelión contra el destino, y lo que era sumergirse en el sopor de la desesperanza. El tiempo le había transformado. Ya no se contaba a sí mismo cuentos de una fácil y quizá gustosa desmoralización corruptora. Había aprendido a descifrar su propia naturaleza; estaba ya demostrado que era incapaz de levantarse, y ahora supo por experiencia que no podía doblegarse para caer en la abyección. Algo que apenas era ni orgullo ni fortaleza, que quizá era sólo refinamiento, le detenía ante la capitulación; pero miraba su mala suerte con creciente rabia y se asombraba a veces de su paciencia.

Ya iban pasados así cuatro meses sin cambio alguno y sin el menor vislumbre de posible mundanza. La luna, vagando por entre un caos de voladoras nubes de todos tamaños, formas y densidades, algunas negras como borrones, otras tenues como cendales, seguía esparciendo la maravilla de su brillo austral sobre el mismo escenario encantador y aborrecido; las montañas isleñas, coronadas con la perenne nube de la isla, la ciudad cubierta por los árboles y tachonada con escasas luces, los mástiles en el puerto, el espejo terso de la laguna y la barrera de arrecifes sobre la que rompía la marejada con blancas espumas. La luz de la luna caía también, como el foco de una linterna, sobre sus dos compañeros, sobre la figura recia. y corpulenta del yankee que se hacía llamar Brown, y del que sólo se sabía que era un capitán de barco, víctima de algún percance; y sobre la desmedrada persona, los ojos pálidos y la sonrisa desdentada de un acanallado y avieso hortera de la City de Londres. ¡Qué compañía para Robert Herrick! El patrón yankee era, al menos, un hombre; tenía ingénitas cualidades de ternura y resolución; cualquiera podía estrechar su mano sin rubor. Pero no había ninguna gracia redentora en el otro, el cual se hacía llamar unas veces Hay y otras Tomkins, y se reía de la discrepancia; que había servido en todos los almacenes de Papeete, pues no carecía de competencia, y que de todos había sido despedido, porque era de una contumaz villanía; que de tal modo se había hecho aborrecer por cuantos le habían empleado, que pasaban a su lado en la calle como si fuera un perro, y sus antiguos compañeros le esquivaban como a un acreedor.

No hacía mucho que un barco había traído del Perú una epidemia de gripe que hacía estragos en la isla y, especialmente, en Papeete. De todas partes, alrededor del purao, se alzaba de cuando en cuando un lastimero alboroto de gentes que tosían y se atosigaban al toser. Los enfermos, indígenas, con la nerviosidad propia de los isleños ante un asomo de fiebre, se habían arrastrado fuera de sus casas, anhelosos de frescura, y sentados en cuclillas en la playa o en las canoas varadas sobre la arena, esperaban con ansia el nuevo día. Como el canto de los gallos se propaga de noche por el campo, de alquería en alquería, las explosiones de tos estallaban y se esparcían y morían a lo lejos, y de nuevo volvían a surgir más cerca. Cada uno de aquellos desdichados calenturientos se sugestionaba con la tos del vecino, sufría durante unos minutos las convulsiones del feroz acceso, y se quedaba agotado, sin voz y sin fuerzas, cuando la crisis pasaba. La playa de Papeete, en aquella fría noche y en aquel tiempo de epidemia, era lugar propicio para que el más compasivo pudiera dar empleo a toda la piedad que sobrase en su corazón. Y de todos los atacados, acaso el que menos la merecía, pero ciertamente el que más la necesitaba, era el dependiente londinense. Estaba hecho a otro género de vida: a casas, lechos, cuidados de enfermeros, a las delicadezas que se proporcionan al que sufre; y se encontraba ahora allí, en la fría intemperie, expuesto a las ráfagas del viento y con el estómago vacío. Estaba, además, aniquilado; la enfermedad le sacudía hasta las entrañas, y sus compañeros se asombraban de que pudiera resistirla. Sentían por él honda lástima, que contendía con su aborrecimiento, y lo vencía. Lo repugnante de tan desagradable dolencia acrecentaba aquella aversión, y al propio tiempo, y como decisivo contrapeso, la vergüenza por tan inhumano sentimiento les empujaba con mayor ardor al servicio del paciente; y hasta lo malo que de él sabían aumentaba su solicitud, pues nunca es tan temerosa la idea de la muerte como cuando se acerca al meramente sensual y egoísta. A veces le ayudaban a incorporarse; otras, con equivocado celo, le golpeaban entre los hombros, y cuando el mísero se quedaba tendido de espaldas, espectral y agotado, después de un paroxismo de tos, le examinaban la cara, dudando si encontrarían en ella alguna señal de vida. No hay nadie que no tenga alguna virtud: la del dependiente era la valentía; y se apresuraba a tranquilizarlos con alguna broma, no siempre decente:

—Esto no es nada, compinches —murmuró una de esas veces, sin aliento—, no hay cosa mejor para fortalecer los músculos de la laringe.

—¡La verdad es que tiene aguante! —exclamó el capitán.

—No me achico por poca cosa prosiguió el paciente con entrecortada voz—. Pero me parece una perra suerte que sea a mí al único a quien le ha tocado la china y el que haya de hacer reír a los demás. Ya podía alguno de vosotros animarse y hacer algo; contarle a uno cualquier cosa.

—El mal está, amigo, en que no tenemos nada que contar —respondió el capitán.

—Yo le contaré, si quiere, lo que estaba pensando —dijo Herrick.

—Díganos cualquier cosa —contestó el dependiente—. Sólo necesito que me hagan recordar que no estoy muerto.

Herrick comenzó su cuento, tendido de bruces y hablando lentamente, casi entre dientes, no como el que tiene algo que decir, sino como el que sólo habla por matar el tiempo.

—Bien; pues pensaba esto: que estaba en la playa de Papeete una noche —toda de luz de luna, chubascos y gente tosiendo—, con hambre y con frío y con el corazón en los talones, y que tenía noventa años, y de ellos había pasado unos doscientos veinte en la playa de Papeete. Pensaba que ojalá tuviera una sortija mágica o una hada bienhechora o el poder de evocar a Belcebú, y trataba de recordar la receta para hacerlo. Sabía que se hace un círculo de calaveras, porque lo había visto en el *Freischutz,* y que había que quitarse la chaqueta y remangarse las mangas de la camisa, pues así operaba el actor que hacía de Kaspar, y bien se veía que estaba muy al tanto de ello, y que había que levantar una humareda maloliente, lo cual puede hacerse con un cigarro, y decir el "Padrenuestro" al revés. Me pregunté si sería capaz de esto último: la cosa no parecía fácil. Me pregunté después si sería capaz de decirlo al derecho, y me pareció que sí. Pues bien; aun no había llegado a la mitad, cuando vi que venía por la playa un sujeto vestido con un *pariu* y que traía una esterilla bajo el brazo. Era un vejete más bien feo, cojitranco, y no cesaba de toser. Al principio no me gustó, pero luego me compadecí del pobrete porque tosía de aquel modo. Me acordé de que aún nos quedaba un poco del jarabe para la tos, que el cónsul de los Estados Unidos le dio al capitán para Hay, y aunque a éste no le sirvió de nada, creí que acaso le vendría bien al viejo y me levanté. *¡Yorana!* —le dije—. *¡Yorana!* —me contestó—. "Oigame —proseguí—, tengo una pócima de superior calidad en una botella, que le va a curar la tos. *Harry my* y le mediré una cucharada en el hueco de la mano, porque tenemos los cubiertos en casa de nuestro banquero". Pensé después que el vejete se aproximaba, y cuando más de cerca, me gustaba menos. Pero yo había comprometido mi palabra, como veis.

—¿Y a qué vienen todas esas sosadas? —interrumpió el hortera—. Es como la monserga de los "tracts".

—Es un cuento. Solía contárselos a los pequeños en casa - dijo Herrick—. Si le aburre, me callo.

—¡Adelante con ello! —respondió, colérico, el enfermo—. Más vale eso que nada.

—Bueno prosiguió Herrick—. En cuanto le di el jarabe pareció que se erguía y se transformaba y, bien mirado, que no era un tahitiano, sino una especie de árabe con luengas barbas. "Una buena acción se paga con otra", me dijo" "Soy un mago escapado de las *Mil y Una Noches,* y esta esterilla que tengo bajo el brazo es el auténtico y original tapiz de Mohammed Ben No-sé -cuántos. Diga usted una sola palabra y puede hacer una travesía en él".- "¿Me va usted a hacer creer que es el Tapiz Encantado?", exclamé. "Le apuesto un dólar a que sí", dijo con fuerte acento yankee. "Usted ha estado

en América después que yo leí las *Mil y Una Noches"*, le contesté un tanto receloso. "Ya lo creo. He estado en todas partes. El que tiene un tapiz como éste, no va a dejarse enmohecer en un hotelito de las afueras". La cosa me pareció razonable. "Muy bien", le dije. "¿Quiere usted decir que puedo sentarme en este tapiz y marchar derecho a Londres?" "En un santiamén", contestó. Eché la cuenta de la diferencia de hora. ¿Cuál es entre Papeete y Londres, capitán?

—Entre Greenwich y Punta Venus, nueve horas y unos minutos y segundos.

—Eso es, poco más o menos, lo que yo calculé: unas nueve horas. Suponiendo que sean ahora aquí las tres de la mañana, me plantaría en Londres a eso de mediodía, y la idea me regocijaba como si me hicieran cosquillas. "Lo que hay de malo ——dije— es que no tengo ni un centavo en el bolsillo. Sería cosa triste verse en Londres y no poder comprar el Standard de la mañana". "¡Ah! —me contestó—, aun no sabe usted las ventajas de este tapiz... ¿Ve esta bolsa? No hay más que meter la mano y la sacará llena de libras esterlinas".

—Diría dobles águilas —observó el capitán.

—¡Así fué! —exclamó Herrick—. Pensé que me habían parecido extraordinariamente grandes; y ahora recuerdo que tuve que ir a una casa de cambio en Charing Cross para procurarme dinero inglés.

—¿De modo que fue usted? dijo el dependiente—. ¿Y qué hizo al llegar? Apuesto a que se bebió un whisky y soda.

—Todo pasó como el venerable sujeto había dicho... en un santiamén. En un segundo estaba aquí, en la playa, a las tres de la mañana, y, en el siguiente, enfrente de la Cruz Dorada, a mediodía. Al principio me sentí deslumbrado y me tapé los ojos, y parecía que nada había cambiado: el estruendo del Strand y el del arrecife eran la misma cosa; escuchad atentos y oiréis el rodar de los "cabs" y los ómnibus y el rumor de las calles. Y al fin pude mirar en rededor y allí estaba el sitio de siempre y no había duda. Allí estaban las estatuas en la plaza y San Martin's-in-the Fields, y los "policemen" y los gorriones y los coches de punto; y no hay modo de decir lo que sentía. Creo que eran como ganas de llorar o de hacer cabriolas o de dar un salto por encima de la columna de Nelson. Era como si me hubiesen sacado del infierno para dejarme caer en la parte mejor del cielo. Busqué un "hansom" con un caballo trotador. "Un chelín de propina si me lleva en veinte minutos", le dije al cochero. Me llevó a buen paso, aunque no podía compararse con el del tapiz; y en diecinueve minutos y medio estaba a la puerta.

—¿Cuál puerta? —preguntó el capitán

—La de una casa que yo sé.

—¡Sería un bar! —gritó el dependiente... aunque esas no fueron precisamente sus palabras—. ¿Y por qué no fue en el tapiz, en lugar de ir dando barquinazos en el alquilón?

—No quería alborotar una calle tranquila - dijo el narrador—. Mal tono. Y además, era un "hansom".

—Bueno, y ¿qué hizo después? —preguntó el capitán

—Pues entrar allí —dijo Herrick.

—¿Los viejos?... - volvió a preguntar aquél.

—Así sería —contestó el otro mordisqueando unas hierbas.

—¡Vaya una chispa para contar cuentos! —exclamó el dependiente—. ¡Cristo!, ¡si parece cosa de "La Moral de los Niños"! ¡Y que no iba a ser más divertida la escapada que hiciese yo! Lo primero un whisky y soda para darme suerte. Después a comprarme un gabán pistonudo, con piel de astracán, y coger mi bastón y bajar por Piccadilly dándome la mar de pisto. Después, iría a un restaurant de primera, a comer guisantes y chuletas de las mejores y mi buena botella de champaña... ¡ah!, y se me olvidaba.... una fritada del Támesis lo primero... y tarta de grosella, y eso que dan en botellas gordas, con un sello... "¡Benedictino!"... así es como se llama. Después me dejaría caer por algún teatro y haría amistad con gente de bulla, y nos iríamos a recorrer las salas de baile y los bares y todo lo demás. Y al día siguiente me daría un desayuno de órdago con manteca fresca, y... ¡ay!...

Un nuevo ataque de tos interrumpió al dependiente.

—Bien, pues ahora les diré lo que yo haría dijo el capitán—. No tomaría ninguno de esos cochecitos de fantasía con el cochero encaramado atrás en lo alto, guiando desde la cruceta de mesana, como quien dice, sino un buen coche de plaza, de cuatro ruedas y del mayor tonelaje posible. Lo primero de todo, sería ir al mercado y comprar un pavo y un lechoncillo. Después iría a una tienda de vinos y compraría una docena de botellas de champaña y otra de algún vino dulzón, de ese gordo y pegajoso y fuerte, algo en el estilo del Oporto o del Madera: lo mejor que tuviesen. Después me pararía en un bazar y echaría veinte dólares en juguetes para los chicos, y, desde allí, a una confitería y me cargaría de pasteles y dulces y bollos, y de esas cosas que adornan con ciruelas; y, en seguida, a un puesto de periódicos, y compraría todos los ilustrados para los pequeños, y para la parienta un buen acopio de los que tienen folletines que hablan de —,Cómo el conde se descubre a Ana María y cómo Lady Maude se escapa de la casa de locos donde la tenían encerrada; y después, le diría al cochero que me llevase a casa.

—Falta mermelada para los chicos -indicó Herrick , -les gusta mucho.

—Mermelada, sí, de la colorada continuó el capitán—. Y esas cosas que se tira de ellas y estallan y ¯tienen versos imbéciles dentro. Y después, les digo que íbamos a tener una Fiesta nacional y una Navidades, todo de una vez. ¡Lo que yo daría por ver a los chiquillos! ¡Cómo saldrían disparados de casa cuando vieran llegar al papá en coche! Mi niña Ada...

Y el capitán se calló de pronto.

—¡Adelante con ello! ——dijo el dependiente.

—¡Lo peor es que no sé si se están muriendo de hambre! —exclamó el capitán.

—Por muy mal que estén no han de estar peor que nosotros, y eso es un consuelo —prosiguió el otro—. Aunque el demonio se empeñase, no podría hacer que me fuera peor.

Fue como si el demonio le hubiera oído. Ya hacía un rato que se había extinguido la claridad de la luna y que conversaban en la oscuridad. Se oyó de pronto como un bramido lejano que se aproximaba impetuoso; se vio blanquear la superficie de la laguna, y antes de que pudieran, atropelladamente, ponerse en pie, descargó sobre ellos el chubasco. Quien no haya vivido en los trópicos no puede imaginar la violencia y la intensidad de aquella avalancha; cortaba la respiración y hacía jadear como cuando se toma una ducha, y el mundo no era más que un revuelto torbellino de tinieblas y de agua. Llegaron a tientas, en busca de su acostumbrado cobijo casi pudiera llamarse casa—, el antiguo calabozo; llegaron empapados a sus celdas vacías y se tendieron, como tres remojadas piltrafas de humanidad, en el frío suelo de coral; y un momento después, pasado el chubasco, oían los otros dos en la oscuridad castañetear los dientes del hortera.

—¡Por Dios! —dijo con lastimero acento—, acercaos para ver si me caliento. Para mí, que si no lo hacéis, me largo.

Y los tres se acurrucaron juntos, en una masa húmeda, y así estuvieron hasta el amanecer, tiritando y adormilándose y despertándose a cada momento, para sentir el horror de su miseria, por las toses del dependiente.

II

LA MAÑANA EN LA PLAYA.

Se habían dispersado todas las nubes, la belleza del día tropical se tendía sobre Papeete: el muro de las olas rompía sobre el arrecife, y las palmeras de la isla parecían ya temblar en el aire caliente. Un buque de guerra francés iba a zarpar, de vuelta a su país. Estaba anclado en mitad del puerto y reinaba en él la inquieta actividad de un hormiguero. Por la noche había entrado un pailebot y ahora estaba fondeado allá lejos, junto a la entrada, y tenía izada la bandera amarilla, emblema de la peste. Bajando por la costa, una larga procesión de canoas doblaba la punta y se dirigía al mercado, alegre y llamativa, con los mil colores de los trajes indígenas y de los montones de frutas. Pero ni la belleza, ni el apetecible calor de la mañana, si siquiera esas escenas náuticas, que tanto interesan a la gente de mar y a los desocupados, podían atraer la atención de aquellos hombres. Aun tenían el frío metido en el corazón, amarga la boca por el insomnio, y el andar vacilante por falta de sustento; y marchaban uno tras otro, en lastimosa hilera claudicante, a lo largo de la playa, agobiados y silenciosos. Iban hacia la ciudad, hacia las casas donde ya se levantaba el humo y donde gentes más dichosas estaban desayunando; y, según avanzaban, sus ojos ávidos y famélicos se volvían a todos lados, pero sólo trataban de encontrar comida.

Un pailebot pequeño y mugriento estaba amarrado al muelle y unido a él por un tablón. A proa, bajo un toldo minúsculo, cinco kanakas que constituían la tripulación, rodeaban, sentados sobre la cubierta, una tartera de plátanos fritos y tomaban café en vasos de estaño.

—¡Las ocho: alto al trabajo y a desayunar! —gritó el capitán con mísera jovialidad—. Aún no he hecho la prueba con este barco; aparezco por primera vez ante este público; voy a tener un lleno.

Se aproximó al sitio en que el tablón estaba apoyado en la hierba que crecía en el muelle, volvió la espalda al pailebot y empezó a silbar aquella retozona tonada: "La Lavandera Irlandesa". En los oídos de los marineros kanakas sonó como si fuera una señal convenida, pues todos levantaron la cabeza y se agruparon después junto a la borda, plátano en mano, sin dejar de engullir mientras miraban. Como baila uno de esos macilentos osos de los Pirineos, en las calles de las ciudades inglesas, ante el garrote de su dueño, así, aunque con más garbo y medida, el capitán marcaba con los pies el compás de la música, y su sombra matutina, desmesuradamente alargada, danzaba delante de él sobre la hierba. Los kanakas miraban sonriendo el espectáculo; Herrick lo veía con soñolientos ojos, y el hambre embotaba en él, por el momento, toda sensación de vergüenza; y un poco más apartado, pero muy próximo, el dependiente se descoyuntaba en un fiero acceso de tos.

El capitán se detuvo de pronto, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que le escuchaban, y representó a lo vivo el papel de un hombre sorprendido en un momento de íntimo y solitario regocijo.

—¡Hola! —exclamó.

Los kanakas aplaudieron dando palmadas y pidieron que continuase.

—¡No, señor! —dijo el capitán—. No comida, no bailar. ¿Sabe?

—¡Pobrecito! —contestó uno de la tripulación—. ¿El, no comer?

—¡Por cierto que no! —dijo el capitán—. Comida gustar mucho. No tener.

—Muy bien. Tener yo ——dijo el marinero—. Tú venir aquí. Mucho café, mucho *fei*. Los otros también venir.

—Parece cosa de meterse dentro ––observó el capitán; y él y sus compañeros se apresuraron a cruzar el tablón. Fueron recibidos a bordo con apretones de mano; se añadió al festín una pegajosa damajuana de melaza, en honor de los huéspedes, y trajeron del alcázar de proa un acordeón, que fue colocado intencionadamente al lado del artista.

Ariana dijo éste campechanamente, poniendo la mano sobre el instrumento, y acometió a un suculento plátano, lo despachó en un segundo, levantando el vaso de café, y saludó con la cabeza al que llevaba la voz de la tripulación, al otro lado de la tartera—. A tu salud, amigo, haces honor al Pacífico.

Con la indecorosa avidez de canes famélicos, se atracaron de plátanos calientes y de café, y hasta el dependiente pareció revivir y se le animaron los ojos. La cafetera quedó escurrida; la tartera, como fregada. Los anfitriones, que no habían cesado de atender a las necesidades de sus invitados, con la placentera hospitalidad de los polinesios, se apresuraron a traer, como post-

re, tabaco de las islas y rollos de hojas de pantana, para servir el papel de fumar, y sentados todos a la redonda de los cacharros, se pusieron a aspirar humo como pieles rojas.

—Cuando un individuo desayuna a diario, no sabe lo que tiene —observó el dependiente.

—Ahora tenemos que resolver la comida ——dijo Herrick, y después, poniendo en ello toda su alma: —¡Si Dios permitiera que fuese yo un kanaka!

—Sólo hay una cosa cierta ——dijo el capitán—: que estoy ya desesperado, y que preferiría ir a la horca a seguir pudriéndome aquí por más tiempo.

Y diciendo esto, asió el acordeón y se puso a tocar "Home, sweet home".

—¡Oh, eso no! —gritó Herrick—. No puedo sufrirlo.

—¡Ni yo tampoco! —dijo el capitán—. Pero tengo que tocar algo; hay que pagar la cuenta, hijo. Y rompió a cantar "El cuerpo de John Brown", con una bonita y afinada voz de barítono. —"Dandy Jim de Carolina", vino después, y le siguieron "El atrevido Rorin", "El dulce balanceo", "El bello país". El capitán estaba saldando la cuenta con usura, como ya lo había hecho muchas veces antes. Con la misma moneda, había pagado más de una comida a los indígenas, tan amantes de la música, y siempre, como ahora, con gran contento de los vendedores.

Estaba a la mitad de "Quince dólares en la bolsa", cantando con testaruda energía, pues la tarea no podía serle más ingrata, cuando se notó una cierta inquietud entre los tripulantes.

—*Tapitán Tom harry my* dijo, señalando uno de ellos.

Y los tres vagos de playa, siguiendo la indicación, vieron a un hombre con un jersey blanco y pantalón de pijama que venía a buen paso desde la ciudad.

—¿Es aquél *Tapitán Tom?* preguntó el capitán suspendiendo la música—. No me parece recordar a ese animal.

—Más vale largarnos —dijo el dependiente—. No tiene buena pinta.

—Ya veremos —dijo el músico con decisión—. No siempre se acierta a primera vista. Voy a hacer la prueba. La música tiene encantos para ablandar al salvaje Tapitán, muchachos. Quizá demos con una mina; quizá puede llegar a valernos hasta ponche helado en la cámara.

—¿Ponche helado? ¡Cristo! —dijo el dependiente—. Arránquese con algo de lo fino, capitán "Bajando el río Sawannee": pruebe con eso.

—No, señor —replicó el capitán—. Tiene trazas de escocés. Y la emprendió, poniendo toda su alma, con la antigua canción escocesa "Auld Long Syne".

El capitán seguía acercándose con la misma prisa de hombre quehaceroso; no se notó ninguna alteración en su cara barbuda, al subir balanceándose por el tablón; ni siquiera volvió los ojos hacia el artista.

"...Juntos remando en la ría
desde que el día apuntaba

hasta que el sol se ponía..."

El capitán Tom llevaba bajo el brazo un paquete, que dejó sobre el techo de la caseta de bajada a la cámara, y volviéndose de pronto hacia los intrusos: —¡Eh, esos! —bramó—. ¡Largo de ahí!

El dependiente y Herrick no esperaron a que se lo dijera dos veces, sino que huyeron in continente por el tablón. El artista, por su parte, tiró al suelo el instrumento y, lentamente, irguió su aventajada estatura.

—¿Qué ha dicho usted? —dijo—. Me están entrando ganas de darle una lección de cortesía.

—Véngame usted a mí con esas —respondió el escocés—, y hago que le metan en la cárcel. Ya he oído hablar de vosotros tres. No vais a andar mucho tiempo por aquí; yo os lo aseguro. El Gobierno os tiene echando el ojo. Aquí saben entendérselas pronto con los malditos vagos de playa; hay que hacer esa justicia a los franceses.

—Espere usted a que le atrape fuera del barco —dijo el capitán—, y después, volviéndose hacia la tripulación: —¡Adiós, amigos! Vosotros sois, con todo, unos caballeros. El último negro de entre vosotros haría mejor figura sobre una toldilla que ese puerco escocés.

El capitán Tom no se dignó contestar; miró con despectiva sonrisa la marcha de sus huéspedes, y tan pronto como el último de ellos hubo traspuesto el tablón, puso a los tripulantes a trabajar en el cargamento.

Los vagos de playa siguieron su bochornosa retirada a lo largo de la costa. Herrick iba delante, con la cara oscurecida de puro roja, y sacudido por una rabia histérica que le hacía temblar las rodillas, Bajo el mismo *purao* donde había tiritado la noche antes, se arrojó al suelo, sollozando ruidosamente, y enterró el rostro en la arena.

—¡Qué no me hablen!, ¡qué no me hablen! No puedo sufrirlo.

Los otros dos, perplejos, se pararon a su lado.

—¿Qué es lo que no puede sufrir ahora? —dijo el dependiente—. ¿No acaba de llenar la tripa? Todavía me estoy rechupando.

Herrick dejó ver sus ojos enloquecidos y su faz congestionada. "¡No puedo mendigar!" —gritó, y volvió a echarse boca abajo.

—Esto tiene que acabar ——dijo el capitán con voz entrecortada.

—¡Ya, ya! Las trazas son de que se acerca el fin —dijo el dependiente, riéndose con sorna.

—Él, al menos, no está tan lejos de ello como a usted se le figura —replicó el capitán—. Bueno añadió en tono más animado—, vosotros me esperáis aquí, y yo voy a dar una vuelta, a ver lo que dice mi representante.

Y dando la espalda se echó a andar, con oscilante paso marinero, hacia Papeete.

Media hora después estaba de vuelta. El dependiente dormitaba reclinado de espaldas contra el árbol; Herrick yacía en el mismo sitio donde se dejó caer; nada indicaba si estaba dormido o despierto.

—¡Eh, muchachos! —gritó el capitán con aquella artificiosa jovialidad suya, tan angustiosa a veces—. ¡Una novedad! —y sacó tres pliegos de papel de cartas, tres sobres ya franqueados y tres lapiceros—. Podemos escribir a nuestras casas por el bergantín correo; y el cónsul me ha dicho que puedo volver a su oficina a poner con tinta los sobres.

—La verdad es que es una idea ——dijo el dependiente—. No se me hubiera ocurrido.

—Fueron aquellos cuentos de anoche, de volver a la tierra, lo que me hizo pensar en ello.

—Bueno, venga aquí. Voy a buscar un retiro— y el dependiente se fue a sentar a poco trecho, a la sombra de una canoa.

Los otros se quedaron bajo el purao. De cuando en cuando escribían una o dos palabras, y las tachaban después; a veces se quedaban inmóviles mordiendo la punta del lápiz y contemplando el mar; otras, miraban al dependiente, que seguía recostado en la canoa, riéndose y tosiendo mientras hacía deslizarse el lápiz, sin pausa, sobre el papel.

—No puedo —exclamó Herrick, de pronto—. Me falta valor.

—Óigame usted —dijo el capitán hablando con desusada gravedad—, es cosa dura escribir y, más aún, escribir mentiras, bien lo sabe Dios; pero hay que hacerlo. Nada cuesta decir que está uno bien y contento, y que siente no poder mandar dinero en este correo. Y si usted no lo hace, voy a decirle lo que pienso de ello; que es la señal más clara de ser una bestia egoísta.

—Es cosa fácil hablar- dijo Herrick—. Usted mismo, según veo, tampoco ha escrito mucho.

—¿Qué tiene usted que ver conmigo? -exclamo el capitán. Y aunque su voz no era casi más que un murmullo, vibraba en ella la emoción—. ¿Qué sabe usted de mí? Si usted hubiera mandado la mejor fragata que salía de Portland, si usted hubiera estado borracho en su litera cuando chocó contra las rompientes en el grupo de las Catorce Islas, y no hubiera tenido el buen sentido de seguir en la cama y ahogarse, en vez de subir a cubierta y dar órdenes de beodo y hacer que se perdieran seis vidas... ¡entonces podía usted hablar! Ahí está —continuó más tranquilo—: esa es mi historia, y ahora ya la sabe. Muy bonita para un padre de familia. Cinco hombres y una mujer asesinados. Sí, había una mujer a bordo, y que no tenía por qué estar allí, además. Supongo que la hice ir al Infierno, si es que lo hay. No me atreví ya a volver a casa; y la mujer y los chicos se fueron a Inglaterra con mi suegro. No sé qué ha sido de ellos —añadió con un trágico encogimiento de hombros.

—Muchas gracias, capitán —dijo Herrick—. Nunca le aprecié a usted tanto.

Se dieron un apretón de manos, corto y fuerte, apartando las miradas para ocultar su enternecimiento.

—Y ahora, ¡ánimo y a inventar mentiras! dijo el capitán.

—Yo desisto de escribir a mi padre —contestó Herrick; con una concentración de los labios que pretendía ser una sonrisa—. Lo intentaré con mi novia, para mudar de males.

Y he aquí lo que escribió:

"He tachado, Emma, el comienzo de esta carta, que iba dirigida a mi padre, porque me parece más fácil escribirte a ti. Este es mi último adiós a todos, lo último que has de oír de un amigo y de un hijo indigno. He fracasado en la vida; estoy caído y desterrado. Me oculto bajo un hombre falso: tendrás tú que decir esto a mi padre, con la ayuda de toda tu bondad. La culpa es sólo mía. Yo sé que si hubiera puesto en ello todo mi voluntad, me habría abierto camino; y sin embargo, te juro que hice cuanto pude para ponerla. No puedo soportar la idea de que pienses que no lo intenté. Porque os quería a todos; no dudéis nunca de eso, y tú, menos que nadie. Nunca dejé ni por un momento de amarte; pero ¿qué valía mi amor? ¿y qué valía yo mismo? No tenía la hombría del último hortera, no era capaz de trabajar para hacerte mía; ahora te he perdido, y por ti debería alegrarme de ello. Cuando llegaste a casa de mi padre (¿Te acuerdas de aquellos tiempos? Quiero que te acuerdes?), viste lo mejor que había en mí, todo lo que yo tenía de bueno. ¿Te acuerdas de aquel día en que te cogí la mano y no quería soltarla?... ¿y del día en que estábamos mirando una barcaza desde el puente de Battersea, y empecé a contarte una de mis fantástica tonterías y de pronto, sin poderme contener, te dije que te amaba?... Aquél fue el principio, y éste es el fin. Cuando hayas leído esta carta, levántate y dales a todos un beso de despedida: a mis padres, a los pequeños, uno por uno, y al pobre tío, y diles a todos que me olviden y olvídame tú misma. Echad la llave a la puerta: que no vuelva a entrar ningún pensamiento de mí; no os ocupéis más del pobre fantasma que pretendió pasar por un hombre y te robó tu amor. El desprecio de mí mismo me desgarra el corazón mientras escribo. Debería decirte que estoy bien y contento, y que nada me falta. No logro precisamente hacer dinero, y por eso no mando nada; pero estoy bien cuidado, tengo amigos, vivo en un paraje y en un clima tan bellos como los que imaginábamos en nuestros sueños, y no hay para qué malgastar compasión en mí. Debes comprender que, en sitios como éste, es fácil vivir, y aun vivir bien, pero a menudo es muy difícil ganar seis peniques en dinero. Explica esto a mi padre y lo entenderá. No tengo más que decir, aunque no me decido a acabar, deteniéndome al marcharme, como huésped que se va de mala gana. Que Dios te bendiga. Piensa en mí por última vez, tal como estoy aquí, en una playa luminosa, el mar y el cielo de un azul violento, las olas enormes retumban allá lejos, al romper sobre la barrera del arrecife, donde se asienta una isla, toda verde, de palmeras. Estoy sano y fuerte. Más agradable es morir así, que acabar enfermo con vosotros en torno de mi cama. Y, con todo, me estoy muriendo. Este es mi último beso. Perdona, olvida al indigno..."

Hasta aquí había escrito, y el papel estaba ya lleno, cuando tornó a su memoria el recuerdo de veladas junto al piano, y el de aquella canción... la obra maestra del amor, en la que tantos han encontrado la expresión de sus más entrañables pensamientos: "¡Einst, O wunder!", añadió a lo escrito. No hacía falta más: sabía que en el corazón de su amada el contexto surgiría al punto, evocando maravillosas imágenes y armonías; haciendo sentir cómo, a través de toda la vida, su nombre había de vibrar en los oídos del amante, y su eco se repetiría en todos los sonidos de la naturaleza; y que, cuando la muerte viniera para él y su ser se desintegrase, la memoria de ella subsistiría entre sus elementos dispersos.

"Un día, ¡oh milagro!, de las cenizas de mi corazón brotó una flor..."

Casi a la vez acabaron sus cartas Herrick y el capitán, y los dos respiraban anhelosamente y sus miradas se cruzaron, y se esquivaron al cerrar los sobres.

—Lástima que tenga la letra tan grande —dijo el capitán malhumorado—. Todo me salió de golpe, en cuanto logré empezar. —Lo mismo a mí —dijo Herrick—. Podía haber llenado una resma, una vez lanzado; pero harto larga es, para lo bueno que tenía que contar.

Estaban aún escribiendo las direcciones, cuando el otro se acercó sonriente y jugueteando con su sobre, como hombre muy satisfecho. Miró por encima del hombro de Herrick.

—¡Hola! —exclamó—. Usted no ha escrito a su casa.

—Sí, he escrito —contestó Herrick—. Es una persona que vive en casa de mi padre. ¡Ah! ya veo lo que quiere decir... —añadió—. Mi verdadero apellido es Herrick. Se acabó el Hay los dos habían usado el mismo seudónimo––. Yo era tan Hay, me figuro, como usted.

—¡Eso se llama pegar en la diana! Yo me llamo Huish, si quiere usted saberlo. Todo el mundo gasta nombre falso en el Pacífico. Apuesto diez contra uno a que le pasa igual al capitán.

—Así es contestó éste—; y no he vuelto a decir el mío desde el día en que arranqué la primera hoja de mi Browditch y la tiré al mar. Me llamo John Davis. Yo soy el Davis del Sea Ranger.

—¡Con que es usted! dijo Huish—. ¿Y qué clase de barco era? ¿negrero o pirata?

—Era la fragata más velera del puerto de Portland, en Maine; y, de la manera que la perdí, es como si la hubiera abierto un agujero en el costado, con un taladro.

—¿De modo que la perdió usted, eh? ——dijo el dependiente—. Supongo que estaría asegurada.

Como esta pulla se quedó sin respuesta, Huish, que aún rebosaba de vanidad y ganas de conversación, cambió de tema.

—Me están dando ganas —dijo— de leerles mi carta. Sé manejar una pluma cuando quiero, y ésta es la primera. Se la he escrito a una chica de un bar con quien me tropecé en Northampton: era una hembra extra y con un garbo y un aire que no había más que pedir; y nos empalmamos en cuanto nos vimos, como los de las comedias. Lo menos me gasté con ella el cambio de un billete de cinco libras. Pues, por casualidad, me he acordado de su nombre y la he escrito y le digo que me he hecho rico y me he casado en las islas con una reina, y vivo en un palacio despampanante. ¡Qué de bolas! Tengo que leerles el párrafo donde digo cómo abrí el parlamento de negros, con un tricornio. Verdaderamente es de primera.

El capitán se incorporó de un salto, dando un rugido.

—¿Para eso le ha servido el papel que yo fui a mendigar al Consulado?

Quizá fue una suerte para Huish —seguramente; al cabo, una desgracia para todos— que en aquel momento preciso le acometiera uno de los terribles accesos de tos; de otro modo sus compañeros le hubieran abandonado: tan fiero era su resentimiento. Cuando el ataque hubo pasado, el dependiente alargó la mano, cogió la carta, que se había caído al suelo, y la rasgó en pedazos, con sello y todo. —¿Están satisfechos? preguntó frunciendo el ceño.

No hablemos más de ello —contestó Davis.

III

LA ANTIGUA PRISION.— EL DESTINO LLAMANDO A LA PUERTA

La prisión abandonada, que por tanto tiempo había servido de cobijo a los desterrados, era una construcción baja y rectangular, en la esquina de una frondosa avenida, al Poniente de la ciudad y no muy lejos del Consulado británico. En el interior había un patio cubierto de hierba y de escombros, con señales de haber acampado allí huéspedes trashumantes. Seis o siete celdas tenían su entrada por el patio, y sus puertas, que un día sirvieron para encerrar balleneros amotinados, se pudrían derrumbadas sobre la hierba. No quedaba ninguna traza de su pasado destino, a no ser las enmohecidas rejas de las ventanas.

El piso de una de las celdas había sido, en parte, desescombrado; junto a la puerta había un balde lleno de agua —último utensilio casero de los tres miserables— y la mitad de una cáscara de coco, para servir de vaso; y sobre unos restos de estera, estaba durmiendo Huish, esparrancado, con la boca abierta y el rostro cadavérico. El fulgor de la tarde tropical, al que el follaje iluminado por el sol daba un tono verdoso, se filtraba en aquel lugar sombrío, por la puerta y la ventana; y Herrick, que se paseaba recorriendo de un extremo a otro el suelo de coral, se detenía de cuando en cuando para lavarse la cara y el pescuezo con el agua tibia del balde. Todos sus pasados sufrimientos, la noche de insomnio, los insultos de la mañana y el suplicio de

escribir la carta, le habían puesto en ese estado de ánimo en que el dolor es casi una voluptuosidad, el tiempo se reduce a un mero punto, y la muerte y la vida son cosas indiferentes. Marchaba de un lado a otro, como bestia enjaulada; su espíritu revoloteaba errante por el mundo del pensamiento y la memoria; sus ojos, según andaba, recorrían casi sin verlos los letreros escritos en las paredes. De ellos estaba casi cubierto el revoco, que se iba desmoronando: nombres tahitianos, franceses, ingleses, y toscos dibujos de barcos navegando y de hombres esposados.

Le vino de pronto la idea de que él también debía dejar en aquellos muros el recuerdo de su paso. Se detuvo frente a un espacio limpio, sacó el lápiz, y meditó. La vanidad, tan difícil de extirpar, se despertó en él. Hemos dicho vanidad, acaso con injusticia. Más bien fue la mera sensación de su existencia lo que le impulsó; el sentimiento de su vida —e1 más grande milagro—, el cual apenas estaba asido con un dedo. En sus nervios desquiciados surgió el intenso presentimiento de un cambio que se acercaba; no podía decir si para bien o para mal: una mudanza, no sabía más... un cambio que, velada la inescrutable faz, se acercaba con cauteloso silencio. Con aquel pensamiento, vino la visión de una sala de concierto, las ricas tonalidades de los instrumentos, el callado auditorio y la voz sonora de la sinfonía. "El destino llamando a la puerta", pensó; trazó un pentagrama en el yeso y escribió en él la famosa frase de la "Quinta Sinfonía". "Así", siguió pensando, "sabrán ellos que amé la música y tenía gustos clásicos. ¿Ellos? Supongo que él: el ignorado espíritu fraternal que vendrá algún día y leerá mi menor esquela. ¡Ah, y sabrá también latín!" Y añadió: *"terque quaterque beati Queis ante ora patrum ".*

Volvió otra vez a su agitado paseo, pero ya con el sentimiento, absurdo y consolador, del deber cumplido. Aquella mañana había cavado su sepultura; ahora había escrito el epitafio; los pliegues de la toga estaban en orden. ¿Por qué retardar el detalle trivial que faltaba por hacer? Se detuvo y miró largo rato la cara de Huish dormido, paladeando el desencanto y el asco de la vida. Se provocaba náuseas contemplando la vil fisonomía. ¿Podía aquello continuar? ¿Qué es lo que ahora le sujetaba? ¿No tenía derechos... y sí sólo la obligación de seguir adelante, sin tregua o liberación, y soportar lo insoportable? *Ich trage unertrdgliches:* la cita volvió otra vez a su memoria; repitió toda la composición, quizá la más perfecta del más perfecto poeta, y una de sus frases le hirió como un puñetazo: *Du, stolzes Herz, du hast es ja gewollt?* ¿Dónde estaba el orgullo de su corazón? Y se revolvía frenético contra sí mismo, insultándose ——como nos obstinamos en hurgar una muela dolorida—, con un morboso placer en su propio menosprecio. "No tengo dignidad, no tengo corazón, no tengo virilidad" pensaba—, o si los tengo, ¿Para qué prolongar una vida más vergonzosa que la horca? Sin orgullo, sin capacidad, sin fuerza... ¡Sin poder ni siquiera ser un bandido! Y estar aquí pereciendo de hambre con seres peores que bandidos...

La rabia contra su compañero le arrebató, y amenazó al durmiente sacudiendo ante él un puño tembloroso.

Se oyeron pasos rápidos. El capitán apareció en el umbral de la celda, jadeante, con una boba expresión de contento en la cara enrojecida. Traía en los brazos una hogaza de pan y botellas de cerveza, y los bolsillos de la chaqueta repletos de cigarros. Extendió sus tesoros en el suelo, cogió a Herrick por ambas manos y soltó una carcajada.

—¡Descorchad la cerveza! vociferaba—. Descorchad la cerveza y gritad: ¡aleluya!

—¿Cerveza? —repitió Huish incorporándose trabajosamente.

—¡Cerveza! —contestó Davis—. ¡Cerveza y abundante! Cualquier número de personas puede usarla (como las pastillas dentífricas de Lyon) con perfecta seguridad y limpieza. ¿Quién va a oficiar?

—Me pinto solo para eso —dijo el dependiente—. Rompió los cuellos de las botellas con un trozo de coral y, uno tras otro, bebieron en la cáscara de coco.

—Ahora, un cigarro —dijo Davis—. Todo entra en la cuenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Herrick.

El capitán se puso de pronto serio: —A eso iba—dijo—. Necesito hablar aquí con Herrick. Usted, Hay... o Huish, o lo que quiera que se llame, coja un cigarro y la otra botella, y se va a ver de dónde sopla el viento, allí, junto al *purao.* Yo le llamaré cuando haga falta.

—¿Qué hay? ¿Secretos? Eso no es decente ——dijo Hish.

—Mire usted, hijo —siguió el capitán—. Este es un negocio muy serio y ándese con cuidado con lo que hace. Si usted va a poner dificultades, puede manejárselas como le dé la gana y quedarse aquí plantado, solito. Pero, entiéndalo bien: si Herrick y yo nos vamos, cargamos con la cerveza, ¿sabe?

—No es que quiera meter cucharada donde no me llaman. Me voy, y buen provecho. Venga la cerveza. Ya pueden hablar hasta que se les caiga la lengua, por lo que a mí me importa. Creo que no está bien entre amigos; eso es todo.

Y salió, bamboleándose y gruñendo, de la celda a la luz cegadora del sol.

El capitán le siguió con la mirada hasta que traspuso el patio; después se volvió hacia Herrick.

—¿Qué es ello? preguntó éste con la lengua trabada.

—Voy a decírselo. Necesito consultarle. Es una ocasión que se nos ha presentado... ¿Qué es eso? —exclamó, señalando la música escrita en la pared.

—¿Cuál? preguntó el otro—. ¡Ah! eso... Música; es una frase de Beethoven que estaba escribiendo. Quiere decir: "El destino llamando a la puerta".

—¿De veras? ——dijo el capitán bajando la voz; y se acercó y examinó la inscripción—. ¿Y esto otro en francés? preguntó, señalando las palabras latinas.

—No es nada, sólo quiere decir que más me valiera haber muerto en mi tierra —contestó, impaciente, Herrick—. ¿Qué asunto es ese?

—“El destino llamando a la puerta" —repitió el capitán, y volviéndose a mirarle—. Eso es, Mr. Herrick, eso viene a ser, poco más o menos.

—¿Qué quiere usted decir? Explíquese.

Pero el capitán se había quedado otra vez mirando a la música.

—¿Cuánto hará que escribió usted esos garabatos?

—¿Pero, qué importa? —exclamó Herrick— Hará cosa de media hora.

—¡Por Dios que es extraño! —exclamó Davis—. Algunos llamarían a eso casualidad; pero yo, no. Esto y subrayó la música. con un dedo fornido—, esto es lo que yo llamo Providencia.

—Dice usted que se nos presenta una ocasión.

—Sí, señor —dijo el capitán dando la vuelta de pronto y quedando cara a cara con su compañero—. Eso he dicho. Si es usted el hombre por quien yo le he tomado, tenemos una ocasión.

—No sé por lo que me ha tomado usted. Difícil le sería tomarme por algo que fuera bastante bajo.

—¡Chóquela usted, Mr. Herrick! Yo le conozco. Es usted un caballero y un hombre de alma. No quería hablar delante del bicho; ya verá usted por qué. Pero a usted se lo diré todo. Tengo un barco.

—¿Un barco? —gritó Herrick—. ¿Cuál?

—Aquel pailebot que vimos esta mañana a la boca del puerto.

—¿El pailebot con la bandera de cuarentena?

—Ese es el bote —dijo Davis—. Se llama el *Farallone;* ciento sesenta toneladas de registro; despachado de San Francisco para Sidney con champaña de California. El capitán, el segundo y un marinero, muertos de viruela; me figuro que de la misma que ha habido en las islas Pomotú. El capitán y segundo, eran los únicos blancos a bordo. Todos los demás tripulantes, kanakas: parece un equipo raro para un barco que sale de un puerto cristiano. Sólo quedaron tres de ellos y un cocinero; no sabían dónde estaban; y yo tampoco puedo imaginarme cómo han venido a parar aquí. Wiseman, el capitán, debía de estar curda para seguir la derrota que traía. De todos modos, muerto estaba, y allí estaban los kanakas completamente perdidos. Anduvieron de aquí para allá en la mar, como los niños del cuento en el bosque, y fueron a dar de cabeza en Tahití. El cónsul se hizo aquí cargo del barco. Ofreció el puesto a Williams; no había tenido nunca la viruela, y se echó atrás. Entonces fue cuando yo llegué para pedir el papel de cartas; me figuré que algo había, porque el cónsul me dijo que volviera otra vez por allí; pero no os quise decir nada, para evitaros un desengaño. El cónsul probó con M'Neil; tenía miedo a la viruela. Probó con ese corso Capirati y con Lebleu, o como se llame, y no quisieron poner mano en la cosa, todos tenían gran apego a la vida. Al fin, cuando ya no quedaba nadie a quien ofrecérselo, me lo ofreció a mí. "Brown, ¿quiere usted embarcar de capitán y llevar el barco a Sidney' —me dijo—. "Déjeme escoger mi segundo y otro marinero blanco", le contes-

té, "porque no me entiendo con la jeringonza de esa tripulación kanaka; dé-nos dos mesadas adelantadas, para desempeñar las ropas y los instrumentos, y esta noche hago inventario, completo las provisiones y me hago a la mar mañana, antes de oscurecer." Eso es lo que le dije. "No está mal", respondió el cónsul, "y puedo decir a usted que ha tenido una suerte loca, Brown". Y lo dijo, además, con mucho retintín. Pero eso ya poco importa. Voy a embarcar a Huish de marinero por supuesto, le dejaré alojarse a popa— y le embarcaré a usted de piloto con setenta y y cinco dólares al mes, y dos mesadas de adelanto.

—¿Piloto yo? ¡No ve usted que soy hombre de tierra adentro! —exclamó Herrick.

—Pues se me figura que tendrá usted que aprender ——dijo el capitán—. ¿O acaso había usted creído que iba a darle esquinazo y dejarle aquí pudriéndose en la playa? No soy de ese género, amigo mío. Y usted, de todos modos, es persona hábil; con otros peores he navegado.

—Dios sabe que no puedo rehusar ——dijo Herrick—. Dios sabe que se lo agradezco de todo corazón.

—Todo eso está muy bien —dijo el capitán—. Pero no es eso todo y se volvió de lado para encender un cigarro.

—¿Pues qué más hay? preguntó el otro, con súbita e indefinible alarma.

—A eso voy ——dijo Davis, y se quedó un rato callado—. Vamos a ver... —comenzó, dando vueltas al cigarro entre el pulgar y el índice —figúrese usted que echa la cuenta de lo que con ello vamos a ganar. ¿No se hace usted cargo?... Pues bien, cogemos dos mesadas por adelantado, no podemos salir de Papeete —los acreedores no nos dejarían irnos— por menos; nos va a llevar un par de meses el arribar a Sidney, y cuando hayamos llegado allí... quiero que usted me diga: ¿Qué habremos salido ganando?

—Cuando menos, habremos escapado de la playa ——dijo Herrick.

—Me figuro que hay una playa en Sidney —replicó el capitán—, y voy a decirle una cosa, Mr. Herrick: no tengo intención de hacer la prueba. No, señor; Sidney no me verá el pelo.

—Hable usted claro.

—Claro como el agua —replicó el capitán—. Voy a apropiarme ese pailebot. No es cosa nueva; ocurre todos los años en el Paco. Stephens robó un pailebot el otro día, ¿no es cierto? Hayes y Pease no hacían otra cosa. Y eso sería la salvación de todos nosotros. Vamos a ver: ¡piense usted en ese cargamento de champaña! ¡Pues si es como si lo hubieran hecho a propósito! En el Perú vendemos el vino en la punta del muelle, y el paílebot detrás, si encontramos un idiota que lo compre, y en seguida salimos disparados para las minas. Si cuento con usted, pongo la cabeza a que salgo adelante.

—Capitán —dijo Herrick con voz temblona—, no haga usted eso.

—Estoy desesperado. Se me ha presentado una salida; puede que nunca se me presente otra. Herrick, consienta usted, ayúdeme. Me parece que hemos

estado bastante tiempo pereciendo juntos de hambre, para que usted no me lo niegue.

—No puedo; lo siento. No es posible. Aun no he descendido hasta eso —dijo Herrick mortalmente pálido.

—¿Qué dijo usted esta mañana?_¿Qué no podía pedir limosna? Pues tiene que ser o una cosa y otra, hijo mío.

—¡Sí, pero eso es la cárcel! —exclamó Herrick—. No me tiente usted. Eso es la cárcel.

—¿No oyó lo que dijo el patrón a bordo de aquel pailebot? prosiguió el capitán—. Pues le digo a usted que estaba en lo cierto. Harto tiempo nos han dejado en paz los franceses; eso no puede durar; ya nos han echado el ojo encima y, tan fijo como está usted ahí, que antes de tres semanas, usted y yo estamos en la cárcel, hagamos lo que hagamos. Se lo leí al cónsul en la cara.

—Usted se olvida, capitán, que queda otro camino. Puedo morir, y, para decir verdad, debí hacerlo hace tres años.

El capitán se cruzó de brazos y miró al otro a la cara.

—Sí —dijo—; sí, puede usted cortarse el pescuezo: es una verdad como un templo; y buen provecho le haga. ¿Y yo? ¿Qué es lo que va a ser de mí?

Una extraña exaltación iluminó la cara de Herrick.

—Los dos —dijo—, los dos juntos. No es posible que a usted le guste hacer eso. Venga conmigo y alargó, tímidamente, una mano—, unas brazadas en la laguna y... ¡el descanso!

—Créame usted que estoy casi tentado a contestarle como el de la Biblia. "¡Vade retro, Satanás!" —dijo el capitán—. ¿Qué, piensa usted que voy a ahogarme, yo, que tengo los hijos en la miseria? ¡Gustarme! ¡No! ¡Ya lo creo que no me gusta!; pero tengo que arrimar el hombro, y lo arrimaré hasta que me caiga a pedazos. Ya ve, tengo tres: dos chicos y la niña, Ada. Lo malo está en que no es usted padre. Sepa usted, Herrick, que yo lo quiero bien prosiguió, conmovido—; al principio no apencaba con usted; me parecía tan entontecido y tan inglés...; pero ahora le quiero. Y es un hombre que le quiere el que está aquí, luchando con usted. Yo no puedo hacerme a la mar sólo con el bicho; no puede ser. Váyase usted y tírese al agua, y allá se va mi última esperanza, la última que le queda, a un pobre bestia desgraciado, de ganar un mendrugo de pan para los suyos. No sirvo más que para navegar barcos, y me han retirado mis títulos. Y aquí se me presenta una salida ¡y usted se me echa atrás! ¡Ay! ¡Usted no tiene familia y ahí está la dificultad!

—Sí la tengo.

—Sí, ya lo sé —siguió el capitán—; usted cree que la tiene. Pero nadie tiene familia hasta que no tiene hijos. Los pequeños son los únicos que cuentan. Tienen no sé qué los chiquitines... No puedo hablar de ellos. Y si a usted le importa un centavo por ese padre de quien habla o por esa novia a la que escribía esta mañana, sentiría lo mismo que yo. Se diría: "¿Qué importan las leyes, y Dios y todo lo demás? Mi gente lo pasa mal, yo les pertenezco y voy a buscarles pan, o ¡por Cristo! voy a hacerlos ricos, aunque tenga que pegar

fuego a Londres para lograrlo". Eso se diría usted, y le digo más... su corazón se lo está diciendo en este mismo instante; se lo veo en la cara. Usted está pensando: "Menguada amistad esta para con el que ha compartido conmigo la miseria; y en cuanto a la muchacha de quien pretendo estar enamorado, ¿Qué clase de amor enclenque es el mío, que no me hace llegar hasta donde casi todos irían sólo por una cantimplora de whisky? No me parece que haya mucho de novelesco en ese amor; no es del género de que tratan los libros de versos. Pero, ¿Para qué hablar más, cuando todo lo está usted viendo en su interior, claro como en un libro? Se lo pregunto por última vez: ¿Me va a abandonar en la hora de necesidad? —¡ya ve si yo le he abandonado!—, ¿o me va a dar la mano y probar de nuevo la suerte, y volver a su casa, quizá, millonario? Diga usted que no y ¡Dios se apiade de mí! Diga que sí, y haré que las criaturas recen por usted todas las noches de rodillas. "¡Bendito sea Mr. Herrick!", dirán, mientras la parienta hace solitarios al pie de la cama, y los pobres inocentes... —y aquí se le ahogó la voz en la garganta—. Pocas veces me suelto a hablar de los pequeños dijo—, pero cuando lo hago... pierdo los estribos.

—Capitán —dijo Herrick con voz débil—, ¿no queda nada más?

—Voy a profetizar, si usted quiere —continuó aquél con nuevo vigor—. Niéguese a esto, porque se cree usted demasiado honrado, y le doy mi palabra de que antes de un mes está usted en la cárcel por ratero. Estoy viendo, aunque usted no lo vea, que ya no puede más. No piense que, si rehúsa esta ocasión, va a seguir haciendo vida evangélica; ya no puede estirar más la cuerda, y antes de que se dé cuenta de dónde está, va a encontrarse ya del otro lado. No; tiene usted que elegir entre esto o Caledonia. De seguro que no ha estado nunca allí y que no ha visto a aquellos hombres blancos, afeitados, con un traje de color de polvo y sus sombreros de paja, vagando en cuadrillas por Numea, a la luz de los faroles; parecen lobos, y parecen predicadores, y parecen enfermos; Huish es una rosa de Mayo comparado con el mejor de ellos. Pues esa va a ser su compañía. Están aguardándole, Herrick, y tiene usted que ir, y esa es una profecía.

Y era cierto que en la alta figura, rígida y temblorosa, de aquel hombre, parecía haber descendido el espíritu profético y que era capaz de pronunciar oráculos. Herrick le miraba y apartó los ojos; sentía que no era decoroso observar aquella agitación; y sentía también que su ánimo se debilitaba.

—Habla usted de volver a nuestras casas —objetó—. Eso jamás podríamos hacerlo.

—*Nosotros*, sí —contestó el otro—. El capitán Brown no podría, ni el Mr. Hay, que se embarcó con él como piloto. Pero, cándido, ¿qué tienen esos que ver con el capitán Davis o con Mr. Herrick?

—Pero Hayes tenía esas islas desiertas donde refugiarse —fue la última y débil objeción.

—Nosotros tendremos la isla desierta del Perú. Fue lo bastante despoblada para Stephens, que se marchó allá aún no hace un año. Supongo que lo será también para nosotros.

—¿Y la tripulación?

—Todos kanakas. Vamos, ya veo que se va aviniendo a razones. Ya veo que no se echa atrás.

Y el capitán, una vez más, le tendió la mano.

—Que sea lo que usted quiera —dijo Herrick—. Lo haré: cosa extraña es para el hijo de mi padre. Pero lo haré. Estaré a su lado, para bien o para mal.

—¡Dios le bendiga! —exclamó el capitán, y guardó silencio—. Herrick —añadió después sonriendo—, creo que me hubiera caído muerto si hubiera usted dicho: ¡no!

Y Herrick, viéndole, también estuvo a punto de creerlo.

—Y ahora, vamos a decírselo al bicho —dijo Davis.

—No sé cómo lo tomará dijo Herrick.

—¿Ese? Saltando de gusto.

IV

LA BANDERA AMARILLA

El pailebot *Farallone* estaba muy alejado, entre las puntas de la entrada, donde el práctico, despavorido, se había apresurado a fondearlo y a escapar. Mirando desde la playa, por entre la estrecha fila de barcos anclados, dos cosas se destacaban, conspicuas, hacia el mar: de un lado, la isla minúscula, con sus penachos de palmeras y las cañones y reductos construidos treinta años antes, para defensa de la capital de la Reina Pomaré; de otro, el proscrito Farallone, desterrado, allá en la boca del puerto, balanceándose hasta meter los imbornales bajo el agua, y haciendo ondear con el vaivén la bandera de epidemia. Algunas aves marinas piaban y chillaban en torno del barco, y a menos de un tiro de fusil, un escampavía de la marina de guerra se mantenía sobre los remos, y las armas de sus tripulantes despedían fugaces destellos. La intensa luz y el deslumbrante cielo de los trópicos daban fondo y relieve al cuadro.

Un bote pulquérrimo, tripulado por indígenas con uniformes y patroneado por el médico del puerto, desatracó de tierra a eso de las tres de la tarde y bogó con brío hacia el pailebot. A proa llevaba un montón de sacos de harina, cebollas y patatas, y allí encaramado iba Huish, vestido a estilo de marinero; cofres y cajas estorbaban los movimientos de los remeros, y a popa, sentado a la izquierda del doctor, estaba Herrick, con un terno flamante de ropas de mar, la negra barba recortada en punta, un fajo de folletines bajo las rodillas, y llevando cuidadosamente entre los pies un cronómetro, que había de sustituir al del Farallone, parado desde hacía mucho tiempo y perdida la compensación.

Pasaron junto al escampavía, cambiando saludos con el contramaestre que lo mandaba, y, al fin, se acercaron al barco infectado. A bordo no se movía un gato, no se oía a nadie, y como había mucha mar fuera y el arrecife estaba cerca, el tumulto de la marejada resonaba en torno del pailebot, como un fragor de batalla. —*¡Ohé la goélette!* —gritó el doctor, a todo pulmón.

Al punto, y saliendo de la caseta, apareció Davis, seguido de la morena y haraposa tripulación.

—¡Hola! ¿Es usted Hay? —dijo el capitán, inclinándose sobre la borda—. Diga al patrón que atraque como si fuera una caja de huevos. Hay aquí una mar tremenda y el bote es quebradizo.

El movimiento del pailebot era en aquel momento violentísimo. Tan pronto levantaba el costado, tan alto como el de un vapor de alta mar, dejando ver el forro relampagueante de cobre, como se inclinaba de súbito hacia el bote, hasta que el agua penetraba burbujeando por los imbornales.

—Usted tendrá buenas piernas marineras —observó el doctor—. Buena falta le van a hacer.

La verdad era que abordar el Farallone en la posición tan poco resguardada en que estaba, requería no poca destreza. Las cosas de menos valor se echaron a bordo como se pudo; el cronómetro, después de muchos intentos, pasó al fin, suavemente, de unas a otras manos, y sólo quedaba la tarea más ardua; de embarcar a Huish. Hasta aquella pieza de peso muerto enrolado como marinero de primera clase, a dieciocho dólares al mes, y descrito por el capitán al cónsul como un hombre inapreciable—, acabó por ser izada a bordo sin menoscabo, y el doctor, con corteses saludos, se despidió.

Los tres compañeros de aventuras se quedaron mirándose unos a otros, y Davis lanzó un suspiro de satisfacción.

—Ahora dijo— vamos a dejar colocado el cronómetro —y entró el primero en la cámara. Era bastante espaciosa y daba entrada a dos camarotes y a una amplia despensa; los mamparos estaban pintados de blanco y el piso cubierto de linoleum. Todo estaba recogido y en orden, y no quedaban signos de anterior ocupación, pues los efectos de los fallecidos, después de desinfectados, habían sido conducidos a tierra. Unicamente sobre la mesa, en un platillo, ardía aún un poco de azufre, y sus emanaciones hicieron toser a los recién llegados. El capitán asomó la cabeza en el camarote de estribor, donde las ropas de cama estaban amontonadas en la litera y la manta echada a un lado, tal como la habían levantado para sacar el desfigurado cadáver.

—¡Y les había dicho a esos negros que tirasen todo esto por la borda! —refunfuñó Davis—. Supongo que tendrían miedo de poner las manos en ello. Bien, al menos han baldeado por aquí, y es lo más que podía esperarse. Huish, agarre esas ropas.

—Cójalas usted, que yo le veré de lejos— dijo Huish, echándose atrás.

—¿Qué es eso? —exclamó colérico el capitán—. Tengo que decirle, amigo mío, que se ha equivocado usted. Aquí soy el capitán.

—Lo cual me tiene sin cuidado —replicó el dependiente.

—¿De veras? Pues entonces va usted a alojarse a proa con los negros. ¡Largo de esta cámara!

—¡Vamos, hombre! contestó Huish—. ¿Cree usted que me chupo el dedo? Una broma es una broma.

—Pues voy a explicarle cómo están las cosas y va usted a ver, de una vez, todo lo que hay de broma en ello. Soy aquí capitán, y voy a serlo de veras. Una de estas tres cosas. Primero: usted obedecerá mis órdenes aquí, como mozo de cámara, y en ese caso vive con nosotros. O segundo: se niega a ello, y le mando a proa... y eso a paso acelerado. O tercero y último: hago señales al buque de guerra, y va usted a tierra detenido por rebelión.

—¡Ah! y por supuesto, no iba yo a descubrir todo el pastel... ¡Quia! —replicó burlonamente Huish.

—¿Y quién iba a creerle, amigo mío? —preguntó el capitán—. ¡No, señor! No hay nada de broma en mi "capitanía". No hay más que hablar. Arriba con esas mantas.

Huish no tenía pelo de tonto y sabía cuándo tenía que darse por vencido; ni tampoco era cobarde, pues se fue a la litera, se abrazó a las ropas infectadas y las sacó de la cama sin vacilación ni tropiezo.

—Estaba aguardando una ocasión -dijo Davis a Herrick—. Con usted no hace falta eso, porque sabe darse cuenta.

—¿Va usted a dormir aquí? preguntó Herrick, entrando en el camarote tras el capitán, el cual se puso a fijar el cronómetro en su sitio, junto a la cabecera de la cama.

—¡No pienso! Me parece que me acomodaré en cubierta. No es que tenga miedo; pero no me apetece por el momento una viruela confluente.

—Tampoco creo yo que tenga miedo —dijo Herrick—. Pero se me pone un nudo en la garganta al pensar en esos dos hombres: el capitán y el segundo muriéndose aquí, el uno enfrente del otro. Es trágico. ¿Cuáles serían sus últimas palabras?

—¿Wiseman y Wishart? erijo el capitán—. Probablemente nada de extraordinario. Esas cosas se las figura uno de una manera, y, en la realidad, pasan de otra muy distinta. Quizá dijese Wiseman: "Oye, compadre, tráete el aguardiente, que la cabeza me está dando vueltas." Y acaso dijese Wishart: "¡Vete a...

—Pues también eso es fúnebre.

—Verdad que lo es —dijo Davis—. Ahí está; ya está el cronómetro en su sitió. Y ya va siendo hora de levar anclas.

Encendió un puro, y salió a cubierta..

—¡Eh, tú! ¿Qué *nombre* tienes? —gritó a uno de los marineros, un hombre enjuto y esbelto, que parecía de alguna lejana isla occidental, y era de una negrura que se acercaba a la de los africanos.

—Sally Day —replicó el hombre.

—¡Vaya un nombre! —dijo el capitán—. No sabía que teníamos señoras a bordo. Bien, Sally, ten la amabilidad de arriarme aquel trapo, y yo lo haré

por ti en otra ocasión. —Miró cómo descendía la bandera amarilla, salvando el obstáculo de las crucetas, hasta que la vio sobre cubierta—. No volverás a ondear sobre este barco —observó—. Reúna usted a la gente a popa, Mr. Hay —añadió hablando, muy alto—. Tengo que decirles unas palabras.

Ante la idea de dar órdenes por primera vez a los tripulantes, sentía Herrick una sensación extraña. Bendecía la suerte de que fueran indígenas; pero hasta los indígenas, pensaba, podían ser críticos harto agudos para un novicio como él; acaso se dieran cuenta de cualquier desliz en el uso de ese inglés, preciso y cortado a medida, que prevalece a bordo de los barcos, y hasta pudiera ocurrir que no se entendieran, y rebuscaba en su magín, pasando revista a todos sus recuerdos de novelas marítimas, para emplear las palabras justas.

—¡Eh! —gritó—. ¡Todo el mundo a popa!... ¡vivo!, ¡vivo!, ¡a popa! Se juntaron todos en el pasillo, como carneros.

—Aquí están, señor dijo Herrick.

El capitán siguió mirando por algún tiempo hacia popa, y de pronto, con fiera presteza, se volvió hacia la tripulación y pareció deleitarse al verlos recular.

—Vamos a ver —dijo dando vueltas al cigarro en la boca y jugueteando con los rayos de la rueda del timón—. Soy el capitán Brown. Tengo el mando de este barco. Este es Mr. Hay, primer oficial. El otro blanco, es mozo de cámara, pero hará guardias y timón cuando le toque. Mis órdenes tienen que ser obedecidas al punto y con presteza. ¿Os enteráis?... "con presteza". No habrá que gruñir por el kalkal, pues se dará ración abundante. Tenéis que colocar un "míster" delante del apellido del segundo y contestar con un "señor" a toda orden que yo dé. Si andáis listos y despiertos haré este barco agradable para todos. —Se quitó el puro de la boca—. ¡Si no lo hacéis así —bramó con atronadora voz—, voy a convertirlo en un infierno flotante! Y ahora, Mr. Hay, vamos a escoger guardias.

—Está muy bien —contestó Herrick.

—Tenga la bondad de añadir "señor" cuando se dirija a mí, Mr. Hay —— dijo el capitán—. Yo voy a escoger a la señora. Pasa a estribor, Sally. —Y murmuró al oído de Herrick: —Escoja al viejo.

—Yo tomo a ese —dijo Herrick.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el capitán—. ¿Qué?, ¿cómo has dicho? Eso no es inglés; no quiero esa jeringonza a bordo de mi barco. Te llamaremos Tío Ned el viejo, porque te falta el pelo donde había de estar. Pasa a babor, Tío, ¿no oyes que Mr. Hay te ha escogido? Después escojo al hombre blanco. Blanco, pasa a estribor. Y ahora, ¿cuál de los dos que quedan es el cocinero? ¿Tú? Pues entonces, Mr. Hay se queda con tu amigo, el de los calzones de dungarí azul. Ponte a babor, Dungarí. Bueno, ya sabemos quiénes son todos: Dungarí, Tío Ned, Sally Day, Blanco y Cocinero. Ahora, Mr. Hay, vamos a levar ancla, si gusta.

—¡Por Dios, dígame algunos de los términos! —murmuró Herrick.

Una hora después el Farallone tenía desplegado el velamen, el timón todo a babor y el cabrestante, con alegre tintineo, había levantado el ancla.

—¡Todo listo! —gritó Herrick desde la proa.

El capitán hizo girar la rueda y el barco despertó de su reposo, saltando como un gamo, estremecido e inclinándose bajo las ráfagas. Del escampavía salió un grito de despedida, la estela blanqueó y se fue alargando: el Farallone estaba en marcha.

Había estado fondeado cerca del paso. Al avanzar impetuoso, Davis le torció hacia el canal, entre las puntas del arrecife, y a uno y otro lado las rompientes tronaban, blancas de espuma. Recto como una flecha, siguió la estrecha banda de agua azul hacia el mar, y el corazón del capitán, latía de gozo al sentirle temblar bajo sus pies; y, volviéndose a mirar sobre el antepecho de la toldilla, vio los techos de Papeete cambiar de posición en la costa y las montañas de la isla erguirse ingentes a la zaga.

Pero aun no habían terminado con la costa ni con el terror de la bandera amarilla. Cuando iban hacia la mitad del paso, se oyó un grito y agitadas voces; un hombre saltó sobre la barandilla, juntó las manos por encima de la cabeza e inclinándose hacia abajo, se zambulló en el mar.

—Mantenga el barco firme en su rumbo— gritó el capitán dejando a Huish la rueda del timón.

En un instante estaba a proa en medio de los kanakas.

—¿No hay ninguno más que quiera irse a tierra? —vociferó; y el fiero trompeteo de su voz, no menos que el arma que empuñaba, puso en todos espanto. Quedáronse mirando, alelados, a su compañero fugitivo, cuya negra cabeza se divisaba sobre el agua, dirigiéndose a tierra. Entretanto, el pailebot se deslizó raudo por el paso, y al encontrarse con la gran ondulación del Océano libre, lanzó por el aire un surtidor de espuma.

—¡Idiota!, ¡no haber tenido a mano el revólver! —exclamó Davis—. Salimos a la mar escasos de gente, y ya no podemos remediarlo. A usted se le ha quedado su guardia coja, Mr. Hay.

—No sé cómo nos vamos a manejar —dijo Herrick.

—Pues hay que manejarse prosiguió el capitán—. No quiero más Tahití.

Los dos se volvieron instintivamente y miraron hacia popa. La isla encantadora iba mostrando una tras otra las cumbres de sus montañas; Eimeo levantaba por la amura de babor sus pináculos hendidos y escuetos, y aún seguía el pailebot volando hacia el mar abierto.

—¡Y pensar —exclamó el capitán con un gesto de triunfo— que ayer mañana tuve que bailar para comer, como un perro de lanas!

V

EL CARGAMENTO DE CHAMPAÑA

Se enfiló la proa para franquear Eimeo por el Norte, y el capitán se sentó en la cámara con un mapa, una regla y un epítome delante. Al Este, dos cuartas Norte erijo levantando los ojos de su trabajo—. Mr. Hay, tendrá usted que llevar la estima con el mayor cuidado; necesito saber, yarda por yarda, lo que andamos con la menor bocanada de viento. Quiero enhebrar derecho el barco por entre las Pomotú, y eso es siempre cosa de mucho riesgo. Si estos vientos alíseos, que llaman del Suroeste, hubieran soplado alguna vez del Suroeste, cosa que no han hecho nunca, podíamos tener la esperanza de no apartarnos ni media cuarta de nuestro rumbo. Digamos que nos ceñimos hasta una cuarta. Con eso pasaríamos Farakaba por barlovento. Sí, señor; eso tenemos que hacer. Eso nos llevará, por entre toda esa salpicadura de islitas, al espacio más despejado. ¿Ve? —Y mostró el sitio donde la regla cortaba el vasto laberinto del Archipiélago Peligroso—. Ojalá fuera ya de noche y pudiera enfilar el barco hacia allá; estamos perdiendo tiempo y desviándonos hacia el Este. En fin, haremos lo mejor que se pueda. Si no damos con el Perú, arribaremos a la República del Ecuador. Todo viene a ser lo mismo, me figuro. Pesos depreciados a tocateja y nada de preguntas. El hidalgo sudamericano es una gran institución.

Tahití quedaba ya a buen trecho por la popa, la constelación de la Diadema se alzaba sobre las quebradas cumbres —Eimeo estaba ya muy próximo, destacándose, negro y fantástico, sobre el dorado esplendor del Oeste—, cuando el capitán observó por última vez la posición de las islas, y se echó al agua la corredera.

Veinte minutos después, Sally Day —que a cada momento dejaba la rueda para echar una mirada al reloj—, anunció con voz chillona: "¡Las ocho!", y en seguida se vio al cocinero que llevaba la sopa a la cámara.

—Me parece que voy a sentarme y tomar un bocado con usted —dijo Davis a Herrick—. Para cuando acabe ya habrá oscurecido, y podremos poner la nariz del bote apuntando a América del Sur.

En la cámara, junto a una esquina de la mesa, bajo la luz de la lámpara y al socaire de una botella de champaña, estaba sentado Huish.

—¿Qué significa esto? ¿De dónde ha salido eso? preguntó el capitán.

—Esto es champaña, y ha venido de la bodega de popa, si le interesa saberlo ——dijo Huish, apurando un jarro.

—¡Eso no se puede tolerar! —exclamó Davis. El horror del marino mercante por todo lo que sea infidelidad en la custodia del cargamento, aparecía, con cómica incongruencia, a bordo de aquel barco robado—. ¡Nunca ha venido nada bueno de cosas como esa!

No sea usted inocente —contestó el otro—. ¡Cualquiera creería, oyéndole, que aquí iba todo por lo legal! Y fíjese usted: han arreglado entre los dos este negocio muy lindamente para mí, ¿verdad? Yo tengo que irme a cubierta y estar al timón, mientras que vosotros os quedáis aquí empinando el codo hasta hartaros; yo tengo que responder a un mote, y llamaros a vosotros "señor" y "míster". Pues óigame, compadre: he de beber todo el champaña que

me dé la gana, o esto no marcha. Ya está dicho. Y ya sabe de sobra que ahora no hay buque de guerra a quien hacer señales.

Davis se quedó desconcertado.

—Daría cincuenta dólares por que esto no hubiera ocurrido —dijo en tono débil y vacilante.

—Bueno, pues ha ocurrido —replicó Huish—. Pruébelo, es cosa rica.

Y, sin más lucha, el Rubicón fue traspuesto. El capitán llenó un vaso y lo despachó de un golpe.

—Más quisiera que hubiese sido cerveza —dijo, dando un suspiro—. Pero lo que no se puede negar es que es cosa buena, y barato, para lo que nos ha costado. Y ahora, Huish, váyase; es su turno en el timón.

El mísero enanuco había ganado la baza y se regocijaba de ello.

—Voy, señor -dijo, y dejó a los otros dispuestos a comer.

—¡Puré de guisantes! —exclamó el capitán—. ¡Ya creía que no volvería a comerlo en mi vida!

Herrick seguía sentado, inerte y silencioso. Era imposible, después de esos meses de desesperada miseria, oler los fuertes y sabrosos guisotes marineros, bien cargados de especias, sin codiciarlos; y la boca se le hacía agua pensando en el champaña. Y también era imposible haber existido aquella escena entre Huish y el capitán, sin darse cuenta, con instantánea y abrumadora certidumbre, del abismo en que había caído. Era un ladrón entre ladrones. Eso se decía a sí mismo. No podía tocar la sopa. De hacer algún movimiento, hubiera sido para levantarse de la mesa, saltar por la borda y ahogarse... sin haber dejado de ser un hombre honrado.

—Vamos ——dijo el capitán—, tiene usted cara de enfermo, amigo; beba una gota de esto.

El champaña se cubría de espuma y burbujeaba en el vaso; su límpida transparencia ambarina, el chispeo de la efervescencia, atraían la mirada de Herrick. "Ya es demasiado tarde para vacilar" pensó—; la mano asió instintivamente el vaso, bebió con insaciable deleite y con ansia de beber más, apuró el vaso hasta dejarlo seco y lo puso sobre la mesa, mirándolo con lucientes ojos.

—¡Hay algo bueno en la vida, después de todo! exclamó—. Ya se me había olvidado cómo era. Sí, hasta por esto sólo vale la pena de que se viva. Vino, comida, ropas secas... ¡qué!, ¡merece que se muera por ello, que se vaya a la horca! Dígame una cosa, capitán: ¿por qué los pobres no son todos bandoleros?

—No lo adivino —dijo el capitán.

—Deben ser atrozmente buenos; hay algo en eso que no alcanzo a comprender. ¡Piense en aquel calabozo! Suponga que, de pronto, nos hicieran volver allí. —Se estremeció como sacudido por un escalofrío y se tapó la cara, apoyándola en los puños cerrados.

—¡Vamos, vamos!, ¿qué le pasa? —exclamó el capitán. No recibió respuesta; los hombros de Herrick se agitaban con tal violencia, que hacían

temblar la mesa—. ¡Vaya, bébase esto, que lo mando yo! No se ponga a llorar cuando ya ha salido del atolladero.

—No lloro -dijo Herrick mostrando los ojos secos—. Es peor que llorar. Es el horror de esa sepultura de que hemos escapado.

—Pues andando ahora con la sopa, eso le va a dejar como nuevo ——dijo, bondadoso, el capitán—. Ya le dije que estaba usted hecho pedazos. No hubiera podido tirar otra semana más.

—¡Eso es, precisamente, lo más tremendo! —exclamó Herrick—. Otra semana, y hubiera asesinado a alguno por un dólar. ¡Dios!, ¿y yo sé eso? ¿Y estoy todavía vivo? Debe ser una pesadilla.

—¡Calma!, ¡calma! La calma lo arreglará todo, hijo. Tómese la sopa. Alimento es lo que usted necesita.

La sopa fortaleció y aquietó los nervios de Herrick; otro vaso, una chuleta de cerdo en adobo y un plátano frito completaron la obra reconstituyente iniciada por el puré, y ya pudo, una vez más, mirar al capitán cara a cara.

No me figuraba que estaba hasta tal punto aniquilado —dijo.

—Ha estado usted firme como una roca. todo el día, y ahora que se ha alimentado un poco, volverá a estarlo otra vez.

—Sí, me siento ahora bastante fume; pero soy una especie rara de primer oficial.

—¡Boberías! —exclamó el capitán—. No tiene usted que ocuparse más que de lo que anda el barco y apuntarlo con mucho cuidado en la pizarra. Un niño podría hacerlo, y no digamos un hombre de universidad como usted. Este oficio de navegar no tiene nada de particular, si bien se mira. Y ahora, vamos a poner el barco en rumbo. Traiga la pizarra; tenemos que llevar la estima desde este momento.

A la luz de la bitácora leyeron en la corredera la distancia navegada desde la salida y la apuntaron en la pizarra.

—Listos —dijo el capitán—. Déjeme la rueda, Blanco, y póngase junto a la escota de la mayor. Al aparejo de la botavara, Mr. Hay, y después, corra adelante y atienda a las velas de proa. .

—¡Todo listo a proa! —gritó a poco el capitán.

—¡Listo!

—¡Orza a la banda! volvió a gritar—, templa el seno según va cediendo —gritó a Huish—, cobra de la escota tirando con el hombro. ¡Saca los pies de entre las cuerdas! —Un inesperado puñetazo tendió a Huish despatarrado sobre cubierta, y en el instante, el capitán había ocupado su puesto—. ¡Arriba y mantenga el timón todo a la banda! —rugió—. ¡Idiota!, ¡parece que se quería matar!... ¡Cambiar la escota del foque a sotavento! —gritó un momento después—, y luego, dirigiéndose a Huish: Déjeme otra vez la rueda y vea si puede adujar aquella escota.

Pero Huish se quedó inmóvil y miró al capitán con aviesa expresión: —¿Usted sabe que me ha pegado? —dijo.

—¿Usted sabe que le he salvado la vida? —replicó el otro, sin dignarse mirarle y sin apartar los ojos de la brújula o del velamen—. ¿Dónde estaría usted ahora si la botavara da un bandazo y le coge con los pies enredados en las cuerdas? No, señor; no se acercará usted más a la escota de la mayor. Los puertos están llenos de marineros como usted que andan sólo con una pata: los que han quedado vivos—. ¡Mr. Hay, amarre el aparejo de la botavara! conque le he pegado a usted ¿eh? Pues puede usted estar agradecido.

—Está bien —dijo Huish lentamente—. Puede ser que haya algo de cierto en eso. Espero que sí—. Volvió solemnemente la espalda al capitán y entró en la cámara, donde se oyó inmediatamente el taponazo de una botella de champaña, indicando que el ofendido Huish atendía a su bienestar y regalo.

Herrick volvió a popa, donde estaba el capitán. —¿Qué rumbo lleva ahora? —preguntó.

—Este y una cuarta al Norte. Casi todo lo bien que yo me figuraba.

—¿Qué pensarán de ello los marineros? volvió a preguntar Herrick.

—No piensan. No se les paga para que piensen —dijo el capitán.

—Ha ocurrido algo, ¿no?, entre usted y... —Herrick hizo una pausa.

—Es un mal bicho, un animalejo que muerde ——contestó el capitán moviendo la cabeza—. Pero mientras nosotros dos marchemos juntos, eso nada importa.

Herrick se tumbó en el pasillo a barlovento de la cámara. En el cielo estrellado no había una nube; el movimiento del barco le acunaba, y sentía, además, la pesadez de la primera comida copiosa después de tan largo tiempo de hambre; y fue sacado de un profundo sueño por la voz de Davis, que anunciaba:

—"¡Las doce!„

Se incorporó medio adormilado y, con torpe paso, se fue hacia popa, donde el capitán le entregó la rueda.

—Siga ciñéndose al viento le dijo aquél. Viene a bocanadas; cuando llegue una ráfaga fuerte, gane todo lo que pueda a barlovento, pero sin que las velas dejen de trabajar.

Se dirigió hacia la cámara, y, antes de llegar, se detuvo y dio una voz llamando al rancho de la marinería: —¿No habría por ahí una concertina? ¡Anda, Tío Ned, tráetela a la cámara!

El pailebot se gobernaba sin esfuerzo, y Herrick, mirando el blanco velamen iluminado por la luna, sentía invencible somnolencia. Una repentina detonación en la cámara le hizo despabilarse: la tercera botella había sido descorchada; y Herrick se acordó del *Sea Ranger* y del grupo de las Catorce Islas. En aquel instante, sonaron las notas del acordeón y, en seguida, la voz del capitán que cantaba:

"¡Ay, qué dicha! Bien repletos de dinero los bolsillos,
correremos por el muelle brincando como chiquillos.
Y yo bailaré con Kate y tú bailarás con Ruth,

al llegar todos de vuelta de la América del Sur."

Y por ahí siguió la canción ajustándose a una extraña música; y los kanakas que no estaban de guardia fueron acercándose para escuchar desde la puerta; se veía al Tío Ned, en el claro de la luna, llevando el compás con la cabeza; y Herrick, al timón, sonreía, olvidadas por un instante sus preocupaciones. Tras la primera canción siguieron otras; se oyó un nuevo taponazo; las voces subían de tono, alborotadas, como si la pareja que estaba en la cámara se enredase en una pelotera; y en seguida pareció que el desacuerdo había pasado, pues fué la voz de Huish la que se alzó después, con acompañamiento del capitán...

"Arriba en un globo,
un globo que suba
por entre las estrellitas
y dé la vuelta a la luna."

Herrick, apoyado en la rueda, sintió una abrumadora sensación de náusea. No sabía por qué la música, la letra —que, sin embargo, no carecía de una cierta gracia— y la voz y el acento del cantor crispaban, más que sus nervios, su espíritu, como cuando se pasa una lima por los dientes. Le asaltaban bascas al pensar en sus dos compañeros embruteciéndose con el vino robado, riñendo, amodorrándose y despertando con el hipo de la borrachera, mientras las puertas de un presidio les esperaban, a pocos pasos, abiertas de par en par. "¿Habré vendido mi honor por nada?", pensó; y un ardiente impulso de rabia y de decisión se alzó en su pecho: rabia con los otros; decisión de llevar a buen término aquella empresa, si era posible llevarla; sacar provecho de la vergüenza, puesto que la vergüenza, al menos, era ya inevitable; y volver a casa, a su tierra desde la América del Sur —¿cómo decía la canción?— "bien repletos de dinero los bolsillos":

"¡Ay, qué dicha! Bien repletos de dinero los bolsillos,
correremos por el muelle brincando como chiquillos.."

así repetía en su mente la letra. Y la "dicha" tomó visible forma; el muelle apareció ante él y lo reconoció: era el Embankment de Londres, iluminado por las luces de gas, y vió las farolas encendidas del puente de Battersea, cruzando de un lado a otro, allá en lo alto, sobre el río tenebroso. Pasó el resto de su turno de timonel en un arrobamiento, viendo desfilar el pasado. Había sido siempre fiel a su amor, pero no siempre asiduo en el recuerdo de la amada. En la creciente desgracia de su vida su imagen se le había ido apareciendo más lejana e indistinta, como la luna a través de la neblina.

La carta de despedida, aquel infamante señuelo que le había sorprendido en su miseria haciéndole sucumbir, el cambio de escena, el mar, la noche y la

música... todo ello removía hasta lo más profundo de su ser, y despertaba en él varoniles ímpetus. "Yo quiero que sea mía", pensó, rechinando los dientes. "Torcido o derecho, ¿qué importa si la consigo?"

—La dié, amo. Yo pensá son la dié—. Estas palabras, pronunciadas por Tío Ned, le hicieron volver de pronto a la realidad.

—Mira el reloj de la cámara, Tío —contestó. No quería ir él por no ver a los beodos.

—Pasada ya, mi segundo —repitió el hawaitiano.

—Tanto mejor para ti contestó Herrick, y le dejó la rueda, repitiéndole las instrucciones que había recibido.

Marchó hacia adelante y se detuvo de pronto acordándose de la "estima" que se había encargado de computar. "¿Qué rumbos ha seguido el barco?", pensó, y la sangre se le subió a la cara. No los había observado, o ya no los recordaba: aquí estaba otra vez su contumaz ineptitud; había que llenar la pizarra por conjeturas. "¡Nunca, jamás!", se prometía a si mismo, en un paroxismo de callada furia. "¡Nunca, jamás ocurrirá! No será por falta mía, si esto sale mal". Y en lo que aun le quedaba de guardia, no se apartó de Tío Ned, y leyó el círculo de la brújula, como acaso no había leído nunca una carta de su novia.

Durante todo el tiempo, y espoleándole a prestar mayor atención a sus deberes, cánticos, vociferaciones, brutales risotadas y, de cuando en cuando, el estampido de un taponazo, llegaban a sus oídos desde el interior de la cámara; y cuando la guardia de babor fue relevada a media noche, Huish y el capitán aparecieron sobre la toldilla dando traspiés y con las caras encendidas, aquél cargado de botellas y éste con dos vasos de estaño, y Herrick paso, silencioso, junto a ellos. Le llamaron con voces ceceosas; no contestó. Le motejaron de hosco y mal criado; no hizo caso alguno, aunque temblaba todo su cuerpo de ira y de asco. Cerró tras él la puerta de la cámara y se tumbó sobre un arcón, no con la esperanza de dormir, sino para pensar y exasperarse. Pero apenas había dado dos vueltas en la incómoda yacija, cuando una voz ronca y avinotada le gritó en el oído y tuvo que volver de nuevo a cubierta para hacer la guardia de la madrugada.

La primera noche sirvió de patrón a todas las que la siguieron. Dos cajas de champaña apenas duraban las veinticuatro horas, y casi todo se lo bebían Huish y el capitán. Huish parecía pelechar con aquellos excesos; no estaba nunca sereno, ni tampoco del todo borracho; la comida y el aire del mar le curaron pronto de su dolencia, y empezó a echar carnes. Pero no le iba tan bien al capitán. No hubiera sido fácil reconocer al recio y vigoroso marino de las costas de Papeete, en la figura desmadejada y torpe, con el traje desabrochado, que se pasaba el día tendido en los divanes, empinando el codo y leyendo novelas; en el mentecato que hacía de la guardia de la noche una pública y vergonzosa payasada en la toldilla. Lograba mantenerse tal cual, hasta que había tomado la altura del sol y puesto fin, entre bostezos y borrones, a sus cálculos; pero desde el momento en que volvía a enrollar el mapa,

pasaba las horas entregado en cuerpo y alma a su vicio, o adormilado como un cerdo ahíto. No , atendía ni a uno solo de sus deberes, excepto el de mantener una meticulosa y severa disciplina. en cuanto a la mesa. Una vez y otra oyó Herrick que llamaban al cocinero desde la cámara, y le vio llegar corriendo con nuevas latas de conservas, o volver a llevarse una comida que había sido rechazada en su totalidad, Y cuando más se hundía en la embriaguez, el paladar se le tornaba más remilgado y descontentadizo. Una vez, por la tarde, hizo armar un balso amarrado a la barandilla, se quedó sin otra ropa que los calzones, y se descolgó por el costado con un tarro de pintura en la mano. "No me gusta, dijo, la manera cómo está pintado el pailebot, y voy a darle unos brochazos en el nombre." Pero aún no había pasado media hora, cuando se cansó de la tarea, y el pailebot prosiguió su viaje con un incongruente parche de color en la popa, y la palabra Farallone, mitad borrada y mitad trasluciéndose bajo la pintura fresca. Se negó a hacer la guardia media y la de alba. El tiempo era bonancible, decía, y preguntaba riéndose: "¿Quién oyó nunca que el capitán hiciera guardias?" De la estima que Herrick aun trataba de conservar, no hacía la menor atención, y no prestaba a su segundo ni la más pequeña ayuda.

—¿Para qué queremos la estima? preguntaba——. ¿No tenemos el sol a mano para tomar la altura?

—Puede faltarnos, sin embargo —arguyo Herrick—. Y usted mismo me ha dicho, no lo olvides que no estaba muy seguro del cronómetro.

—¡Bah! No vaya usted a creer que le han entrado moscas al cronómetro.

—Hágame al menos un favor, capitán —dijo Herrick secamente—. Tengo interés en llevar esa estima, que es una parte de mi deber. No sé el abatimiento de la corriente, ni cómo computarlo. No tengo ninguna práctica y le ruego que me ayude.

—¡No hay que desanimar a un oficial celoso! —dijo el capitán volviendo a desenrollar el mapa, pues Herrick le había sorprendido en su trabajo cotidiano, cuando aún no estaba más que a medios pelos—. Aquí está: mírelo usted mismo, algo entre el Oeste y el Noroeste, y algo entre cinco millas y veinticinco. Eso es lo que dice el mapa del Almirantazgo; y me figuro que no pretenderá usted saber más que sus propios sabios británicos.

—Yo trato de cumplir mi deber, capitán Brown —dijo Herrick con la faz encendida y amenazadora—. Y tengo el honor de poner en su conocimiento que no me divierte que jueguen conmigo.

—¿Qué diablos es lo que usted quiere? —vociferó Davis—. Váyase a estarse mirando la pijotera estela. Si anda tras de cumplir su deber, ¿por qué no se va ahora mismo a cumplirlo? ¿Le parece que es oficio mío ir a asomar la jeta por detrás de las posaderas del barco? Pues yo creo que lo es de usted. Y no me venga haciéndose el señoritaco conmigo. Es usted un insolente, y ahí es donde está el mal. Y no me atosigue ni me maree, señor Herrick Esquife.

Herrick desgarró sus papeles, tiró al suelo los pedazos y se fu de la cámara.

—Se está volviendo un aristócrata, ¿verdad? dijo Huish con su risa maligna.

—Se cree muy por encima de nosotros; eso es lo que le pasa a Herrick Esquife dijo furioso el capitán—. Se cree que no le entiendo cuando viene con ínfulas de personaje. Con que no le place nuestra compañía ¿eh? ¿Con que no quiere dirigirnos la palabra? Pues voy a tratar a ese mamarracho como se merece. ¡Por Cristo, Huish, que voy a enseñarle a que no se crea por encima del capitán Davis!

—Ojo con los nombres, Capi —dijo Huish, que era siempre el más sereno––. ¡Cuidado con los tropezones, muchacho!

—Está bien, tendré cuidado. Usted es de los que a mí me gustan, Huish. Al principio no me entraba usted, pero ahora me va pareciendo bien. Vamos a abrir otra botella—. Y aquel día, acaso por la excitación de la disputa, bebió más que nunca, y, antes de las cuatro, estaba tumbado, sin conocimiento,, en el arcón.

Herrick y Huish cenaron solos, uno después del otro, frente a la humanidad yacente, abotargada y roncadora, del capitán. Y si el espectáculo cortó a Herrick el apetito, la soledad abrumó de tal manera los ánimos del dependiente, que apenas se había levantado de la mesa, cuando ya estaba tratando de congraciarse con su antiguo compañero.

Herrick estaba al timón cuando apareció Huish y se apoyó en la bitácora, diciéndole en tono confidencial:

—Oiga usted, compadre; parece como si usted y yo, no sé por qué, no congeniáramos tanto como antes.

Herrick siguió moviendo la rueda en silencio; su mirada, que iba sin cesar de la aguja a la concavidad de la vela mayor, pasaba sobre el dependiente sin notar su presencia. Pero Huish estaba realmente aburrido, cosa difícil de soportar para un hombre como él, que carecía de recursos propios. La idea de un rato de charla confidencial con Herrick, en el punto a que habían llegado sus relaciones, ofrecía, para una persona de su carácter, peculiares atractivos. De otro lado, la bebida que a algunos vuelve hiperestésicog y puntillosos, a él le embotaba y le encallecía la susceptibilidad. Casi hubiera hecho falta un puñetazo para hacerle desistir de su propósito.

—Lindo negocio ¿eh? prosiguió—. Con Davis cada vez más metido en el vino. La verdad es que hoy se las ha cantado usted claras. No le gustó nada y se puso hecho una furia en cuanto usted volvió la espalda. "Mire", le dije: "conténgase un poco en la bebida. Herrick tenía razón, y usted lo sabe bien. Haga las paces por esta vez", le dije. "Huish", me dijo él, "déjame de monsergas o te rompo el bautismo". Bueno. ¿qué podía yo hacer, Herrick? Pero le digo a usted que esto no me gusta. Me parece que tiene todas las trazas de ser la segunda parte del *Sea Ranger*.

Herrick seguía callado.

—¿No oye usted que le estoy hablando? ——dijo de pronto Huish—. ¿Es que no quiere hablar conmigo?

—Apártese de la bitácora —dijo Herrick.

Huish se le quedó mirando, con una mirada fija, recta, tenebrosa; su cuerpo parecía que ondulaba como el de una víbora presta a atacar; después dio media vuelta, se volvió a la cámara y descorchó una botella de champaña. Cuando cantaron las doce, estaba dormido en el suelo al lado del capitán, y de toda la guardia de estribor, sólo Sally Day acudió a la llamada. Herrick propuso que haría la guardia con él, para dejar que descansase Tío Ned. Con esto habría permanecido doce horas sobre cubierta, y probablemente tendría que estar dieciséis; pero, gracias a lo bonancible de la navegación, podría echar un sueño sin cuidado, en los intervalos de sus turnos al timón, dejando encargo de que le avisasen a la menor señal de chubascos. En cuanto a esto, podía confiar en los marineros, pues entre ellos y Herrick se había ido creando una estrecha simpatía. Con Tío Ned tenía largos paliques nocturnos, y el viejo le contó la sencilla y penosa historia de su destierro y sufrimientos e injusticias, entre los crueles blancos. El cocinero, desde que notó que Herrick comía solo, le obsequiaba con inesperadas, y a veces incomestibles golosinas, que aquél se esforzaba en tragar. Y un día, hallándose a proa, sintió, sorprendido, una mano que le acariciaba la espalda, y la voz de Sally Day murmurándole al oído: "Tú, hombre bueno". Se volvió y, ahogando un sollozo, estrechó las manos del *negrito*. Eran almas bondadosas, joviales, infantiles. Los domingos cada uno sacaba su propia Biblia pues eran extranjeros entre sí, y hablaba cada uno su peculiar idioma, y Sally Day sólo se comunicaba en inglés con sus compañeros—, y leían, o hacían como que leían, el capítulo correspondiente, para lo cual, Tío Ned se montaba las gafas en la nariz; y todos cantaban a una los himnos de los misioneros. Era así bochornoso comparar a los isleños con los blancos, a bordo del Farallone. Herrick enrojecía de vergüenza al acordarse de la empresa en que estaba lanzado, y ver aquellas pobres gentes y hasta Sally Day, hijo del antropófagos, y probablemente caníbal él mismo— tan fieles a lo que ellos consideraban bueno. El hecho de que aquellos inocentes le tuviesen en tan gran estima, servíale como de anteojeras para su conciencia, y había momentos en que se sentía inclinado a creerse, aceptando la opinión de Sally Day, un hombre bueno. Hasta qué punto llegaba aquella estimación, sólo en aquel momento pudo apreciarse. Con voz unánime protestó toda la tripulación; y antes de que Herrick se diese cuenta de lo que hacían, despertaron al cocinero, el cual se unió solícito a los demás; todos rodearon al piloto abrumándole con ruegos y caricias, y le pidieron que se acostase y que gozara de sus horas de descanso, sin preocupaciones.

—Ellos decir verdad ——dijo Tío Ned—. Tú dormir. Todos unos hacer lo que deban. Todos unos quererte demasiado mucho.

Herrick se resistió, y cedió al fin; las triviales palabras de agradecimiento que quiso decir, se le atascaron en la garganta, y fue a apoyarse en el costado de la caseta, luchando con la emoción que le embargaba.

Tío Ned fué tras él y le rogó que se echase.

—Es inútil, Tío Ned. No podría dormir. Me habéis desquiciado los nervios con todas vuestras bondades.

—¡Ah!, ¡no llamar mi más Tío Ned! —exclamó el viejo—. ¡No nombre mío! Mi nombre Tavita, lo mismo Tavita rey de Israel. ¿Por qué creía, capitán, ser lengua de Hawai? El nada sabe; él lo mismo Wise-a-mana.

Era la primera vez que se mencionaba el nombre del difunto capitán, y Herrick no desperdició la ocasión. Se hará gracia al lector de la embarazosa jerga de Tío Ned, para contarle, en más fluente lenguaje, la síntesis de su relato. Apenas había franqueado el barco las Puertas de Oro, en San Francisco, cuando el capitán y el piloto iniciaron una continua serie de borracheras, que apenas fue interrumpida por la enfermedad y que sólo terminó con la muerte. Pasaron días y días y semana tras semana, sin encontrar tierra ni barco alguno, y viéndose perdidos en la inmensidad, con sus guías enloquecidos, los indígenas sintieron mortal espanto.

Al cabo dieron vista a una isla baja y recalaron en ella, y Wiseman y Wishart fueron a tierra en el bote.

Había allí un pueblo grande, un muy hermoso pueblo, y muchísimos kanakas en aquella tierra; pero todos graves y serios, y, por cima del poblado, llegaba hasta Tavita el rumor de la lamentación de aquellos isleños. "Yo no saber hablar aquella isla" —decía—. "Yo saber ellos llorar. Yo creo gente mucha morir allí". Pero ni Wiseman ni Wishart podían darse cuenta de lo que aquel bárbaro plañido significaba. Repletos como odres, metiéronse alborozados por todas partes, sin cuidarse de nada; abrazaron a las mozas, que apenas tenían energía para rechazarlos, se incorporaron y unieron sus roncas voces de borrachos en los coros de los plañideros, y al fin, obedeciendo a lo que se les figuró una invitación, penetraron bajo el techo de una casa, en la que había gran golpe de gente, todos sentados y silenciosos. Pasaron agachándose bajo el alero, excitados y gozosos. No había transcurrido un minuto cuando volvieron a salir con las caras alteradas y las lenguas quedas; y cuando la gente se apartó para dejarles paso, pudo ver Tavita, en la profunda sombra de la casa, el enfermo que se incorporaba en la estera y levantaba la cabeza, ya desfigurada por la viruela. Los dos trágicos juerguistas huyeron sin vacilar hacia el bote, dando voces a Tavita para que se apresurase. Llegaron a bordo a todo remar, levaron ancla, hicieron toda fuerza de vela, aguijando a la tripulación a golpes y juramentos, y estaban de nuevo en la mar, y de nuevo embriagados antes de ponerse el sol. Una semana después, el último de los dos fue sepultado en las aguas. Herrick preguntó a Tavita dónde estaba aquella isla y éste le contestó que, por lo que pudo deducir de lo que hablaban los que se encontró en la playa, suponían que debía de ser una de las Pomotú. Era esto muy probable, porque el Archipiélago Peligroso había sido barrido aquel año, de Este a Oeste, por una devastadora epidemia de viruela; pero Herrick pensó que era aquélla una extraña derrota para ir a Sidney. Y entonces se acordó de las borracheras.

—¿No se sorprendieron al descubrir la isla? —preguntó.

—Wisa-a-mana decir: "¿Qué demonios ser esto?"

—¡Ah, ahí está, pues, explicado. Yo creo que no tenían idea de dónde estaban.

—Yo creo también —dijo Tío Ned—. No sabían. Este uno, más mejor —añadió señalando a la cámara donde roncaba el capitán beodo—. Tomar altura sol todo el tiempo.

Lo que este último toque significaba, completó la pintura que Herrick se hacía de la vida y muerte de sus dos predecesores; de su persistente y brutal degradación mientras navegaban, sin saber hacia adónde, en aquella su postrera travesía. No tenía más que una fe vacilante y endeble en una vida futura; la idea de que pudiera ser de expiación y castigo, le parecía pueril; y, sin embargo, había para él —como para todos— un inexplicable horror en el fin del hombre convertido en bestia. Se le encogía el corazón ante el cuadro que así evocaba, y cuando lo comparaba con la escena en que él mismo desempeñaba un papel, se sentía anonadado por un terror que tenía algo de supersticioso. Y, con todo, y esto era lo raro, no titubeaba. El, que había demostrado su ineptitud en tantas cosas, colocado ahora en una situación falsa y ante obligaciones de las que nada entendía, desamparado y solo, y puede decirse que sin soporte moral, había superado, hasta entonces, a cuando pudiera esperarse; y hasta las vergüenzas y las repulsivas revelaciones de aquella noche, parecia que no habían hecho más que templar sus nervios y fortalecerle. Había vendido su honor; se prometía que no había de ser en vano. "No será por culpa mía, si esto sale mal", repetía. Y en el fondo de su corazón, estaba asombrado de sí mismo. Su furiosa rabia, sin duda alguna, le sostenía y alentaba, y, sin duda también, el pensamiento de la última carta jugada, de las naves quemadas, de la única puerta que quedaba abierta; idea que es un vigoroso tónico para el meramente débil, y que desmoraliza por completo al verdadero cobarde.

Durante algún tiempo el viaje prosiguió, en todo lo demás, bien. De una bordada, franquearon Fakavara por barlovento; y como el viento se mantenía constante hacia el Sur y soplaba fresco, pasaron entre Ranaka y Ratiu, y navegaron algunos días al socaire de las islas Takume y Honden, sin recalar en ellas. Hacia los 14° Sur y entre los 134° y 135° Oeste, les cogió una calma chicha, con mar gruesa. El capitán se negó a disminuir el aparejo, y el Farallone pasó tres días dando tumbos y bandazos, y, según la observación, sin moverse de sitio. El cuarto día, a punto de rayar el alba, se levantó una brisa que fue arreciando rápidamente. El capitán había bebido de firme aquella noche, y aún le duraba la borrachera cuando le despertaron; y al hacer su aparición sobre cubierta, a las ocho y media, se echaba de ver que había trincado copiosamente en el desayuno. Herrick evitó cruzar con él la mirada, y cedió, con indignación, el gobierno del barco a aquel hombre que apenas podía tenerse en pie.

Por las estentóreas órdenes del capitán y las voces de los marineros que trajinaban en la maniobra, comprendió Herrick, desde la cámara, que estaba

desplegando más vela. Sin acabar el desayuno, volvió de nuevo a la cubierta y se encontró con que habían largado la mayor y los foques, y que habían llamado a las dos guardias y al cocinero, para aferrar la vela de estay. El Farallone iba ya casi tumbado; el cielo se oscurecía con brumosos celajes, y desde barlovento se acercaba rápido un turbión siniestro y amenazador, que por momentos sé iba ensanchando y ennegreciéndose, a medida que se alzaba sobre el horizonte.

Herrick se estremeció de espanto. Vio frente a él la muerte y, si no la muerte, inevitable ruina. Porque si el Farallone lograba aguantar a flote el chubasco que se venía encima, tendría que quedar desmantelado. Con eso daba fin su empresa, y ellos quedarían aprisionados en la propia pieza de convicción de su crimen. La magnitud del peligro y su mismo espanto, le imponían silencio. El orgullo, la ira y la vergüenza se revolvían, impotentes, en su pecho, y apretó los dientes y cruzó sus brazos convulsos.

El capitán estaba sentado en el bote, vociferando órdenes e insultos, vidriosos los ojos, congestionada la faz, con una botella sujeta entre las rodillas y un vaso a medio vaciar en la mano. Daba la espalda al chubasco y, al principio, tenía puesta toda su atención en la maniobra de la vela. Una vez terminada, y cuando el gran trapecio de lona había empezado a tomar viento y la barandilla del Farallone se deslizaba ya al ras con la espuma del mar, lanzó una risotada, apuró el vaso, y tumbándose desparrancado entre los trastos heterogéneos que llenaban el bote, alargó la mano para coger una orza de novela. abarquillarla.

Herrick le miraba y su indignación llegó al frenesí. Miró a barlovento, donde el chubasco hacía ya blanquear el mar a corta distancia y anunciaba su llegada con un extraño y lúgubre bramido. Miró al timonel y le vio agarrado, con las manos crispadas, a las cabinas de la rueda y con la cara cubierta de una palidez azulada. Vió que la tripulación, sin recibir la orden, corría a sus puestos. Y le pareció que algo estallaba en su cerebro; su cólera, tanto tiempo contenida en silencio, se desenfrenó de repente y le sacudió como el viento a una vela. Avanzó hasta donde estaba el capitán y descargó un recio manotazo en el hombro del beodo.

—¡Bestia! —dijo con voz entrecortada—. ¡Mire usted hacia atrás!

—¿Qué es eso? —gritó Davis, removiéndose en el bote y haciendo derramarse el champaña.

—Usted perdió el Sea Ranger por ser un vil borracho. Ahora va a perder el Farallone. Se va usted a ahogar aquí, lo mismo que ahogó a otros, y se va a condenar. Y su hija trotará las calles y sus hijos serán ladrones como su padre.

Por un momento, aquellas palabras dejaron al capitán suspenso, pálido y atolondrado. —¡Dios mío! —gritó mirando a Herrick, como si fuera un fantasma— ¡Dios mío, Herrick!

—¡Mire usted atrás! —repitió éste.

El miserable, ya en parte consciente, hizo lo que le mandaban, y en el instante mismo se incorporó de un salto. —¡Arría la vela de estay! —gritó con voz tonante. Los marineros esperaban anhelosos la orden, y la gran vela vino abajo de un golpe, cayendo más de la mitad fuera de la borda entre las revueltas espumas de la marejada—. ¡A las drozas de los foques! ¡Dejad la vela de estay! volvió a gritar.

Pero aun no había dado la orden, cuando el chubasco clamoroso cayó, como una sólida masa de viento y lluvia revueltos, sobre el *Farallone;* y el pailebot se inclinó bajo el golpe y se quedó inerte, como una cosa muerta. Por el cerebro de Herrick pasó una ráfaga de locura; se agarró a la jarcia de barlovento, exultante; ya había acabado con la vida y se gloriaba de su liberación; gozaba en el tumultuoso fragor del vendaval y la asfixiante arremetida de la lluvia; sentía una alegría delirante en morir así y en aquel momento, en aquel caos de los elementos. Y en tanto, en el combés, con el agua hasta las rodillas tan sumergido iba el pailebot el capitán daba tajos con una navaja a la escota del trinquete. Era cuestión de segundos, porque el *Farallone* embarcaba a cada momento tremendos golpes de mar. Pero el capitán llevaba ventaja; la botavara desgarró las últimas fibras de la escota y giró con estrépito a sotavento: el *Farallone* saltó delante del viento y se enderezó, y las drozas del pico y de la boca de la cangreja, que habían ya sido largadas, empezaron a correr en el mismo instante.

Durante diez minutos el pailebot siguió marchando vertiginosamente al empuje de la turbonada; pero el capitán era ya dueño de sí mismo y de su barco y había pasado todo el peligro. Y entonces, como en un repentino efecto de tramoya, el chubasco amainó, el vendaval se tornó en ligera brisa, volvió a resplandecer el sol sobre el desgarrado velamen del pailebot y, el capitán, después de trincar la botavara del trinquete y poner dos marineros a la bomba, volvió a popa sin rastros de embriaguez, un poco pálido y con la remojada colilla de un puro sujeta aún entre los dientes, como la tenía al estallar el turbión. Herrick fué tras él; apenas podía recordar la violencia de las emociones que acababan de agitarle, pero comprendía que era inevitable una escena y estaba impaciente, y hasta anheloso, de acabar con ello.

El capitán, al dar la vuelta al final de la caseta, se lo encontró cara a cara y evitó su mirada. —Hemos perdido dos gavias y la vela de estay —balbuceó——. La suerte ha sido que no se nos ha llevado ningún palo.

—No es en eso en lo que estoy pensando- dijo Herrick en un tono de extraña tranquilidad y que, sin embargo, produjo confusión y perplejidad en el mismo capitán.

—¡Ya lo sé! —exclamó levantando una mano—. Ya sé lo que usted está pensando. Es inútil decirlo ahora. Ya estoy sereno.

—Tengo que decirlo, sin embargo —contestó Herrick.

—Cállese, Herrick; ya ha dicho bastante. Ha dicho lo que no hubiera tolerado a nadie en el mundo más que a usted; pero, con todo, sé que es verdad.

—Tengo que decirle, capitán Brown, que renuncio a mi cargo de piloto. Puede usted ponerme en el cepo o pegarme un tiro, como más le acomode: no he de hacer resistencia. Lo único que hago es negarme a ayudarle o a obedecerle; y le aconsejo que ponga a Mr. Huish en mi lugar. Hará un primer oficial digno de tal capitán—. Sonrió, se inclinó y volvió la espalda para irse a proa.

—¿Adónde va usted, Herrick? —exclamó el capitán asiéndole del hombro.

—A alojarme a proa con los marineros— replicó Herrick con la misma odiosa sonrisa—. Ya he estado bastante tiempo aquí atrás con ustedes... caballeros.

—No tiene razón en eso. No sea precipitado, amigo; no hay nada malo en mí, más que la bebida... ¡es la vieja historia, Herrick! Que yo logre serenarme de una vez, y entonces verá —dijo en tono suplicante.

—Dispénseme; no quiero saber más de usted —dijo Herrick.

El capitán lanzó un profundo suspiro.

—¿Usted sabe lo que ha dicho de mis hijos? —exclamó de pronto.

—De memoria. ¿Quiere usted acaso que se lo repita?

—¡No! —gritó el capitán tapándose los oídos con las manos—. No me haga matar a un hombre a quien quiero bien, Herrick: si me vuelve a ver llevándome un vaso a los labios antes de estar en tierra, le doy permiso para que me meta una bala en el cuerpo... ¡Le pido que lo haga! Usted es la única persona a bordo cuya piel vale la pena de que se conserve. ¿Cree usted que no lo sé? ¿Cree usted que ni un solo momento me he vuelto en contra suya? Siempre me he dado cuenta de que usted era el que tenía la razón... borracho o sereno, siempre lo creí. ¿Qué es lo que necesita usted? ¿Un juramento? ¡Vamos, hombre!, es usted demasiado inteligente para no ver que esto va de veras.

—¿Quiere usted decir que ya no habrá más borracheras ni de usted ni de Huish? preguntó Herrick—, ¿que no han de seguir robándome mis ganancias y bebiéndose mi champaña que ha comprado con mi honra?, ¿que usted atenderá a sus deberes, y hará guardias, y desempeñará la parte que le toca en las faenas del barco, en vez de echarme a mí, hombre de tierra, toda la carga y convertirse en la befa y el hazmerreír de los marineros indígenas? ¿Eso es lo que quiere usted decir? Si eso es, tenga la bondad de decirlo categóricamente.

—Pone usted esas cosas en términos difíciles de tragar para un hombre de honor —fijo el capitán. ¿Quiere usted obligarme a confesar que me avergüenzo de mí mismo? Fíese de mí esta vez: obraré rectamente, y ahí está mi mano.

—Bueno, haré la prueba por una vez —dijo Herrick—. Vuelva a fallarme...

—¡Basta ya! —interrumpió Davis—. ¡Basta, compañero! Ya hemos dicho lo suficiente. Tiene usted, Herrick, una lengua como una navaja, cuando se enfada. Alégrese de que seamos otra vez amigos, como yo me alegro; no me hurgue en las heridas; yo haré por que no se arrepienta de ello. Hemos esta-

do hoy a un dedo de la muerte —¡no diga de quién fue la culpa!— y muy cerca del infierno también, según me figuro. Estamos en un mal camino nosotros dos y tenemos que no ser duros el uno con el otro.

Estaba divagando; parecía, sin embargo, que divagaba con algún designio, andando por las ramas de algo que temía decir; o, acaso, hablando no más que para matar el tiempo, por miedo de lo que Herrick pudiera decir a continuación. Pero Herrick había ya echado fuera todo su veneno; era de natural bondadoso y, satisfecho con su triunfo, había ya empezado a compadecerse. Con algunas palabras sedantes, trató de dar por terminado el coloquio, y propuso que se fuera a mudar de ropa.

—Falta algo que enderezar —dijo Davis—. Antes tengo que decirle una cosa. ¿Sabe usted lo que dijo de mis hijos? Necesito decirle por qué me dolió tanto; y tengo la idea de que a usted va a hacerle daño también. Es lo de mi pequeña, lo de mi Ada. No debió haber dicho aquello... pero, por supuesto, usted no sabía. Ella... la niña, se murió, ya ve usted...

—¡Qué es eso, David! —exclamó Herrick. ¡Usted me ha dicho cien veces que vivía! ¡Despéjese la cabeza, hombre! Tiene que ser la bebida.

—No señor. Muerta está. Murió de una enfermedad de los intestinos. Eso ocurrió mientras yo navegaba en el bergantín Pregón. Está enterrada en Portland, Maine. "Ada, única hija del capitán John Davis, y de Marian, su esposa. A los cinco años de edad." Llevaba a bordo una muñeca para ella. Nunca me atreví a sacarla del papel en que estaba envuelta, Herrick, y así se fue al fondo del mar, con el Sea Ranger, el día de mi perdición.

Los ojos del capitán miraban fijos el horizonte; hablaba con un desusado dulzor, pero no perfecta compostura; y Herrick le contemplaba con una extrañeza que tenía algo de terror.

—No vaya a creer, por eso, que estoy chiflado —prosiguió Davis—. Tengo todo el sentido común del que he menester, y aún me sobra. Pero yo creo que un hombre desventurado es como un niño; y esto es en mí como una cosa de niño también. Jamás pude resignarme a vivir conforme a aquella cruda verdad, y por eso me forjo a mí mismo. Y se lo advierto honradamente: tan pronto como terminemos esta conversación, empezaré otra vez con el fingimiento. Únicamente que, como usted ve, Ada no podrá pasear las calles —añadió el capitán—; ni siquiera pudo vivir para que llegara a ser suya aquella muñeca.

Herrick puso una mano trémula en el hombro del capitán.

—¡No haga eso! —exclamó Davis, retrocediendo, para evitar el contacto—, ¿no ve usted que estoy ya hecho añicos, sin necesidad de más? Vámonos, pues; venga conmigo, compañero: puede confiar en mí de veras; venga a ponerse ropa seca.

Entraron en la cámara y allí encontraron a Huish de rodillas, forcejeando para destapar una caja de champaña.

—¡Fuera de aquí! —gritó el capitán—. Eso se acabó. ¡No se bebe más en este barco!

—¿Se ha vuelto abstemio, prohibicionista? —preguntó Huish—. Por mí no hay inconveniente en que lo sea. Ya era hora, ¿eh? A un pelo de perder, bonitamente, otro barco. —Sacó una botella y se puso, con toda calma, a hacer saltar el alambre con el gancho del sacacorchos.

—¿Ha oído usted lo que he dicho? —gritó el capitán.

—Me parece que sí he oído. Habla usted lo bastante alto. La dificultad está en que no me importa.

Herrick agarró al capitán por una manga. Déjele ahora hacer lo que quiera —le dijo—. Ya hemos tenido bastante esta mañana.

—Pues que se salga con la suya —dijo el capitán. Es la última vez.

Para entonces ya estaba roto el alambre, cortada la cuerda, desgarrada la caperuza de papel dorado, y Huish esperaba, vaso en mano, que se produjese el acostumbrado estampido. No se produjo. Aflojó el tapón con el pulgar: tampoco ocurrió nada. Al fin cogió el descorchador y sacó el tapón. Salió con gran facilidad y sin ruido alguno.

—¿Qué es eso? —dijo Huish—. Una botella echada a perder.

Escanció un chorro de vino en el vaso: era incoloro y sin espuma. Lo olió y lo cató después.

—¿Qué diablos es esto? —dijo—. ¡Es agua!

Si de repente se hubiera oído cerca del barco, en medio del mar, un toque de corneta, los tres hombres que estaban en la cámara no hubieran quedado tan estupefactos como los dejó aquel incidente. El vaso pasó de mano en mano; cada uno de ellos olisqueó, probó y se quedó suspenso mirando a la botella como pudiera haber mirado Robinson la huella que encontró en la playa; y en las mentes de todos surgió, simultáneo, el mismo temor. Entre una botella de champaña y otra de agua, no es grande la diferencia; entre dos cargamentos de ambas cosas está toda la escala que va desde la riqueza a la ruina.

Se descorchó otra botella. Había dos cajas preparadas en uno de los camarotes: las sacaron fuera, hicieron saltar las tapas y las probaron. Persistía el mismo resultado; el líquido que contenían era incoloro, insípido y muerto como el agua de lluvia en una barca de pesca varada.

—¡De primera! —exclamó el regocijado Huish.

—Óiganme; ¡vamos a probar en la bodega! —dijo el capitán, enjugándose la frente con el revés de la mano, y los tres salieron de la cámara con las caras largas y el andar abrumado.

Se llamó a toda la tripulación. Dos kanakas bajaron a la cala, otro fue puesto al pie de un cabo pasado por una garrucha y Davis, hacha en mano, se situó junto a la escotilla.

—¿Va usted a dejar que los marineros se enteren? —murmuró Herrick.

—¡Que los ahorquen! —dijo Davis—. Eso ya nos importa poco. Nosotros somos los que tenemos que enterarnos.

Tres cajas llegaron a cubierta y una tras otra fueron examinadas. De cada botella, al romperle el capitán el cuello con el hacha, se desbordó el champaña espumoso y efervescente.

—¡De más abajo!, ¡de más abajo! —gritó el capitán a los kanakas de la bodega.

Aquella orden produjo un cambio desastroso. Izaron a cubierta caja tras caja y el capitán fue rompiendo, de un hachazo en el gollete, una botella tras otra, y sólo salió agua chirle. Ahondaron aún más en el cargamento y llegaron a una capa donde casi se había prescindido ya de todo intento de engaño, donde las cajas carecían de marcas, las botellas no tenían alambres ni etiquetas y donde el fraude, en fin, era manifiesto y saltaba a los ojos.

—Ya hemos perdido bastante el tiempo —dijo Davis—. Vuelve a estibar esas cajas en la bodega, Tío Ned, y tira al mar toda esa cacharrería. Venid conmigo —añadió, dirigiéndose a sus compañeros de aventuras, y marchó delante, hacia la cámara.

VI

LOS CONSOCIOS

Se sentaron en torno a la mesa. Era la primera vez que se encontraban los tres reunidos; pero ya toda idea de incompatibilidad, todo recuerdo de pasados agravios, se había desvanecido ante la ruina, común.

—Señores -dijo después de una pausa el capitán, exactamente con el aire de un presidente que va a abrir la sesión de un consejo de administración—: se nos ha estafado.

Huish rompió en una estruendosa risa.

—¡Qué me maten, si esto no es la más chistosa historia que he oído! ¡Y este Davis, que se las daba de vivo y de calculador! ¡Hemos robado un cargamento de agua clara! ¡Anda mi madre!... —y brincaba de puro regocijo.

El capitán consiguió simular una sonrisa.

—Aquí vuelve nuestro amigo el Destino llamando a la puerta —dijo a Herrick—; pero esta vez me parece que la ha echado abajo a patadas.

Herrick se limitó a sentir con la cabeza.

—¡Cristo! ¡Pero si es de primera! —gritó Huish riendo de nuevo a carcajadas—. ¡Sería la cosa de más gracia del mundo si le hubiera ocurrido a otro! ¿Y qué haremos ahora? Y con este bendito pailebot, ¿qué vamos a hacer?

—Aquí está la dificultad dijo Davis—. Sólo hay una cosa cierta: que es inútil transportar al Perú agua clara y botellas usadas. No, señor; estamos en un atolladero.

—¡Anda, y el comerciante!... —exclamó Huish—. ¡El comerciante que expidió este cargamento!... Tendrá noticias de Haití por el bergantín correo y creerá que estamos navegando derechos a Sidney.

—Sí; y no le va a llegar la camisa al cuerpo a ese comerciante cuando lo sepa —dijo el capitán—. Una cosa: esto explica la tripulación de kanakas. Si se tratara de perder un barco, yo, por mi parte, no pediría nada mejor que una tripulación de kanakas. Pero hay otra cosa que no se entiende: esto no explica para qué fue a parar el barco cerca de Tahití.

—¿Para qué? ¡Para perderlo, alma cándida! —dijo Huish.

—Usted se lo sabe todo —replicó el capitán—. Nadie necesita perder un pailebot sólo por perderlo; lo que se necesita es que se pierda *en su ruta*, señor sabihondo. Este cree, por lo visto, que los aseguradores se chupan el dedo.

—Bueno —dijo Herrick—, yo puedo decirles por qué se desvió tanto hacia el Este. Yo lo sé por Tío Ned. Parece ser que aquellos dos pobres diablos, Wiseman y Wishart, se emborracharon con champaña desde el comienzo... y murieron borrachos al fin.

El capitán clavó los ojos en la mesa.

—Dormían en sus literas o se sentaban en esta maldita cámara —prosiguió con creciente excitación—, llenándose como pellejos con la condenada bebida, hasta que les sorprendió la enfermedad. Al enfermar y subirles la fiebre, bebieron aún más. Y aquí estaban tendidos, vociferando y gimiendo, borrachos y agonizando, todo a la vez. No sabían dónde estaban, no se cuidaban de ello. Parece que ni siquiera tomaban la altura.

—¿No tomaban la altura? —exclamó el capitán, levantando los ojos—. ¡Arrea!, ¡qué gente!

—Nada de eso nos importa un pito —dijo Huish—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con Wiseman ni con el otro chispo?

—Muchísimo —dijo el capitán—. Me parece que somos sus herederos.

—Es una famosa herencia —lijo Herrick.

—Bien, en cuanto a eso, habría que verlo ——contestó Davis—. Se me antoja a mí que aún pudiera ser peor. No valdrá lo que hubiera valido el cargamento, por supuesto, al menos en dinero constante. Me parece a mí como si la herencia pudiera subir hasta cerca del último dólar del prójimo de San Francisco.

—Despacio —dilo Huish—. Dale a uno tiempo para pensar; ¿cómo es eso, maestro?

—Pues bien, hijos —prosiguió el capitán, que parecía. haber recuperado todo su aplomo—. A Wiseman y a Wishart les iban a pagar por perder el pailebot con todas las de la ley, y yo voy a hacer asunto mío el ver que se nos pague. ¿Qué iban a cobrar Wiseman y Wishart? Eso no lo sé. Pero ellos habían entrado por su gusto en el negocio; estaban en el ajo. Pues fijarse bien en que nosotros estamos en terreno firme y legal; nosotros no hemos hecho más que tropezar con él por casualidad, y el buen comerciante no tendrá más remedio que cantar, y yo soy el hombre para hacer que cante con provecho. No, señor; aún queda algo que roer en este hueso del Farallone.

—¡Adelante con ello, capi! —exclamó Huish—. ¡Qué gusto! ¡Adelante! ¡Apretad de firme! ¡Este es un modo de hacer dinero! Que me ahorquen si no me gusta esto más que lo otro.

—Yo no comprendo dijo Herrick—. Les ruego que me dispensen; no comprendo.

—Bueno, pues ahora —dijo Davis— yo tengo que decirle, de todos modos, unas palabras sobre otro asunto, y bueno es que Huish las oiga también. Nosotros hemos acabado con esa historia de las borracheras y le pedimos perdón por ello, aquí, delante de usted. Tenemos que darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros mientras estábamos convertidos en unos cerdos; usted ha de ver cómo trabajo en adelante; y en cuanto al vino, el cual reconozco que se lo hemos robado, yo echaré la cuenta y quedará usted pagado. Hasta ahí creo que todo va bien. Pero en lo que necesito que se fije, es en esto. La otra jugada era de mucho riesgo. Esta de ahora es tan poco peligrosa como establecer una tahona de pan de Viena. No tenemos más que poner este Farallone de cara al viento y navegar hasta que estemos bien al Oeste de nuestro puerto de salida y a razonable distancia de algún sitio donde haya un cónsul de los Estados Unidos. Abajo va el Farallone y que lo pase bien. Un día, o cosa así, en el bote; el cónsul nos empaqueta, a costa del Tío Sam, para San Francisco; y si el buen negociante no afloja los dólares, que me lo digan a mí.

—Pero yo pensé... —balbuceó Herrick, y de pronto exclamó: —¡Vámonos al Perú!

—Está muy bien; si va usted al Perú por razones de salud, no diré que no —contestó el capitán—. Pero qué otro motivo podría usted tener para ese viaje, no se me alcanza. No tenemos por qué ir allí con este cargamento; no sé que las botellas viejas sean artículo en gran demanda en ninguna parte, y menos que en ninguna —apuesto hasta la camisa— en el Perú. Siempre fue dudoso que pudiéramos vender el pailebot; nunca lo creí del todo y ahora estoy seguro de que no vale un puñado de lentejas. Qué es lo que le pasa, no lo sé; lo único que sé es que algo tiene de malo, o no estaría aquí con esta estafa en la tripa. Y, además, esto: si lo echamos a pique y desembarcamos en el Perú, ¿qué va a ser de nosotros? No podemos declarar el naufragio, porque ¿cómo hemos arribado al Perú? En ese caso el comerciante no podía cobrar el seguro; lo más probable es que quebrase; ¿y no le parece a usted que ya nos está viendo a los tres sobre la playa del Callao?

—Allí no hay extradición —dijo Herrick.

—Está bien, amigo, y precisamente nosotros necesitamos ser *extraídos* —dijo el capitán—. ¿Cuál es nuestro plan? Necesitamos tener un cónsul que nos lleve hasta San Francisco y hasta la puerta del escritorio del comerciante. Mi idea es que Samoa es un sitio que puede convenirnos como centro de operaciones. Está enfilado con el viento; los Estados Unidos tienen allí cónsul, y hacen escala los vapores de San Francisco; de modo que, podemos volver atrás de un salto y tener un rato de conversación con el negociante.

—¿Samoa? —dijo Herrick—. Tardaríamos una eternidad en llegar.

—¡Nada, con un buen viento!

—No habría dificultades con el "Diario de navegación" ¿eh? —preguntó Huish.

—No, señor ——dijo Davis—. *Brisas ligeras .v vientos contrarios. Chubascos y calmas. Distancia recorrida: cinco millas. No se hizo observación. Se atendió a las bombas.* Y llenar las casillas del barómetro y termómetro con las observaciones del viaje anterior. "No he visto viaje parecido", le dice uno al cónsul. "Creí que me iban a faltar las..." —Se interrumpió de pronto––. Dígame... —empezó a decir, y otra vez se detuvo—. Perdóneme usted, Herrick -añadió con no disimulada humildad—. ¿Llevó usted la cuenta del gasto de provisiones?

—Si me hubieran dicho que la llevase, lo hubiera hecho, como hice lo demás, lo mejor que pude ——dijo Herrick—. Como nadie se cuidaba de ello, el cocinero se despachó a su gusto.

Davis volvió a clavar los ojos en la mesa.

—Yo anduve demasiado parco al encargarlas ——dijo al fin—; lo importante, en aquel momento, era alejarse de Papeete antes de que el cónsul lo pensase mejor y se volviera atrás. Se me ocurre una cosa: me parece que voy a hacer inventario.

Y se levantó de la mesa y, con un farol en la mano, desapareció en el pañol de víveres...

—Aquí hay otro tornillo flojo -observó Huish.

—Óigame—dijo Herrick con un repentino brillo de animosidad en su mirada—, aún debe usted de estar de guardia en cubierta, y seguramente es su turno al timón.

—Ya viene usted haciendo el pisaverde, ¿no es eso, pollito? ——dijo Huish—. "Apártese de esa bitácora". “Óigame: seguramente es su turno al timón”. ¡Bah!

Encendió un puro, pausada y solemnemente, y echó a andar hacia el combés con las manos en los bolsillos.

Tras una ausencia, sorprendente por lo corta, reapareció el capitán. No miró a Herrick, pero llamó a Huish para que volviera a entrar y se sentó.

—Bueno —comenzó—; he hecho el recuento... por encima—. Hizo una pausa como esperando que alguien le ayudara, y como lejos de ayudarle, los otros dos le miraban con visible ansiedad, prosiguió aún más mohíno: —Bueno, pues no da juego. No podemos hacerlo; no hay que darle vueltas. Lo siento tanto como ustedes y mucho más aun. Pero hay que abandonar la partida. No podemos ni aproximarnos a Samoa. No sé ni si podríamos llegar a Perú.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó brutalmente Huish.

—Casi no lo sé yo mismo —replicó el capitán—. Yo calculé los víveres por lo bajo, ya lo he dicho, ¡pero lo que aquí ha pasado no lo puedo comprender! Parece como si hubiera andado en ello el demonio. Ese cocinero

debe ser el peor de los estafadores. ¡Y en doce días nada más! Es para volverse loco. Confieso francamente una cosa; parece que ha tirado de largo de la harina. Pero lo demás... ¡Cristo! ¡No lo entiendo! Ha habido más gasto en este barco de ochavo, que el que hay en un trasatlántico... —Miró a sus compañeros con el rabo del ojo: nada bueno pudo sacar de sus rostros sombríos y recurrió a la cólera—. ¡Esperen un poco a que hable yo con ese cocinero! —rugió, descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Me va a oír ese hijo de perra lo que no ha oído nunca! ¡Le voy a meter una bala!

—Usted no va a tocar a ese hombre ——dijo Herrick—. La falta es suya y usted lo sabe. Si deja suelto a un salvaje en la despensa, ya puede figurarse lo que se debería esperar. No permitiré que se le maltrate.

Es difícil saber cómo hubiera tomado Davis ese desafío; pero su atención fue desviada hacia un nuevo atacante.

—Bien: es usted un capitán como no hay otro ¿eh? —dijo Huish, recalcando las palabras—. ¡Un capitán de primera! Y no me venga con su palabrería de siempre, John Davis; ya le conozco, y sé que no sirve para nada. Con que "no lo puedo comprender", ¿no es eso? ¡Ah!, con que "no lo sé yo mismo", ¿eh? ¡Vamos, hombre! ¿No se pasaba usted el bendito día gritando para que le trajeran más latas? ¿Cuántas veces no le he oído llamar para que se llevasen toda una cena y la echasen a la basura? ¿Y el desayuno? Comida para veinte, y usted vociferando para que trajesen más. ¡Y ahora sale con que "no lo entiendo"! Vamos, que esto es para hacerle a uno escribir a Dios una carta insultante. Y no lo tome por la tremenda, John Davis: ojo conmigo, que soy peligroso. '

Davis seguía sentado como en un sopor: hasta hubiera podido dudarse si oía, pero la voz del dependiente resonaba en la cámara como la de un corvejón en las rocas de un acantilado.

—Basta con eso, Huish —dijo Herrick.

—¡Ah! De modo que se pone usted de su parte, ¿no es eso? Usted, espetado, presuntuoso "snob"! Pues póngase. A los dos les espero. Pero en cuanto a John Davis, que ande con ojo. Me pegó un golpe la primera noche a bordo y nunca he recibido uno sin devolverlo con creces. Que se ponga de rodillas y me pida perdón. Esa es mi última palabra.

—Yo estoy del lado del capitán ——dijo Herrick—, y eso hace dos contra uno, y los dos hombres cabales; y toda la tripulación me sigue a mí. Tengo la esperanza de morir muy pronto, pero no tengo el menor inconveniente en matar a usted antes de irme. Lo preferiría así; lo haría con menos remordimiento que si matase una pulga. Ande con cuidado... Ande con cuidado, bichejo.

La animosidad con que fueron pronunciadas esas palabras era tan intensa, y cosa tan extraña en la persona que las decía, que Huish se le quedó mirando sorprendido, y hasta el humillado Davis levantó la cabeza y miró a su defensor. En cuanto a Herrick, las continuas agitaciones y desengaños de aquel día le habían puesto fuera de si, desatinado; se daba cuenta de un gozoso ar-

dor, de una placentera excitación, sentía el cerebro como vacío y le ardían los ojos al moverlos, tenía reseca la garganta; el hombre menos peligroso por naturaleza —excepto en cuanto los débiles son siempre peligrosos estaba a punto, en aquel momento, a asesinar o ser asesinado con igual indiferencia.

Estaba, pues, arrojado el guante y presentada la batalla; el que primero hablase, llevaría la cuestión a ser decidida allí mismo y en aquel instante: todos sabían que así era y se refrenaban; y durante muchos segundos, que iba contando el reloj de la cámara, el terceto continuó sentado e inmóvil.

Y entonces vino una interrupción tan bien recibida como las flores de Mayo.

—¡Tierra! —gritó una voz en cubierta—. ¡Tierra por la amura de barlovento!

—¿Tierra? —exclamó Davis poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué significa esto? No hay ninguna tierra por aquí.

Y como quien huye de un lugar donde queda un cadáver apuñalado, los tres escaparon de la cámara y allí dejaron, detrás de ellos, su querella sin solventar.

El cielo oscuro se aclaraba en suave gradación hasta una blancura opalina al nivel del mar; y el mar, de un azul violento, de tinta, trazaba nítidamente en derredor de ellos' la inflexible circunferencia del horizonte. Por mucho que se mirase, ni aun con ojos tan avezados como los del capitán Davis, se podía percibir en ella la más mínima interrupción. Algunas nubes tenues se desvanecían lentamente en lo alto, y cerca del pailebot, como en tomo del único punto de interés, un ave tropical, blanca como un copo de nieve, se cernía y giraba dejando ver, al volverse, la larga pluma roja de su cola. Fuera del mar y del cielo, eso era todo.

—¿Quién ha gritado tierra? preguntó Davis—. Si hay alguno que quiera hacerse el gracioso conmigo, le voy a enseñar yo a dar bromas.

Pero Tío Ned, satisfecho, señaló una parte del horizonte donde una leve iridescencia verdosa apenas se discernía, flotando como un humo, en el cielo pálido.

Davis apuntó hacia allá con el anteojo, y después se volvió hacia el kanaka. —¿Y llamas a eso tierra? —dijo—. Pues yo no.

—Una vez mucho hace —dijo Tío Ned—, yo ver Anaa lo mismo, cuatro o cinto horas, antes de verla. Tapitán, decir sol, baja; sol, vuelve a subir; él decir laguna lo mismo pejo...

—¿Lo mismo qué?

—Pejo, señor —contestó Tío Ned.

—¡Ah!, ¡espejo! —dijo Davis—. Ya veo: luz reflejada por la laguna. Sí, pudiera ser, aunque es raro que nunca haya oído hablar de eso. Vamos a ver el mapa.

Volvieron a la cámara y comprobaron que la situación del pailebot estaba muy a barlovento del archipiélago, en medio de una gran extensión de papel en blanco.

—¡Ahí tienen! Ustedes mismos pueden verlo dijo Davis.

—Y, sin embargo, no sé —dijo Herrick—, se me figura que puede haber algo. Y desde luego, le digo una cosa, capitán; que es cierto lo de la reverberación. Lo he oído en Papeete.

—¡Venga ese Findlay pues! dijo Davis—. Quiero estar bien seguro. Una isla no nos vendría mal en la situación en que estamos. Le fue entregado el mamotreto, con el lomo deshecho, como siempre ocurre con el Findlay, y empezó a buscar el sitio, leyendo entre dientes, mientras pasaba las hojas con un dedo humedecido. —¡Hola! —exclamo—. ¿Qué es esto?—. Y leyó en voz alta: New Island. Según M. Delille, esta isla, la cual por intereses particulares permanecería ignorada, está, según se dice, en latitud 12°, 4910^{0} Sur, longitud 133°, 6' Oeste. Además de esta posición, el comandante Matthews, del buque de guerra británico Scorpion, dice existe una isla en latitud 12° 0' Sur, longitud, 133°, 16' Oeste. Esta debería de ser la misma, si tal isla existe, lo cual es muy dudoso, y no merece crédito alguno a los que trafican en el Mar del Sur."

—¡Anda! —dijo Huish.

—Todo está en condicional —dijo Herrick.

—Está en lo que usted quiera —exclamó Davis—; ¡pero ahí está! Esa es la posición de nuestro barco, y no hay que darle vueltas.

—"La cual, por intereses particulares, permanecería ignorada"... —leyó Herrick por encima del hombro del capitán—. ¿Qué puede significar eso?

—Debería significar perlas —dijo Davis—. ¿Una isla perlera de la que nada sabe el Gobierno? Eso sería una finca. O supongamos que no significa nada. Supongamos que no es más que una isla; me figuro que podríamos reponernos de pescado y cocos, y cosas de los isleños y realizar el proyecto de Samoa por la posta. ¿Cuánto dijo que tardaron a descubrir a Anaa?

–Cuatro o cinco horas —contestó Herrick.

Davis salió a la puerta. —¿Qué viento teníais. Tío Ned, cuando avistaron Anaa?

—Seis o siete nudos.

—Treinta o treinta y cinco millas —dijo Davis—. Ya es tiempo de que empecemos a acortar vela. Si es una isla no necesitamos dar un topetazo contra ella en la oscuridad, y si no la hay, lo mismo podemos pasar de día. —¡Listos para la maniobra! —gritó con voz tonante.

Y la proa del pailebot fué puesta hacia aquel indeciso reflejo que ya empezaba a palidecer y a disminuir en tamaño, como la nubecilla del aliento se desvanece en el vidrio de la ventana. Al propio tiempo se tomaron todos los rizos de las velas.

PARTE II

EL CUARTETO

VII

EL PESCADOR DE PERLAS

Serían las cuatro de la madrugada, y estaban el capitán y Herrick sentados en la barandilla, cuando enfrente de ellos, en la noche profunda, se oyó el estruendo de rompientes. Los dos se incorporaron de un salto y aguzaron ojos y oídos. El fragor era continuo, como el del paso de un tren: no se notaban en él altos ni bajos; minutos por minuto el Océano se alzaba, con igual potencia, contra la isla invisible; y como el tiempo pasaba, y Herrick esperaba en vano que se produjese alguna alteración en la intensidad de aquel tumulto, una sensación de lo eterno iba gravitando sobre su espíritu. Para el ojo avezado, la isla misma podía columbrarse por una indecisa línea de borrones sobre el cielo estrellado. Y el pailebot fue puesto a la capa y ansiosamente vigilado hasta que rompió el día.

Hubo poco o nada de neblina matinal. Una claridad surgió en el Oriente; después una tintura de cierto inefable, tenue, innominado matiz, entre carmesí y plata; y después, ascuas de fuego. Estas fulguraron unos momentos sobre el confín del mar, y parecía que se abrillantaban y se oscurecían y se iban extendiendo; y todavía la noche y las estrellas reinaban impasibles, sin recelo. Era como si una chispa hubiera prendido y brillase y se corriera por la fimbria de algún recio y casi incombustible cortinaje, y la habitación misma no estuviera apenas amenazada. Sin embargo, un instante más, y todo el Oriente resplandeció con oro y escarlata, y la oquedad del cielo quedó henchida con la luz del día.

La isla —la no descubierta, la negada por todos —estaba ahora delante de ellos y a corto trecho del barco; y Herrick pensó que jamás en sus sueños había contemplado nada tan extraño y delicado. La playa era de una nítida blancura; la barrera continua de los árboles, de un verde inimitable; la tierra apenas se levantaba diez pies sobre el mar y treinta más el bosque.

De trecho en trecho, según iba el pailebot bordeando la costa hacia el Norte, los árboles se interrumpían y se podía ver por encima de la exigua franja de tierra —como quien se asoma a una tapia— la laguna interior y, más allá, en la lejanía, el lado opuesto del atolón donde los árboles se dibujaban, como con lápiz, sobre el cielo matutino. Herrick se afanaba por encontrar analogías. La isla era como el reborde de una gran vasija hundida en el mar; era como el terraplén, en el que habían brotado árboles, de un ferrocarril circular; tan frágil parecía entre el turbulento batir de las rompientes, tan quebradiza y linda, que no le hubiera chocado verla sumergirse y desaparecer sin ruido, y cerrarse las olas suavemente sobre el lugar que antes ocupaba.

Entretanto, el capitán había trepado a la cruceta y estaba ya en lo alto, a horcajadas, catalejo en ristre, mirando en todas direcciones, tratando de descubrir una entrada, de vislumbrar alguna señal de ocupación. Pero la isla seguía desarrollándose como en una serie de articulaciones y se deslizaba ante

el barco seguida y uniforme, con leves promontorios; y aun no se veían ni habitaciones ni personas, ni la humareda de un fuego. Aquí, una multitud de aves marinas se cernían y revoloteaban pescando en las aguas azules; y allá y en todas partes, la estrecha franja de cocoteros y pandanos se prolongaba solitaria, formando deliciosas bóvedas de verdura que nadie había de visitar; y sólo interrumpía el silencio de muerte la rítmica pulsación del mar.

Las brisas eran ligeras, la velocidad del barco escasa, el calor intenso. La cubierta ardía bajo los pies, el sol llameaba sobre las cabezas, implacable en un cielo implacable; la brea burbujeaba en los intersticios de la cubierta, y los sesos en el cráneo. Y en todo este tiempo la excitación de los tres aventureros encendía su sangre como una fiebre. Cuchicheaban, se hacían signos con la cabeza y señalaban, y se hablaban al oído con un extraño afán de secreto, acercándose a aquella isla clandestinamente, como espías o como ladrones; y hasta Davis, desde la cruceta, daba casi todas sus órdenes por medio de ademanes y gestos. Los marineros participaban en aquella muda nerviosidad, como perros, sin comprenderla; y entre el tronar de tantas millas de rompientes, el barco mudo se acercaba a la isla deshabitada.

Al fin fueron aproximándose a una abertura en aquel interminable dique. Una punta de arena de coral se adelantaba por un lado; por el otro, un alto y espeso ramillete de árboles cerraba la vista; entre ambos estaba la boca de la enorme jofaina. Dos veces al día el Océano se precipitaba por el estrecho boquete y se amontonaba entre aquellos frágiles muros; dos veces al día, al bajar la marea, el formidable sobrante tenia que luchar allí para escaparse. El momento en que el *Farallone* llegó era el de la pleamar. El mar regresaba —con el instinto de la paloma casera— buscando el vasto receptáculo, se deslizaba onduloso por la entrada; se transfiguraba, al hacerlo, en una maravilla de líquidos y sedosos matices, y colmaba hasta el borde el mar interior que estaba detrás. El pailebot llegó ciñendo el viento, y fue recogido y arrastrado como un juguete por la corriente. Se deslizó al principio, fue después como en un raudo vuelo; una sombra fugitiva, proyectada por los árboles de la costa, pasó sobre la cubierta; el fondo del canal se mostró por un momento, y en un momento desapareció, y en el siguiente, el pailebot flotaba en la amplitud de la laguna interior, y abajo, en la transparente mansión de las aguas, jugueteaba una miríada de peces multicolores— y una miriada de pálidas flores de coral esmaltaba el fondo.

Herrick permanecía en un arrobamiento. En la glotona avidez de sus ojos olvidó el pasado y el presente, olvidó que le amenazaba de un lado el presidio, y del otro, el hambre, olvidó que había venido a aquella isla en una desesperada algara, en busca de víveres, agarrándose a clavos ardiendo. Una bandada de peces, pintados como el arco iris, y con picos como cotorras, surgió en la sombra del pailebot, y pasó de largo, relampagueando en el sol submarino. Eran de una belleza como de pájaros, y su paso silencioso dejó en Herrick la impresión de una frase musical.

Entretanto, ante la mirada de Davis en la cruceta, la laguna seguía dilatando la superficie de sus aguas solitarias, y la larga procesión de árboles de la costa se iba desarrollando como una cinta. Y aun no se percibía señal alguna de civilización. El pailebot, al entrar, había sido aproado hacia el Norte, donde el agua parecía más profunda, y ahora se deslizaba junto al alto bosque de árboles que estaba en aquel lado del canal y obstruía la vista. De toda la baja costa de la isla, sólo aquel doblez permanecía invisible. Y de pronto se retiró la cortina; se descubrió ante ellos una ensenada, abrigada en aquel recodo y contemplaron, con indecible pasmo, los techos de humanas mansiones.

Lo que así apareció, como por sortilegio, ante los que iban en la cubierta del *Farallone*, no tenía el aspecto de una población, sino más bien el de una importante granja con su caserío aledaño: una larga fila de cobertizos y almacenes; aparte, y por un lado, una vivienda rodeada de una amplia galería; al otro, una docena de chozas indígenas, una construcción con un campanario y ciertos pujos arquitectónicos, que pudiera estar destinada a capilla. Enfrente, en la playa, había unos recios y pesados botes, en seco sobre la arena, y un muelle de madera avanzaba sobre las aguas abrasadas de la laguna. En un mástil, en el arranque del muelle, estaba desplegado el rojo pabellón de Inglaterra. Por detrás, en torno, y por encima, el mismo macizo de altas palmeras, que al principio había ocultado el poblado, extendía su techo de tumultuosos abanicos verdes que se agitaban y se revolvían en lo alto, y cantaban todo el día su canción argentina al impulso del viento. Todo ello tenía el aspecto difícil de precisar, pero inequívoco, de hallarse en activo servicio; y, sin embargo, daba una impresión de soledad casi patética: no se veía alma viviente por entre las casas y no se oía ruido alguno de humano trabajo o regocijo. Sólo, en lo alto de la playa, y no lejos del asta de la bandera, se veía una mujer, de descomunal estatura y blanca como la nieve, haciendo señas con un brazo alzado. Una segunda mirada bastaba para reconocer en ella una obra de escultura náutica: el mascarón de proa de un barco, que por tanto tiempo se habría alzado y zambullido ante el embate de infinitas olas y ahora había sido llevado a tierra para ser el paladión y el numen tutelar de la ciudad desierta.

El *Farallone* aprovechó bien la brisa; ésta, además, era más fuerte en la laguna interior que fuera en el mar, al reparo de la isla; y ante el paílebot robado, se iban descubriendo nuevas cosas con la rapidez de un panorama, de suerte que los aventureros no osaban desplegar los labios. La bandera hablaba por sí sola: no era un deshilachado y desteñido trofeo que se hubiera ido haciendo jirones en el mástil ondeando sobre un desierto; y para mayor certeza, podía vislumbrarse, en la profunda sombra de la verandah, un brillo de cristalería y aletear los manteles. Si el mascarón de proa, erguido junto al muelle, con su perenne ademán y su blancura leprosa, reinaba solitario en aquel caserío, como parecía hacerlo en aquel instante, su reinado dataría de muy poco. Manos laboriosas habían trabajado allí y pies humanos habían

recorrido aquellos lugares, en el transcurso de aquel día. De ello estaban seguros los *farallones;* sus ojos trataban de penetrar las profundas umbrías de las palmeras en busca de alguien escondido; la intensidad de sus miradas, de prevalecer, hubiera taladrado los muros de las viviendas; y se sentían sobrecogidos, en aquellos segundos emocionantes y decisivos, por la sensación de que se les espiaba y se jugaba con ellos, y de la amenaza de un golpe que se preparaba.

El extremo del cabo cubierto de palmeras, que acababan de franquear, ocultaba una rinconada de la que se destacó, repentina y rápidamente, un bote.

—¡Ah del pailebot! —gritó una voz—. Seguid hacia el muelle. A dos cables hay veinte brazas de agua y buen fondeadero.

El bote iba tripulado por un par de atezados remeros con parcos zaragüelles azules. El que habló llevaba el timón e iba vestido de blanco, el traje de etiqueta de los trópicos; un ancho sombrero le ocultaba la cara, pero podía verse que era hombre de gran tamaño, y el tono y acento de su voz eran de un gentleman. Eso era todo lo que se descubría. Era evidente, además, que el Farallone había sido visto ya hacía tiempo en el mar y que los habitantes estaban apercibidos para su recepción.

Las órdenes fueron obedecidas mecánicamente y el barco fondeó; y los tres aventureros se agruparon a popa junto a la caseta y esperaron, con apresurado latir de pulsos y una perfecta vacuidad en la mente, la llegada de aquel desconocido que tanto podía significar para ellos. No tenían plan ni historia preparada; faltaba tiempo para inventarla; se les había cogido con las manos en la masa y tenían que dejar correr la suerte. Sin embargo, en aquella ansiedad había algo de esperanza. Siendo una isla, por decirlo así, secreta, no era posible que aquel hombre desempeñase cargo alguno o tuviese autoridad para exigirles sus papeles. Y además de eso, si había algo de cierto en lo del "Findlay", como en efecto parecía haberlo, aquella persona era el representante de los "intereses particulares", tenía que causarle gran enojo su llegada, y acaso —la esperanza les murmuraba al oído —quisiera y pudiera comprarles su silencio.

El bote estaba ya atracando al costado y pudieron ver al fin la clase de hombre con quien tenían que habérselas. Era una especie de gigante, de más de seis pies de altura y de una corpulencia proporcionalmente recia y fornida; pero su vigor muscular parecía como desleído y desvirtuado por una indiferente y desmayada apatía. Únicamente sus ojos rectificaban esta primera impresión: eran, a la vez, de un brillo y de una suavidad inusitados, sombríos como carbón y con luces como el topacio; ojos de perfecta salud y bondad; ojos que ponían en guardia contra la cólera destructora de aquel hombre. Su tez, naturalmente morena, se había curtido en la isla hasta llegar a un matiz apenas distinguible del color de un tahitiano; sólo sus movimientos y ademanes, y la vívida fuerza que yacía latente en él, como el fuego en el pedernal, denunciaban al europeo. Vestía un traje de dril, blanco, de elegantísimo

corte; el pañuelo que llevaba al cuello y la corbata eran de seda de tonos suaves; junto a él, reclinado en una bancada, se veía un rifle Winchester.

—¿Está el doctor a bordo? —exclamó al subir—. El doctor Symonds. ¿No saben nada de él? ¿Tampoco del *Trinity Hall?* ¡Ah! No parecía estar sorprendido, sino aparentarlo, así por cortesía, pero su mirada recorrió sucesivamente a los tres con tan ahincada curiosidad, que tenía algo de salvaje. —¡Ah! pues *entonces* dijo— debe de haber algún error, sin duda, y tengo que preguntarles: ¿a qué debo este honor?

Ya para entonces estaba sobre cubierta, pero tenía el arte de ser por completo inaccesible; el más vulgar campechanote, con cuatro copas de más en el cuerpo, se hubiera mirado muy bien antes de tomarse libertades, y ninguno de los aventureros se atrevió siquiera a ofrecerle la mano.

—Pues bien —dijo Davis—, llamémoslo, si usted quiere, una casualidad. Habíamos oído de su isla y leímos aquello en el Directorio acerca de los "Intereses particulares". Así es que, cuando vimos el reflejo de la laguna en el aire, pusimos en seguida la proa hacia. acá, y por eso estamos aquí.

—Que se nos dispense si molestamos —dijo Huish.

El hombre miró a Huish con un aire de vaga sorpresa y apartó significativamente la mirada. No se podía ser más insultante con un mero gesto.

—Puede ser que me sea de utilidad su venida aquí —dijo—. Mi propio pailebot se ha retrasado y quizá me conviniera utilizar su barco entretanto. ¿Aceptarían ustedes un fletamento?

—Me parece que sí —contestó Davis; eso depende...

—Me llamo Attwater —prosiguió aquél—. Supongo que usted es el capitán.

—Sí, señor. Soy el capitán de este barco: el capitán Brown.

—¡Eh!, ¿qué es eso? —dijo Huid—. Mejor es empezar hablando claro. Es el patrón aquí en cubierta, sí es verdad; pero no en la cámara. Abajo, todos somos unos, todos tenemos parte en la expedición; cuando se trata de negocios, yo no soy menos que él. Y lo que digo es: vámonos a la cámara a echar un trago y a hablar del asunto mano a mano, como entre amigos. Tenemos un champaña de primera añadió, guiñando un ojo:

La presencia del gentleman hacía resaltar, iluminándola como una bujía., la plebeya ordinariez del dependiente; y Herrick, instintivamente, como se escuda uno contra un sufrimiento, se apresuró a interrumpir.

—Yo me llamo Hay ——dijo—, puesto que estamos en las presentaciones. Tendríamos mucho gusto en que pasase usted a la cámara.

Attwater se inclinó de pronto hacia él. —¿Universitario? preguntó.

—Sí, de Merton —dijo Herrick, y en el mismo instante, dándose cuenta de su indiscreción, enrojeció como la grana.

—Yo soy de los otros —dijo Attwater—, de Trinity Hall, en Cambridge, y por eso le puse a mi pailebot el nombre del viejo caserón. ¡Vamos! ¡Qué sitio y qué rara compañía para encontrarnos, mister Hay, —prosiguió, con fácil y despreocupada descortesía para los demás—. Pero ¿me responde usted

de lo que sostiene?... Con perdón de usted, caballero, no he podido entender su nombre...

—Mi apellido es Huish —contestó el dependiente, y se puso a su vez colorado.

—¡Ah! —dijo Attwater—. Y volviéndose de nuevo hacia Herrick: ¿Responde usted de la opinión de míster Whish acerca de su vino? ¿O no eran acaso sus palabras más de un desbordamiento de la ingenua poesía de su naturaleza?

Herrick estaba abochornado; la aterciopelada brutalidad del visitante le hacía enrojecer. Que le aceptase a él como un igual, y que así, marcadamente, dejase a los otros de lado, le halagaba a pesar suyo, y al propio tiempo, y como de rechazo, le encendía en cólera.

—No lo sé ——contestó—. No es más que champaña de California; bastante bueno, a lo que parece.

Attwater pareció adoptar una resolución: —Bueno, pues entonces, voy a proponer una cosa: ustedes tres, caballeros, se vienen esta noche a tierra con una cesta de botellas; yo trataré de buscar los comestibles. —Y añadió después: A propósito, hay una cosa que debía haberles preguntado cuando vine a bordo: ¿han tenido viruela?

—Personalmente, no ——contestó Herrick—. Pero la ha habido en el pailebot.

—¿Muertos?

—Dos.

—Y ustedes, ¿han tenido muertes aquí en la isla? —preguntó Huish.

—¡Ah! Es una enfermedad terrible —dijo Attwater—. Veintinueve muertos y treinta y un casos en las treinta y tres almas que había en la isla... Es una rara manera de echar la cuenta, Mr. Hay, ¿no es cierto?... ¡Almas! Nunca digo eso sin sobrecogerme.

—¿De manera que por eso es por lo que todo está desierto? —dijo Huish.

—Por eso es, Mr. Whish ——dijo Attwater, por eso es por lo que la casa está vacía y el cementerio lleno.

—¡Veintinueve muertos de los treinta y tres! —exclamó Herrick—. ¿Y cómo se arreglaron para enterrar?... ¿O no se entretuvieron en entierros?

—Apenas —contestó Attwater—, o hubo al menos un día en que tuvimos que desistir. Había cinco muertos aquella mañana y trece que se estaban muriendo, y nadie que pudiera dar un paso, a no ser el sepulturero y yo. Tuvimos un consejo de guerra, cogimos las... botellas vacías..., las llevamos a la laguna y las sepultamos. —Y aquí volvió la cabeza para mirar por encima del hombro las aguas deslumbrantes. —Bueno, de modo que entonces vendían ustedes a comer. ¿Diremos a las seis y media? ¡Son ustedes tan amables!

Su voz, al pronunciar esas frases, se acomodó en seguida al tono falso de la vida social; y Herrick, sin darse cuenta, siguió su ejemplo. —Le aseguro a

usted que estaremos encantados. ¿A las seis y media? Se lo agradecemos tanto.

> "Pues mi voz está entonada con la nota del cañón
> que retumba sobre el mar, al estallar el combate",

dijo Attwater, citando esos versos con una sonrisa que se trocó de pronto en un aire de solemnidad fúnebre. —Espero, sobre todo, que no faltará mister Whish —añadió—, Mr. Whish, confío en que ha entendido usted la invitación.

—¡Pues no que no, compadre! —contestó el festivo Huish.

—Muy bien, pues, y queda entendido, ¿no es eso? Mr. Whish y el capitán Brown, a las seis y media sin falta; y usted, Hay, a las cuatro en punto.

Y llamó a su bote.

Durante toda aquella conversación, graves pensamientos y preocupaciones habían agobiado la mente del capitán. Para nada había nacido tan liberalmente dotado como para desempeñar el papel de capitán de barco, hospitalario y francote. Pero en aquella ocasión estaba silencioso y abstraído. Los que le conocían podían notar que no perdía una sílaba de lo que se hablaba, y parecía sopesarlo y analizarlo todo. Hubiera sido difícil precisar lo que había en su aspecto de frío, cauteloso y siniestro, como de quien tramaba planes, aun en gestación; contra el inconsciente huésped,; se notaba en esto y en aquello, y no se notaba en nada; era en este instante cosa tan nimia, que Herrick se reprochaba a sí mismo por haberlo sospechado; y un instante después era tan obvio y palpable, que podía decirse que por cada pelo de la cabeza de aquel hombre salía una amenaza. .

Volvió en sí de pronto, como con un estremecimiento. —Usted hablaba de un fletamento —dijo.

—¿De veras? —contestó Attwater—. Bueno, pues no hablemos más de ello, por el momento.

—Su paílebot, según he entendido, está retrasado prosiguió el capitán.

—Ha entendido usted perfectamente, capitán Brown. Treinta y tres días de retraso; hoy al mediodía.

—De modo que va y viene ¿eh? ¿Trafica entre aquí y...? —indicó el capitán.

—Exactamente: cada cuatro meses; tres viajes por año —dijo Attwater.

—¿Va usted en él alguna vez?

—No, se queda uno aquí. Tiene uno hartas cosas a qué atender. —Se queda usted aquí, ¿no es eso? —exclamó Davis—. Dígame. ¿Cuánto tiempo?

—¡Cuánto tiempo! ¡Oh Dios! —dijo Attwater, con perfecta y severa gravedad—. Pero no parece tanto —añadió, sonriéndose.

—No, me figuro que no —dijo Davis—. No con todas las cosas buenas que tiene usted a su alrededor y en un acomodo tan tranquilo como éste.

—El sitio, como usted tan bondadosamente lo juzga, no es del todo insoportable.

—¿Nácar... supongo que será? insinuó Davis.

—Sí; había nácar.

—Esta es una lagunaza tremenda —prosiguió el capitán—. Ha habido... es que la pesca... ¿diría usted que la pesca es aquí, en cierto modo, *buena?*

—No sé qué diría yo de ella, en cierto modo, nada —contestó Attwater— si vamos a aso.

—¿Había perlas también?

—Perlas también.

—Bueno, pues me doy por vencido —dijo Davis riéndose, y su risa sonó a falsa como una mala moneda—. Si no quiere usted hablar, no ha de hablar, y asunto concluido.

—No hay ya ninguna razón para que yo afecte la menor pretensión de secreto en cuanto a mi isla —respondió Attwater—; eso se acabó en el momento en que ustedes llegaron; pero, sea como sea, pueden estar seguros de que, tratándose de caballeros como usted y Mr. Whish, siempre hubiera estado encantado de recibirles en mi casa y ponerla a su disposición. El punto en que diferimos —si eso se puede llamar diferir— es uno de tiempo y de oportunidad. Yo poseo algunos datos los cuales usted cree que puedo comunicar, y yo creo que no. Bien, ¡ya veremos esta noche! Adiós, adiós, Whish. —Embarcó en su bote y desatracó—. ¿Quedamos de acuerdo?, ¿eh? El capitán y Mr. Whish, a las seis y media, y usted, Hay, a las cuatro en punto. ¿Me entiende, Hay? No admito excusas. Si no están allí para el tiempo señalado, no habrá banquete. ¡Si no hay canción, no hay cena, Mr. Whish!

Blancas aves cruzaban rápidas por el aire, allá en lo alto, y abajo, en el agua, que apenas parecía más densa, bandadas de peces de colores; y suspendido en medio, como el féretro de Mahoma, el bote se alejaba velozmente y su sombra le iba siguiendo sobre el fondo resplandeciente de la laguna. Attwater, sentado en el tabloncillo de popa, iba mirando hacia atrás; ni por un momento apartó los ojos del Farallone y del grupo reunido en la toldilla junto a la caseta, hasta que el bote atracó al muelle. Desde allí, con paso ágil, y apresuradamente, se dirigió a tierra, y los del Farallone siguieron viendo su traje blanco por entre la umbría del bosque, tachonada de manchas de luz, hasta que desapareció en la casa.

El capitán, con un gesto y una cara harto expresivos, llamó a sus compañeros para que entrasen en la cámara.

—Bien está—dijo a Herrick, en cuanto se sentaron—; al menos hay una cosa buena. Se ha aficionado a usted de veras.

—¿Y por qué es eso cosa buena? preguntó Herrick.

—¡Ah!, ya va usted a ver ahora lo que puede dar de sí —contestó Davis—. Usted va a tierra a estar con él, y eso es todo. Puede pescar la mar de informes; puede averiguar lo que tiene, y de qué fletamento se trata, y cuál es la cuarta persona... porque ellos son cuatro, y nosotros nada más que tres.

—Y suponiendo que lo hiciera, ¿qué más iba a pasar? preguntó Herrick—. ¡Contésteme a eso!

—Así lo haré, Robert Herrick —dijo el capitán—. Pero antes, vamos a ponerlo todo en claro. Me figuro que está usted enterado de que este negocio del *Farallone* se ha venido al suelo, que está perdido sin remedio, y que si esta isla no se hubiera presentado delante, cuando se presentó, ¿sabe lo que hubiera sido de usted y de Huish y de mí?

—Sí; todo eso lo sé elijo Herrick—. No importa de quién sea la culpa; pero todo eso lo sé, ¿y qué más?

—No importa de quién sea la culpa; usted lo sabe bien, y muchas gracias por el recuerdo —dijo el capitán—. Ahora aquí está este Attwater: ¿qué piensa usted de él?

—No lo sé —contestó Herrick—. Me atrae y me repele. Ha estado atrozmente grosero con ustedes.

—¿Y usted, Huish? —dijo el capitán.

Huish estaba sentado limpiando su pipa favorita; apenas levantó la cabeza, enfrascado del todo en la absorbente tarea: —¡No me pregunte lo que pienso de él! —dijo—. Algún día llegará, espero en Dios, en que pueda decírselo a él mismo.

—Huiste piensa lo mismo que yo —digo Davis—. Cuando aquel hombre se nos acercó como diciendo: "Miradme bien, yo soy Attwater", y usted sabe muy bien que fue así, a escape lo calé. Aquí está, me dije, el genuino artículo, el que no puedo tragar, el verdadero y cogotudo aristócrata, el que le mira a uno como si fuera basura, y no se explica para qué se molestó Dios en criarnos. No, eso no está falsificado; tiene que haber nacido en ello y, ¡fíjese!, listo como el aire y fume como el acero; nada de tontería, no señor, no tiene un pelo de tonto. Y ahora me pregunto: ¿para qué está aquí, en esta isla tan divertida? No está aquí coleccionando insectos. Esos así, tienen un palacio en su tierra y lacayos con pelucas empolvadas; y si no está allá, sus razones tendrá, ¿me entienden?

—Sí, sí, le oigo —dijo Huish.

—Ha estado aquí, por consiguiente, haciendo buenos negocios —continuó el capitán—. Durante diez años ha hecho un negocio enorme. En perlas y nácar, por supuesto; no puede haber otra cosa en este sitio, y no hay duda de que envía las conchas, de tiempo en tiempo, en el Trinity Hall, y el dinero que saca de ellas va derecho al Banco, de modo que eso no nos importa. Pero, ¿qué más hay aquí? ¿No hay otras cosas que sería probable que guardase aquí? ¿No hay nada que tenga forzosamente que guardar aquí? Sí, señor... ¡las perlas! Primero, porque valen demasiado dinero para confiárselas a nadie. Segundo, porque las perlas requieren mucha manipulación y paciencia para clasificarlas y aparearlas; y el que vende sus perlas, según le vienen a las manos, una por ahí y otra por allá, en vez de reservarlas y esperar la ocasión, ese es un idiota... y no lo es Attwater.

—Probablemente —dijo Huiste—. Así es cómo debe de ser; no está probado, pero—es lo probable.

—Está probado —dijo Davis rotundamente.

—¿Y si suponemos que lo está? —dijo Herrick—. Admitamos que todo eso es cierto y que tuviera esas perlas, todas las coleccionadas en diez años. ¿Y si suponemos que las tiene? Esa es mi pregunta.

El capitán tocaba un redoble con sus fornidas manos en la mesa que tenia delante: miraba fijamente el rostro de Herrick, y éste, con no menos fijeza, miraba la mesa y los dedos que repicaban; el barco, anclado, se mecía con una suave oscilación, y una gran mancha de sol iba y venía entre uno y otro interlocutor.

—¡Óigame! —exclamó súbitamente Herrick.

—No, mejor es que me oiga usted a mí primero —dijo Davis—. Óigame y entiéndame. A nosotros, para nada nos sirve ese prójimo, si a usted le sirve para algo. Es de su género de usted, no del nuestro; se ha aficionado a usted y se ha limpiado las botas encima de Huish y de mí. ¡Sálvele usted, si puede!

—¿Salvarlo? —repitió Herrick.

—¡Sálvelo usted, si es capaz! —insistió Davis, dando un golpe en la mesa con el puño—. Vaya usted a tierra y háblele con suavidad, y si logra traerlo a bordo, a él y a sus perlas, le perdonaré la vida. Si usted no lo consigue, va a haber un funeral. ¿No es eso, Huiste?, ¿no le parece bien?

—Yo no soy hombre que le guste perdonar —dijo Huish—; pero no soy tampoco de los que echan a perder un negocio. Traiga al fantasmón a bordo y tráigalo con sus perlas, y puede hacer con él lo que le venga en gana; abandonarlo en alguna isla, si quiere... No me opongo...

—Bueno; ¿y si no puedo? —exclamó Herrick, mientras el sudor le corría por la cara—. Me hablan como si yo fuera Dios Todopoderoso: haz esto y haz lo otro. Pero, ¿y si no puedo?

—Hijo —dijo el capitán—, arréglese como mejor pueda o ¡va usted a ver cosas gordas!

—¡Ya lo creo! —dijo Huish—. ¡Ay, mi niña! ¡Ya lo creo que sí! Miró a Herrick, en el lado opuesto de la mesa, con una sonrisa desdentada, que estremecía por su salvajismo; y sin duda sugestionado su oído por la expresión trivial que había empleado, empezó a cantar un trozo del estribillo de una canción cómica que debió de haber oído en Londres veinte años antes; estúpida jerigonza, sin sentido alguno, que era en aquel lugar y en aquel momento, repugnante y odiosa como una blasfemia.

El capitán le dejó que acabase; su rostro permanecía inalterable.

—De la manera que se han puesto las cosas, cualquiera otro en mi lugar, no le dejaría a usted ir a tierra —prosiguió—, pero yo no soy de ese género. Yo sé que nunca se volverá contra mí, Herrick. O si se decide a hacerlo y me traiciona... ¡vaya usted y hágalo y que Satanás se lo lleve! —gritó, y se levantó bruscamente de la mesa.

Salió fuera de la caseta, y al llegar a la puerta se volvió y llamó a Huish con voz violenta y repentina, como el ladrido de un perro. Huish le siguió y Herrick se quedó solo en la cámara.

—¡Ojo con lo que se hace! —murmuró Davis al oído de Huish—. Conozco muy bien a ese. Si vuelve usted a dirigirle otra vez la palabra, va a ser la ruina de todos.

VIII

EN EL ATOLÓN

El bote regresaba al Farallone y estaba ya a mitad de camino cuando Herrick dió la vuelta y echó a andar, de mala gana, por el muelle adelante. En lo alto de la playa el mascarón de proa se erguía frente a él con una cierta apariencia irónica, echada hacia atrás la cabeza encuadrada en el yelmo, levantado el formidable brazo como para lanzar un proyectil contra el pailebot anclado. Parecía una deidad retadora de la isla, que había llegado hasta el borde en un ímpetu para levantar el vuelo, y se había petrificado en aquella actitud de bélica acometida. Al pasar a su lado, Herrick alzó los ojos para contemplar la gigantesca mujer, con un extraño sentimiento de curiosidad y romanticismo, y dejó volar su imaginación pensando en la historia de su vida. Había sido por tanto tiempo la ciega conductora de una nave por entre las olas; había estado por tanto tiempo allí, ociosa, bajo el sol de fuego, que no había logrado levantar ampollas en la pintura, y ¿no iba a ser más que éste el final de tantas aventuras? —se preguntaba—, ¿o aún quedaban más detrás? Y en lo hondo de su corazón sentía que no fuera una diosa, y él no llegase a ser un pagano, para postrarse ante ella en la hora de la tribulación.

Siguiendo adelante, penetró en la fresca sombra de las palmeras, altas y espesas. Las ráfagas de la brisa, que iba amainando, las mecían entrechocándolas allá en lo alto, y por todas partes, con la rapidez de libélulas o de golondrinas, los rayos del sol huían y tornaban y se perseguían en incesante agitación. Bajo los pies, la arena era consistente y lisa, y Herrick andaba silenciosamente, como sobre nieve recién caída. Notaba que había estado tan limpia y escardada como las avenidas de un parque inglés, pero la epidemia había hecho que las malas hierbas empezasen a retoñar. Los edificios de la factoría se percibían entre las columnatas de las palmeras, recién pintados, limpios y coquetones, pero todos silenciosos como tumbas. Tan sólo aquí y allí, bajo la cripta de verdura, se oían ruidos y cacareos de gallinas, y por detrás de la casa de las galerías vio alzarse el humo y oyó el chisporroteo de un fuego.

Las casas de piedra estaban más cercanas, a la derecha. La primera estaba cerrada; en la segunda, pudo percibir vagamente, por una ventana, un depósito de conchas perleras amontonadas en el fondo; la tercera, por cuyas puertas abiertas de par en par entraba la luz de la tarde, atrajo la atención de Herrick por la multiplicidad y el revoltijo de cosas pintorescas que contenía.

Había allí cables, cabestrantes y poleas de todos los tamaños; tragaluces de camarotes y escalas; tanques oxidados y una caseta de bajada a la cámara; una bitácora con sus montajes de cobre y su brújula apuntando sin objeto, en la confusión y en la penumbra de aquel cobertizo, a un olvidado polo; cordajes, anclas, arpones, una caldera verdosa de cobre, para derretir grasa de ballena, una rueda de timón, una caja de herramientas con el hombre del barco, Asia, en la tapa; todo un almacén de antigüedades y curiosidades náuticas, enormes y sólidas, pesadas fáciles de romper, reforzadas de cobre y calzadas con hierro. Dos naufragios, por lo menos, tenían que haber contribuido a formar aquel heterogéneo montón de restos; y mientras Herrick lo contemplaba, le parecía como si los tripulantes de los dos barcos estuviesen allí de guardia, y creyó oír pisadas y cuchicheos y ver, con el rabillo del ojo, los vulgares fantasmas de los hombres de mar.

No obedecía esto, tan sólo, al influjo de una imaginación excitada, sino que provenía de algo real; se oían, sin duda, cautelosos lasos que se acercaban, y aun seguía mirando aquel amontonamiento de trastos, cuando oyó de pronto detrás de él la voz de su huésped, aún más suave que de costumbre.

—¡Trastos viejos —dijo—, nada más que trastos viejos! ¿Y no le inspiran, Mr. Hay, una parábola?

—Me inspiran, al menos, una honda impresión —replicó Herrick—, volviéndose rápidamente, para ver si podía sorprender, en la fisonomía del que hablaba, un comentario mudo a sus palabras.

Attwater se quedó en la puerta, cuyo hueco casi llenaba por completo; tenía las manos levantadas y asidas al dintel. Se sonrió cuando sus miradas se encontraron, pero su expresión era inescrutable.

—Sí, una profunda impresión. Es usted como yo, ¡nada hay que afecte tanto como los barcos! —dijo—. Las ruinas de un imperio me dejarían tan fresco; al paso que un pedazo de antepecho carcomido, en el que se apoyó algún viejo lobo de mar, en la guardia de media noche, me pone los nervios de punta. Pero venga conmigo; vamos a ver algo más de la isla. Todo es arena y coral y palmeras, pero tiene no sé qué extraño encanto.

—Yo la encuentro paradisíaca ——dijo Herrick, aspirando el aire con fuerza, y con la cabeza descubierta para gozar del fresco de la sombra.

—Eso es porque acaba usted de llegar del mar ——dijo Attwater—. Y por eso también creo que podrá apreciar mejor el nombre que le he dado. Es un hombre adorable; tiene aroma, tiene color, tiene una cadenciosa sonoridad; es como su autor... ¡es casi cristiano! Acuérdese de su primera visión de la isla, y de que no es más que bosques y bosques y agua; y suponga que hubiera preguntado por su nombre, y le contestase... Nemorosa Zacynthos.

—*¡Jam medio apparet fluctu!*—exclamó Herrick—. ¡Oh, dioses, qué bello!

—Si llegasen a ponerlo en el mapa, ¿qué harían de él los capitanes? Pero, vamos, voy a enseñarle el almacén de los buzos.

Abrió una puerta, y Herrick vio una larga serie de aparatos meticulosamente ordenados; bombas y mangas y botas con pesados plomos, y los enormes cascos hocicudos que resplandecían en fila a lo largo del muro: diez equipos completos.

—Toda la mitad oriental de mi laguna es somera —dijo Attwatery así comprenderá usted que hemos podido emplear las escafandras con gran provecho. Es increíble hasta qué punto ha sido reproductivo; y era un extraño espectáculo ver los buzos al trabajo, y estos monstruos marinos —dando una palmada en el casco más próximo —aparecían incesantemente y reaparecían en medio de la laguna. ¿Le gustan a usted las parábolas? preguntó de súbito.

—¡Ah!, sí ——dijo Herrick.

—Bueno, pues yo veía esas máquinas surgir chorreando y volver a sumergirse, y salir chorreando otra vez, y hundirse de nuevo y, entretanto, el sujeto que estaba dentro ¡seco como una yesca! Y yo pensaba que todos necesitábamos de una vestidura así para zambullirnos en el mundo y salir intactos. ¿Y cómo creería usted que se llamaba? —preguntó.

—Vanidad —dijo Herrick.

—¡No! Hablo seriamente —replicó Attwater.

—Llamémosla entonces respeto de sí mismo.

—¿Y por qué no Gracia? ¿Por qué no la Gracia de Dios, Hay? preguntó Attwater— ¿Por qué no la Gracia de su Hacedor y Redentor, que le sostiene a usted y al que diariamente crucifica de nuevo? ¡No hay nada aquí —— golpeándose en el pecho—, nada aquí pegando en el muro— y nada aquí dando una patada en el suelo—, nada más que la Divina Gracia! Andamos sobre ella; la respiramos; vivimos y morimos por ella; es la clavazón y el eje del Universo, ¡y un muñeco con pijamas, prefiere la vanidad! la gigante figura de aquel hombre sombrío, de atezado rostro, parecía cernerse amenazadora sobre Herrick, junto a la fila de las escafandras, y agrandarse y fulgurar; y, en un instante, toda aquella fiera vitalidad había desaparecido. —Perdóneme usted ——dijo—, ya veo que no cree en Dios.

—Me temo que no en el mismo sentido que usted —contestó Herrick.

—Nunca discuto con jóvenes ateos o con borrachos habituales —replicó Attwater con impertinente petulancia—. Atravesemos la isla hasta la playa exterior.

La distancia era corta; la mayor anchura de la isla apenas excedía de un centenar de metros, y marcharon despacio. Herrick estaba como en un sueño. Había ido allí con propósitos indecisos; dispuesto a estudiar aquella máscara ambigua, desdeñosa y burlona, a descubrir, por bajo de ella, la esencia de aquel hombre, y a obrar en consecuencia, aplazando hasta entonces toda decisión. Una férrea crueldad, una férrea indiferencia por el sufrimiento ajeno, inflexible prosecución de su propio interés, fría cultura, cortesía sin calor humano: todo esto pensó hallar y todavía se figuraba verlo. Pero encontrar toda la máquina así encendida en religioso celo, le dejó desconcertado; y en vano se esforzaba, mientras proseguía su camino, para ir atando,

hasta formar un conjunto, los cabos sueltos de sus observaciones...; para ajustar, enfocándolo de cualquier modo, el retrato que iba haciendo del hombre que marchaba a su lado.

—¿Qué fue lo que le trajo al Mar del Sur? preguntó de pronto.

—Muchas cosas -dijo Attwater—. Juventud, curiosidad, romanticismo, el amor al mar y —le sorprenderá a usted oírlo— un interés en las misiones. Este último ha decaído mucho, lo cual no le chocará tanto. Los misioneros se equivocan: son demasiado párrocos, tienen mucho de beatas viejas y de comadres. *Ropa, ropa,* para tapar las desnudeces: en eso está su ideal; pero las ropas no son el cristianismo, como no son el sol del cielo, ni pueden sustituirle. Creen que una casa. rectoral con rosales, y las campanas de la iglesia y las viejecitas remilgadas que les hace reverencias en la calle, son parte y esencia de la religión. Pero la religión es una cosa salvaje, como el Universo que ilumina: salvaje, fría y desnuda, pero infinitamente fuerte.

—¿Y usted encontró esta isla por curiosidad? preguntó Herrick.

—Lo mismo que usted. Y desde entonces he tenido una empresa, y una colonia y una misión exclusivamente mía. Yo era un hombre de mundo antes de ser un cristiano; soy un hombre de mundo todavía y hago que mi misión produzca dinero. Nunca ha salido nada bueno de mimos y blanduras. El hombre tiene que levantarse en presencia de Dios y trabajar hasta dar de sí su último adarme: entonces valdrá algo para mí, pero no antes. Yo di a estos pobres diablos lo que necesitaban: un juez en Israel, el portador de la espada y el flagelo; estaba haciendo de ellos un nuevo pueblo, ¡y he aquí que el ángel del Señor los hirió y ya no existen!

Al decir estas palabras, que fueron acompañadas de un gesto trágico, ambos salieron fuera de la techumbre del bosque de palmeras, junto al borde del mar y de cara al sol que estaba a punto de su ocaso. Ante ellos el oleaje rompía pausadamente. Todo alrededor, como imperfectos seres de madera animados de maligna actividad, los cangrejos rastreaban y se escabullían en los agujeros. A la derecha —hacia donde señaló Attwater y se volvió súbitamente estaba el cementerio de la isla: una explanada de quebradas piedras de todos tamaños, con muchos montoncillos del mismo material y cercada con una tosca tapia rectangular. Nada crecía allí, a no ser uno o dos espinos con algunas florecillas silvestres; nada más que el número de los montones, y su forma inquietante indicaba la presencia de los muertos.

"¡Los rudos fundadores de la aldea descansan!"

Attwater recitó ese verso al entrar, por el abierto portillo, en el temeroso cercado—. "El coral, al coral; las piedras, a las piedras" dijo—. Este ha sido el lugar de mi mayor actividad en el Pacífico. Algunos eran buenos, algunos eran malos, y la mayoría por supuesto y como siempre— nulos. Aquí está uno que acostumbraba a retozar como un perrillo; si se le llamaba, acudía como una flecha; si no era así, y si llegaba sin invitación, eran de ver sus

miradas suplicantes y el intrincado baile de sus piernas. Pues ya acabaron sus cuitas, y ya se ha ido a descansar con reyes y sus ministros, y todo lo demás que hizo, ¿no queda escrito en el libro de las crónicas? Este otro era de Penrhyn; como todos aquellos isleños era difícil de manejar: testarudo, envidioso, violento. Pues aquí yace tan tranquilo. Y así duermen todos.

"¡Y fueron sepultando las sombras a los muertos!"

Estaba inmóvil, en el intenso resplandor del ocaso, con la cabeza inclinada; su voz tenia ahora un tono dulce o dolorido, según el sentido de sus palabras.

—¿Quería usted a esas gentes? preguntó Herrick, extrañamente conmovido.

—¿Yo? ¡Cá, hombre, cá! No me tome por un filántropo. Me disgustan los hombres y aborrezco a las mujeres. Si por algo me atraen las islas, es porque se las ve aquí despojadas de todos sus postizos, de sus pájaros disecados y de sus sombreretes, sus faldas y medias de colorines. Aquí está un hombre a quien, sin embargo, quería. Era un espléndido animal salvaje; tenía un alma tenebrosa; sí, a éste le quería. Yo soy caprichoso —añadió mirando a Herrick con fijeza— y me entran chifladuras. Usted me gusta.

Herrick volvió de pronto la cara y miró a lo lejos, a donde las nubes empezaban a acudir y a amontonarse en torno de los funerales del día. —A nadie puedo gustarle -dijo.

—Se equivoca usted ——dijo el otro—, como siempre sucede respecto de uno mismo. Es usted atrayente, muy atrayente.

—No lo soy; A nadie puedo gustarle. ¡Si usted supiera cómo me desprecio a mí mismo... y por qué! y la voz de Herrick sonó como un alarido en el silencioso cementerio.

—Ya sabía que usted se despreciaba ——dijo Attwater—. Vi cómo se le subía hoy la sangre a la cara cuando se acordó de Oxford. Y yo podía también haberme ruborizado por usted al ver a un hombre, a un gentleman, con esos dos lobos soeces.

Herrick le miró, estremeciéndose. —¿Lobos? —repitió.

—He dicho lobos, y lobos soeces. ¿Sabe usted que esta mañana, cuando llegué a bordo, temblaba?

—Pues lo ocultó usted bien —tartamudeó Herrick.

—Es un hábito mío. Pero, con todo, tenía miedo; tenía miedo de los dos lobos ——dijo Attwater, y levantó lentamente la mano—. Y ahora, dime tú, Hay, pobre gozquecillo extraviado, ¿qué estás haciendo con los dos lobos?

—¿Que qué hago? No hago nada ——dijo Herrick—. Allí no pasa nada malo; el capitán Brown es un buen hombre; es... es... (La voz espectral de Davis susurró en su oído: "Va a haber un funeral"; y un sudor frío le corrió por la frente.) Es un padre de familia prosiguió, atragantándose—, tiene sus hijos allá en la tierra... y su mujer.

—¡Y es toda una buena persona! —dijo Attwater—. ¿Y también lo es, sin duda, Mr. Whish?

—No iré tan lejos como eso dijo Herrick—. No me gusta Huish. Y sin embargo... también tiene sus méritos.

—Y en una palabra, y tomados en junto, que son tan buenos compañeros de barco como uno pudiera desear, ¿no es eso?

—¡Ah!, sí ——dijo Herrick—, completamente.

—Pues entonces vamos a la otra cuestión: ¿por qué se desprecia usted a sí mismo?

—¿No nos despreciamos todos? —exclamó Herrick—. ¿No se desprecia usted?

—¡Ah!, yo digo que sí, ¿pero, me desprecio? Una cosa sé, al menos: que nunca se me escapó un grito como el que se le ha escapado a usted. ¡Salió de una mala conciencia! ¡Ay, amigo, esa pobre escafandra de la vanidad está hecha un harapo! Hoy, si quiere oír mi voz, hoy, ahora, mientras el sol se pone, y aquí, en este enterramiento de inocentes salvajes, caiga de rodillas y eche sus pecados y sus penas a los pies del Redentor. Hay...

—"¡Hay", no! —interrumpió Herrick jadeante—. ¡No me llame usted por ese nombre! Quiero decir... ¡Por Dios!, ¿no ve usted que estoy en el potro?

—Lo veo, lo sé, ¡y le he puesto y le mantengo en él, y tengo los dedos en los tornillos! —dijo Attwater—. Plegue a Dios que le lleve esta noche a un penitente ante su trono. ¡Ven, ven al propiciatorio! Él te espera, para mostrarse misericordioso... ¡te espera en su misericordia!

Abrió los brazos como un crucifijo; su faz resplandecía, iluminada como la de un arcángel; en su voz, que iba elevándose a medida que hablaba, había como un temblor de lágrimas.

Herrick hizo un gran esfuerzo para serenarse. —Attwater—dijo—, me fuerza usted hasta lo insufrible. ¿Qué puedo hacer yo? Yo no creo. Eso es para usted una verdad viva: para mí, en conciencia., nada más que "folklore". Yo no creo que haya bajo el cielo una fórmula de palabras por la cual pueda levantar de mis hombros el peso que me agobia. Tengo que ir dando traspiés, hasta el fin, con mi responsabilidad a cuestas; no puedo librarme de ella; ¿piensa usted que no querría, si creyese que podía hacerlo? No puedo... no puedo...

Del místico arrobamiento ya no quedaba ni rastro en el semblante de Attwater: el sombrío apóstol había desaparecido. Y en su lugar estaba un caballero, despreocupado, irónico, que se quitó el sombrero y se inclinó en una reverencia. Lo hizo con tan despectiva impertinencia, que Herrick sintió agolpársele la sangre en la cara.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

—Bueno, ¿quiere usted que regresemos a la casa? —contestó Attwater—. Nuestros invitados estarán a punto de llegar.

Herrick permaneció un momento sin moverse, apretando los puños y los dientes; y cuando aun estaba así, el objeto de la misión que se le había con-

fiado, fue apareciendo, poco a poco y con toda claridad ante él, como la luna saliendo de entre las nubes. Había venido allí como señuelo para llevar a aquel hombre a bordo; estaba fracasando en su empeño, si es que podía decirse que lo había intentado; estaba seguro de que se frustraría ahora, y lo sabía, y sabía que mejor era así. ¿Y qué vendría después?

Con un quejido ahogado se volvió para seguir a su anfitrión, el cual le esperaba sonriendo cortésmente, y le guió por entre la columnata, ya en sombras, de las palmeras. Marchaban en silencio; la tierra exhalaba, pródiga, su perfume; el aire, al aspirarlo, era tibio y aromático, y desde lejos, en el bosque, el fulgor de las luces y del fuego delineaba la casa de Attwater.

Herrick, entretanto, luchaba con una irresistible tentación de alcanzarle, tocarle en el brazo y murmurar en su oído: "¡Alerta!: esos van a matarte". Se salvaría así una vida, ¿pero qué iba a ser de las otras dos? Las tres vidas subían y bajaban en su mente, como los baldes de un pozo o los platillos de una balanza. Tenía que escoger y tenía que hacerlo a escape. Durante unos minutos trascendentes, los engranajes de la vida funcionaban ante él y aún podía dirigirlos con un toque, a un lado o a otro; aun podía escoger quién había de vivir y a quien esperaba la muerte. Pensó en las víctimas. Attwater le intrigaba; se sentía ante él desconcertado, le deslumbraba, le hechizaba, y a la vez inspirábale invencible repulsión. Vivo, no le parecía más que un bien dudoso; y el pensamiento de verlo tendido muerto, le producía un terror alucinante, apareciéndosele la escena con los más nimios detalles auditivos y visuales. Como una obsesión, veía delante de sí la imagen de aquel coloso, postrado en diversas actitudes y con diversas heridas, caído de espaldas, de bruces, agarrado al quicio de una puerta, con la —faz demudada y las manos convulsas, en la agonía. Oyó el chasquido del gatillo, el impacto de la bala, el grito de la víctima; vio fluir la sangre. Y esta reconstrucción de circunstancias y detalles era como una consagración de aquel hombre, hasta parecerle que marchaba delante de él al sacrificio, con las vestiduras rituales. En seguida pensó en Davis, con la robusta, tosca, ineducada vulgaridad de su naturaleza, su indomable valor y jovialidad allá en los días del hambre, la atrayente amalgama de sus faltas y virtudes; el inesperado descubrimiento de una ternura demasiado honda para desbordarse en lágrimas; sus pequeños, Ada y su enfermedad de los intestinos, la muñeca de Ada... No, no se podía ni pensar que la muerte se acercase a él. Con un acaloramiento que le templó los músculos, Herrick se afirmó en la idea de que el padre de Ada encontraría en él un hijo, hasta el fin. Y hasta al mismo Huish le alcanzaba algo de aquella sagrada inmunidad. La vida diaria en común era una tácita adopción fraternal; sus pasadas miserias, su convivencia en el barco, implicaban un compromiso de fidelidad que Herrick no podía romper del todo sin deshonrarse por completo. Entre ambos horrores, muerte por muerte, no había vacilación posible: tenía que ser Attwater. Y aun no había acabado de fraguarse en su mente esta idea —que era en sí una sentencia— cuando ya, loco de

pánico, se había pasado con toda su alma del otro lado; y al mirar dentro de sí mismo, sólo vio confusión e inarticulado tumulto.

En todo esto no había un solo pensamiento para Robert Herrick. Se había abandonado al flujo de los humanos destinos y la resaca le había arrastrando: oía ya el rugido del "maelstrom" que tiraba de él y le hundiría en su vértice. Y en su espíritu, enloquecido y deshonrado, no había ni un pensamiento para su propia persona.

Del tiempo que anduvo silencioso al lado de su compañero, no tenía idea. Las nubes se disiparon de pronto; la crisis había pasado; se sentía sereno, con la placidez de la desesperación; recuperó la facultad de la conversación corriente, y, sorprendido, oyó su propia voz que decía: ¡Qué deliciosa noche!

—¿Verdad que sí? dijo Attwater—. Sí, las noches aquí serían muy agradables si tuviese uno algo que hacer. De día, al menos, se puede tirar.

—¿Es usted tirador? —preguntó Herrick.

—Sí, soy lo que se llama un buen tirador. Es cuestión de fe: yo creo que mis balas darán en el blanco; si marrase una vez, me quedaría desmoralizado por meses y meses.

—Entonces, ¿no marra usted nunca?

—No, a menos que lo haga adrede. Pero en marrar con precisión está el arte. Había un viejo rey a quien yo conocí en una de las islas occidentales, que acostumbraba a vaciar un Winchester todo alrededor de un hombre y levantarle el pelo o arrancar hilachos de la ropa con cada una de las balas, excepto con la última, y esa se la clavaba, recta, entre los dos ojos. Era una buena puntería.

—¿Usted podría hacer eso? preguntó Herrick, escalofriado.

—¡Ah! Yo puedo hacerlo todo —contestó el otro—; usted no comprende: lo que debe ser, es.

Habían ya llegado a las traseras de la casa. Uno de los hombres cuidaba del fuego, en el que ardían con fieras y deslumbrantes llamas las cáscaras de cocos. Una fragancia de extraños manjares flotaba en el aire. Se habían encendido lámparas todo alrededor de las galerías y su luz se esparcía por entre la oscuridad de los árboles, formando complicados dibujos de sombras.

—Venga y se lavará las manos -dijo Attwater—, y le condujo a un cuarto limpísimo, esterado, con un coy, una caja de caudales, uno o dos estantes de libros en un armario de cristales y un lavabo de hierro. Llamó en la lengua indígena, y apareció en la puerta una muchacha, linda y regordeta, que dejó una toalla limpia y se fue al punto.

—¡Hola! —exclamó Herrick, que entonces veía por primera vez al cuarto superviviente de la epidemia, y se estremeció acordándose de las instrucciones del capitán.

—Sí —dijo Attwater—, toda la colonia vive ahora en la casa; los que han quedado. Tenemos miedo de los diablos; ¡qué le parece a usted! Tamara y esa duermen en la sala de delante y el otro en la veranda.

—Es bonita ——dijo Herrick.

—Demasiado bonita. Por eso la casé. Nunca sabe uno cuándo puede entrarle la tentación de hacer el asno tratándose de mujeres; así es que, cuando nos quedamos solos, llevé los dos a la capilla y celebré la ceremonia. Ella hizo muchísimos aspavientos. Yo no acepto, de ningún modo, la idea romántica del matrimonio añadió a manera de explicación.

—¿Y eso lo juzga usted una salvaguardia? —preguntó Herrick, asombrado.

—Indudablemente. Yo soy un hombre llano y muy literal. *Lo que Dios ata*... esas son las palabras, me parece. Así, pues, se los casó, y se respeta el matrimonio.

—¡Ah! —exclamó Herrick.

—Ya ve usted —prosiguió Attwater—, yo puedo prometerme un matrimonio ventajoso cuando vuelva de Inglaterra. Soy rico. Sólo esta caja —dijo, poniendo la mano sobre ella —representa una buena fortuna cuando tenga tiempo para colocar las perlas en el mercado. Aquí está acumulado, desde hace diez años, lo que ha salido de una laguna donde he tenido hasta diez buzos trabajando todo el día; y la he explotado, además, con todos los cuidados posibles. ¿Quisiera usted verlas?

El ver así confirmadas las conjeturas del capitán, emocionó a Herrick profundamente, y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. No, gracias; no vale la pena —dijo. No me interesan las perlas. No me dicen nada esas...

—¿Fruslerías? —indicó Attwater—. Y, sin embargo, creo que debería echar una mirada a mi colección, que es, verdaderamente, única, y la cual... —¡ay!, como pasa con todos nosotros y con todas nuestras cosas cuelga de un pelo. Hoy brotan y florecen, y mañana se cortan y se echan al fuego. Hoy está aquí reunida en esa caja; Mañana... ¡esta noche!... puede estar desparramada. Tú, insensato, esta noche tu alma puede ser requerida de ti.

—No le entiendo a usted ——dijo Herrick.

—¿No?

—Parece que habla en enigmas —insistió Herrick vacilante—. No entiendo qué clase de hombre es usted ni qué es lo que se propone.

Attwater se quedó inmóvil con las manos en las caderas y la frente inclinada hacia adelante. —Yo soy un fatalista —replicó— y precisamente en este momento, si insiste usted en saberlo..., un experimentalista. Y a propósito y hablando de eso: ¿quién embadurnó el nombre del pailebot? —dijo con sarcástica suavidad—, porque ¿sabe usted? parece que debieran volver a hacerlo. Todavía puede leerse en parte, y todo lo que vale la pena de hacerse, seguramente vale la pena de que se haga bien. ¿No opina usted lo mismo? ¡Es cosa tan buena! Bueno, ¿quiere usted que salgamos a la galería? Tengo un jerez seco del que quisiera oír su opinión.

Herrick le siguió hasta el lugar en que, bajo la luz de las lámparas colgantes, resplandecía la mesa con el brillo de la cristalería y la blancura de los paltos; le siguió como va el criminal con el verdugo o la oveja con el carnicero; bebió el jerez como un autómata y, como una máquina, emitió palabras

de elogio. Su terror había cambiado, súbitamente, de objeto. Hasta entonces había visto a Attwater maniatado, con una mordaza, como víctima indefensa, y sentía el ansia de abalanzarse para salvarlo: ahora le veía alzarse sobre todos ingente, misterioso y amenazador: el ángel de la cólera del Señor armado de conocimiento y del temible fallo. Dejó el vaso sobre la mesa y se sorprendió de verlo vacía.

—¿Va usted siempre armado? —preguntó, y en el instante mismo hubiera podido arrancarse la lengua

—Siempre ——dijo Attwater—. He pasado aquí por una insurrección: ese fue uno de los incidentes de mi vida de misionero.

Y en aquel momento preciso llegó hasta ellos rumor de voces, y mirando desde la galería, vieron a Huish y al capitán que se acercaban.

IX

EL BANQUETE

Se sentaron en torno a la mesa y se les sirvió una comida isleña, notable por su variedad y excelencia: sopa y filete de tortuga, pescado, aves, un lechoncillo, ensalada de coco, y brotes de coco asados para postre. No se abrió ni una lata de conservas, y a no ser el vinagre y el aceite y unos puerros que Attwater cultivaba y cogió con su propia mano, ni siquiera los condimentos eran europeos. Jerez, vino del Rhin, vinos tintos, aparecieron en sucesión, y el champaña del *Farallone* cerró la retaguardia con el postre.

Se echaba de ver que Attwater, como la mayor parte de los extremadamente religiosos, en los días que precedieron al movimiento contra el alcoholismo, tenía sus puntas de epicúreo. Para gente de esa calaña, comer bien tiene virtud apaciguadora y sedante; y, mucho más aun, discurrir y aderezar un delicioso ágape para otros, y, por eso, la actitud y las maneras del anfitrión parecían gratamente suavizadas. Un gato, de gran tamaño, runruneaba sentado en su hombro y, de cuando en cuando, con ágil garra, atrapaba un bocado en el aire. Un gato parecía él también, sentado lánguida y desmayadamente a la cabecera de la mesa, repartiendo amabilidades y pulas, y usando, con igual indiferencia, el terciopelo y la zarpa. Y tanto Huish cómo el capitán se fueron sintiendo subyugados por el encanto de su hospitalaria liberalidad.

Para el tercer invitado, puede decirse que los incidentes de la comida pasaron largo tiempo inadvertidos. Tomaba todo lo que le ofrecían, comía y bebía sin darse cuenta, y oía sin comprender. Su mente se ocupaba tan sólo en considerar el horror de las circunstancias que le rodeaban. Qué sabía Attwater, qué pensaba hacer el capitán, de qué lado habría que esperar el primer golpe traicionero: en eso se absorbían sus pensamientos. Momentos había en que sentía ansias de volcar la mesa y huir en la oscuridad de la noche. Y hasta eso le estaba vedado: hacer algo, decir algo, moverse tan sólo, no serviría más que para precipitar la bárbara tragedia, y seguía comiendo, como hechi-

zado, con labios exangües. Dos de los comensales le observaban atentamente. Attwater con rápidas, penetrantes miradas, que no interrumpían su charla; el capitán, con grave y anhelosa preocupación.

—Bueno, pues digo que este jerez es un artículo de primera ——dijo Huish—. ¿A cuánto le sale?, y perdone la pregunta.

—Ciento doce chelines en Londres, y el flete hasta Valparaíso, y desde allí hasta aquí ——dijo Attwater—. Es un liquido aceptable.

—¡Ciento doce! —murmuró el dependiente, admirando a la vez, en éxtasis, el vino y el precio.

—Encantado de que le guste a usted ——dijo Attwater—. Sírvase usted mismo, Mr. Whish, y tenga la botella a su lado.

—Mi amigo se llama Huish, y no Whish ——dijo el capitán poniéndose colorado.

—Dispénseme... por supuesto, Huish y no Whish; claro está —dijo Attwater—. Iba a decir que aun tengo ocho docenas —añadió mirando con fijeza al capitán.

—¿Ocho docenas de qué? preguntó Davis.

—De Jerez —le contestó—. Ocho docenas de excelente jerez. Vamos, que casi por eso solo, valdría... para un hombre aficionado al vino.

Aquellas ambiguas palabras dieron en el blanco de las conciencias culpables, y Huish y el capitán se quedaron suspensos, mirando alarmados a Attwater.

—¿Valdría qué? ——dijo Davis.

—Ciento doce chelines —respondió aquél.

El capitán desahogó el pecho respirando ruidosamente. Trató de hallar, ahondando por todos lados, alguna coherencia y sentido en aquellas frases, y después, haciendo un esfuerzo, cambió de tema.

—Seremos casi los primeros hombres blancos que han estado aquí —dijo.

Attwater le siguió en seguida, con perfecta gravedad, al nuevo terreno. —con la excepción del doctor Symonds y la mía, diría que los únicos. Y, sin embargo, ¿quién sabe? En el transcurso de las edades quizá alguno haya vivido aquí y a veces se nos figura que así ha sido. Los cocoteros crecen todo alrededor de la isla, y eso apenas parece cosa natural. Encontramos, además, al desembarcar un inconfundible "caim" en la playa; uso desconocido; pero erigido, probablemente, para propiciar a algún "totem", del que se ha perdido hasta el nombre, por algunos caballeros duros de mollera, de los que no quedan ni los huesos. Además la isla ha sido señalada dos veces testigo el Directorio—; y desde que estoy en ella han llegado a la costa los restos de dos naufragios. Todo lo demás son conjeturas.

—¿El doctor Symonds es su socio, me figuro? ——dijo Davis.

—¡Una excelente persona, Symonds! ¡Cómo lo sentiría, si supiera que habían estado ustedes aquí! —djo Attwater.

—Esta en el *Trinity Hall,* ¿no es eso? preguntó Huish.

—Y si pudiera usted decirme dónde está el Trinity Hall, ¡qué gran favor me haría! —le contestó.

—Supongo que la tripulación será de indígenas preguntó Davis.

—Puesto que el secreto se ha guardado durante diez años, es de suponer que sea así —respondió Attwater.

—Pues mire usted —dijo Huish—. Usted tiene aquí de todo, y con la mar de elegancia: no se puede negar; pero le digo que esto no me entraba a mí. Demasiado del "viejo puente rústico junto al molino"; demasiado retiro. ¡A mi que me pongan donde se oyen las campanas de San Pablo!

—No se figure que ha sido siempre lo mismo. Esto era hasta hace poco un lugar de gran movimiento, aunque ahora —¡escuchen!—se puede oír la soledad. Yo lo encuentro estimulante. Y hablando de ruido de campanas, háganme el favor de atender en silencio, a un pequeño experimento mío: —A mano derecha había una campanilla de plata para llamar a los criados; hizo a todos señas para que no se movieran, golpeó con fuerza la campanilla y se inclinó anheloso hacia adelante. La nota se elevó clara y fuerte; se extendió y resonó a lo lejos en la noche y sobre la isla desierta; murió en la distancia, hasta que sólo quedó, zumbando junto al oído, una vibración que ya no era sonido—. ¡Casas vacías, mar vacío, playas solitarias! ——dijo Attwater—. ¡Y, sin embargo, Dios oye la campana! ¡Y, sin embargo, estamos aquí sentados en un escenario iluminado, con todos los cielos por espectadores! ¿Y llama usted a eso soledad?

Siguió un compás de silencio, durante el cual el capitán permaneció como hipnotizado.

Después Attwater se rió mansamente: —Esos son los entretenimientos de un pobre solitario—prosiguió—, y quizá de no muy buen gusto. Se cuenta uno a sí mismo esos cuentecitos de hadas, por compañía, ¿Si sucediera que había algo en el folklore, míster Hay? Pero aquí está el vino tinto. No se puede ofrecer a usted Lafitte, capitán, porque yo creo que lo han comprado todo para los vagonesrestaurants de su gran país; pero este Bráne—Mouton es de un buen año, y Mr. Whish me dará noticias de él.

—¡Vaya una idea rara la de usted! —exclamó el capitán, despertando con un suspiro de su encantamiento—. De modo que usted quiere decir que se sienta aquí por las noches y toca... vamos, que llaman a los ángeles... aquí, a solas.

—Históricamente, como cuestión de hecho, y puesto que usted quiere saberlo, uno no hace eso ——dijo Attwater—. ¿Para qué tocar una campanilla, cuando emana de uno mismo y de cuanto le rodea un más trascendente silencio? El más ligero latido de mi corazón, el más leve pensamiento en mi mente, están repercutiendo en la eternidad por siempre, y por siempre, y por siempre.

—¡Oiga usted! ——dijo Huish—. ¡Que apaguen en seguida las luces, que va a empezar el "Ejército de Salvación"! Esto no es una sesión espiritista.

—¡Ni una pizca de folklore en míster Whish!... Perdone usted, capitán: Huish y no Whish, por supuesto ——dijo Attwater.

Mientras el criado llenaba la copa de Huish, la botella se le escurrió de las manos y se hizo pedazos, derramándose el vino por el suelo de la galería. Instantáneamente el ceño de Attwater se contrajo con un gesto de homicida severidad: golpeó imperiosamente la campanilla y los dos servidores se cuadraron, inmóviles, callados y temblorosos. Hubo un momento de silencio y de fieras miradas: después unas agrias palabras en la lengua indígena y, obedeciendo a un signo del amo, se reanudó el servicio.

Ninguno de los invitados había advertido hasta aquel momento la admirable manera de servir de aquellos dos hombres. Eran de tez muy oscura, pequeños y bien plantados. Andaban suavemente, servían con destreza y, obedeciendo a una mirada, traían los manjares y los vinos, sin dejar de tener los ojos puestos en su amo.

—¿De dónde saca usted los trabajadores?, ¿de cualquier parte? preguntó Davis.

—¿Y de dónde no? —contestó Attwater.

—No será cosa fácil, me supongo.

—¿Y quiere usted decirme dónde lo es? prosiguió, encogiéndose de hombros—. Y, por supuesto, en nuestro caso, como no podemos decir el lugar de destino, tenemos que buscar lejos y arreglárnoslas lo mejor que podemos. Hemos tenido que ir tan al Oeste como las Kimgsmills y tan al Sur como Rapa-iti. ¡Lástima que no está aquí el doctor Symonds! Sabe un sinfín de estas historias. Esa es la parte suya: reclutarlos. Después empezaba la mía, que era la educativa.

—¿Quiere usted decir manejarlos? —dijo Davis.

—Sí, manejarlos.

—Espere un poco volvió a decir Davis—. No se me alcanza.¿Cómo era eso? ¿Quiere usted decir que lo hacía sin ayuda de nadie? —Uno hace lo que puede —dijo Attwater.

—¡Vaya un hombre! Yo he visto mucho en materia de domar en mi tiempo, y yo mismo he tenido fama de domador. Yo me las he tenido tiesas de primer oficial, dando la vuelta al Cabo de Hornos, con un hato de ratas de barco que hubieran sido capaces de echar al diablo del infierno y cerrarle la puerta. En un barco ¡bah! no hay nada que puede compararse a esto. Tiene uno la ley guardándole las espaldas, y ahí está todo. Pero que me pongan en esta bendita playa, solo, sin más que un zurriagazo y unas bocanadas de juramentos y me manden... ¡quiá! No, señor; ¡no soy hombre para ello! Es lo de tener la ley detrás lo que lo hace todo.

—El diablo no es a veces tan negro como lo pintan ——dijo Huish humorísticamente.

—Bien; uno se arregló una ley a su manera ——dijo Attwater—. Tenía. uno que ser una porción de cosas. ¡A veces era tan aburrido!

—¡No me haga .usted reír! ——dijo Davis—. Tan animado, querrá decir.

—Probablemente queremos decir lo mismo. Con todo, de una manera o de otra, se logró meterles en la cabeza que tenían que trabajar, y trabajaron... ¡hasta que el Señor se los llevó!

—Les haría usted saltar ——dijo Huish.

—Cuando era necesario, Mr. Huish, les hacía saltar.

—Ya lo creo que lo haría usted —exclamó el capitán. Estaba excitadísimo, más que por el vino, por la admiración; sus ojos se deleitaban contemplando la grande y recia humanidad del otro. —¡Ya lo creo que lo haría, y me parece que le estoy viendo en la brega! Por Cristo, que es usted todo un hombre, y puede usted decirlo!

—Es usted muy amable, mucho.

—¿Ha tenido usted... ha habido alguna vez un crimen aquí? —preguntó Herrick, rompiendo al fin su silencio, con tono mordaz.

—Sí, lo hubo.

—¿Y cómo lo manejó usted? —exclamó ansioso el capitán.

—Era un caso raro. Un caso que hubiera dado que pensar a Salomón. ¿Se lo cuento? ¿Sí?

El capitán aceptó con entusiasmo.

—Pues bien —dijo Attwater, hablando lentamente—, la cosa pasó así: Yo creo que ya conocerán los dos tipos de indígenas, que podemos llamar el obsequioso y el taciturno. Pues aquí tenía los dos tipos, los dos probados en su género y los dos juntos. La amabilidad manaba a borbotones del primero, como el vino de una botella; el otro rezumaba mal humor. Obsequioso, era todo sonrisa; se desvivía por atraer una mirada; gustaba del chismorrear; sabía una docena de palabras de inglés de muelle y tenía un barniz de cristianismo. Taciturno, era trabajador: una gran abeja mal encarada. Cuando se le hablaba, respondía con una mirada aviesa y un encogimiento de hombros, pero hacía lo que se le mandaba. No se lo presento a ustedes como un espejo de cortesía; no había nada de galano en Taciturno, pero era fuerte y laborioso, y obediente sin agrado. Ocurrió que Taciturno cometió una falta, no importa cuál. Se había faltado a las ordenanzas y fue castigado por tanto... sin efecto. Y lo mismo ocurrió al día siguiente, y al otro y al otro, hasta que yo empecé a cansarme de aquello, y Taciturno—me temo— aun más que yo. Llegó un día en que volvió a caer en falta, creo que por vigésima vez, y me miró con unos ojos sombríos, en los que lucía una chispa, y pareció como que iba a hablar. Ahora bien; las ordenanzas son precisas en ese punto: no permitimos explicaciones; no se reciben, no se tolera que se ofrezcan. Por eso le paré al instante, pero me fijé en aquel detalle. Al día siguiente había desaparecido de la factoría. No podía suceder nada más enojoso: si los trabajadores daban en escapar, la pesquería estaba arruinada. Ya ven, hay setenta millas de isla todo a lo largo, como un camino real; la idea de emprender una persecución en tal sitio era infantil y no me pasó por las mientes. Dos días después hice un descubrimiento: vi como en un relámpago que Taciturno había sido injustamente castigado desde el principio al fin y que el verdadero

culpable había sido Obsequioso. El indígena que habla, como la mujer que vacila, está perdido. Le pone uno a hablar y a mentir; y habla, y miente, y le mira a uno a la cara para ver si está satisfecho, hasta que, al fin, salta fuera la verdad, Obsequioso la dejó escapar por el procedimiento corriente. No le dije nada, le mandé que se retirara y, tarde como era, me eché a buscar a Taciturno. No tuve que ir lejos; á unas doscientas varas, isla adelante, me lo mostró la luna. Estaba colgado de un cocotero; no sé lo suficiente de botánica para explicar el por qué, pero esa es la manera, de diez casos en nueve, cómo los indígenas se suicidan. Tenía la lengua fuera el pobre diablo y los pájaros la habían ya emprendido con él. Hago gracia de más detalles: Tenía un aspecto horrible. Pensé en el asunto seis horas largas en esta galería. Mi justicia había sido burlada; no creo que haya estado más enojado en mi vida. Al día siguiente hice sonar el caracol y levantarse a todos antes de amanecer. Me eché el fusil al hombro y, al frente de ellos, rompí la marcha con Obsequioso. Estaba muy hablador: el mentecato suponía que con la confesión todo estaba ya en regla, según la antigua frase escolar me "hacía pelotillas"; todo se le volvían protestas de buena voluntad y de enmienda, a las cuales contestaba yo no me acuerdo qué. El árbol apareció a la vista y el hombre ahorcado. Todos rompieron en lamentaciones por su camarada, en estilo isleño, y las más ruidosas eran las de Obsequioso. Y eran completamente sinceras: era una nociva criatura sin conciencia ninguna de su culpa. Bien para acortar una historia larga—, se le dijo que subiera al árbol. Abrió los ojos y se me quedó mirando turbado, con una sonrisa lastimosa, pero subió. Fue obediente hasta el fin; tenía todas las virtudes menudas, pero le faltaba la verdad. En cuanto llegó arriba, miró hacia abajo y allí estaba el cañón del rifle apuntándole, y al verlo dio un gruñido como un perro. Podía oírse volar a una mosca: se habían acabado las lamentaciones. Allí estaban todos acurrucados en el suelo, con los ojos protuberantes; él en la copa del árbol, del color del plomo, y delante el ahorcado bailando un poco en la brisa. Fue obediente hasta el fin: relató su crimen, encomendó su alma a Dios. Y entonces...

Attwater se detuvo, y Herrick, que le había escuchado atentamente, hizo un movimiento convulsivo que volcó un vaso.

—¿Y entonces? —preguntó el capitán sin aliento.

—Tiré dijo Attwater—. Cayeron al suelo juntos.

Herrick se puso en pie de un salto, dando un alarido y con una expresión de locura.

—¡Fué un asesinato! —gritó—. ¡Un alevoso asesinato a sangre fría! ¡Monstruo! ¡Asesino hipócrita!... ¡Hipócrita y asesino! ¡Hipócrita y asesino! —repetía, y la lengua se la trababa entre las palabras.

El capitán se precipitó hacia él: —¡Herrick! —le gritó—, ¡serénese! Vamos, ¡no sea usted idiota!

Herrick forcejeó entre sus brazos como un niño frenético, y de pronto, hundiendo la cara en las manos, se atragantó con un sollozo, el primero de

muchos, los cuales sacudían a veces su cuerpo con movimientos convulsivos, en silencio, y otras le arrancaban entrecortadas palabras sin sentido.

—Su amigo parece que está un tanto excitado —observó Attwater, que continuó sentado en la mesa, impasible, pero alerta.

—Debe de ser el vino —respondió el capitán—. No es hombre que beba y por eso... Me lo voy a llevar fuera. Me parece que dando un paseo se espabilará.

Lo sacó, sin resistencia, de la galería, y marcharon en la oscuridad de la noche, en la que pronto desaparecieron; pero aun se oyó, durante un rato, mientras se alejaban, la voz simpática y cordial del capitán, que reprendía y apaciguaba, y a Herrick que respondía, de cuando en cuando, con inarticuladas quejas de histérico.

—Ese hombre parece un maldito gallinero —observó Huish sirviendo vino, del cual desparramó gran parte con caballeresco desembarazo y aplomo—. Un individuo tiene que saber cómo conducirse en la mesa.

—Es cosa de mal tono, ¿verdad? -dijo Attwater—. Bueno, bueno; nos han dejado en téte—á—téte. ¡Un —vaso de vino a su salud, Mr. Whish!

X

LA PUERTA ABIERTA

Entretando, el capitán y Herrick volvieron la espalda a las luces de la veranda de Attwater y se dirigieron hacia el embarcadero y la playa de la laguna.

La isla en aquella hora, con el suelo terso de arena, la bóveda de verdura sobre los pilares de los troncos y la iluminación de las lámparas, daba una impresión de irrealidad, como la de un teatro vacío o la de un jardín público a media noche. Buscaba uno, instintivamente, las estatuas y los bancos. No se movía entre las palmeras ni una ráfaga de brisa, y subrayaba el silencio el continuo fulgor de las rompientes desde la costa del mar, como pudiera hacerlo el del tráfico de la calle inmediata.

Sin dejar de hablarle, dándole ánimo, el capitán hizo apresurar el paso a su paciente, lo llevó al fin hasta la laguna y, ayudándole a bajar por la playa, le lavó, con el agua tibia, la cabeza y la cara. El paroxismo cedió poco a poco; los sollozos ya no eran tan convulsivos y cesaron al cabo; y por una conexión rara, pero explicable, la verbosidad sedante del capitán se fue también extinguiendo al mismo tiempo y por sucesivos grados, y la pareja quedó sumida en silencio. Las minúsculas ondulaciones de la laguna rompían a sus pies con un ruido leve como un susurro; estrellas de todas las magnitudes miraban desde lo alto sus propias imágenes en el vasto espejo; y, con más encendido color, la luz de fondeo del Farallone, ardía a media altura. Por largo rato continuaron contemplando la escena y escuchando anhelosamente el hervor y el chapoteo de aquel oleaje en miniatura, y el más lejano y re-

tumbante de la costa exterior. No tenían ánimos para una conversación sostenida, y cuando al fin las palabras acudieron a sus labios, rompieron a hablar los dos a un tiempo.

—Dígame, Herrick... —empezó a decir el capitán.

Pero Herrick, volviéndose hacia él bruscamente, le hizo callar con una ardorosa exclamación: —¡Levemos anclas, capitán, y a la mar!

—¿Para ir a dónde, hijo? —dijo Davis—. Levar ancla, se dice fácilmente. ¿Pero a dónde vamos?

—A la mar —respondió—. ¡El mar es sobrado grande! A la mar... lejos de esta isla maldita ¡Ay! ¡Y de aquel hombre siniestro!

—¡Ah, eso ya lo veremos! —dijo Davis—. Rehágase usted y eso ya lo veremos. Está usted que ya no puede más, y ahí está el mal; es usted todo nervios, y tiene que rehacerse y volver en sí, y entonces hablaremos.

—¡A la mar! —insistió Herrick— ¡a la mar esta noche... ahora... en este instante!

—No puede ser, hijo —replicó el capitán con firmeza—. Un barco mío no se hace a la mar sin provisiones, y eso téngalo usted por resuelto.

—Yo creo que usted no comprende —dijo Herrick—. Todo se ha acabado; yo se lo digo. Nada tenemos que hacer aquí, puesto que él lo sabe todo. Aquel hombre que está allí con el gato, lo sabe todo: ¿es que usted no lo está viendo?

—¿Todo qué? —preguntó el capitán, visiblemente desconcertado—. ¡Qué! Nos ha recibido como un perfecto caballero y nos ha tratado espléndidamente, hasta que usted empezó con sus tonterías... Y debo decir que he visto a quiénes, por menos, les han soltado un tiro, y todos tan contentos. ¿Qué más podía usted esperar?

Herrick se agitaba de un lado para otro sobre la arena, sacudiendo la cabeza.

—Burlándose de nosotros erijo—. Estaba burlándose, nada más que burlándose; no le servimos más que para eso.

—Una cosa rara ha habido, es verdad —insistió el capitán, con cierta preocupación en el tono—: aquello del jerez. Que me maten si lo pude calar. Dígame, Herrick, ¿usted no me ha delatado?

—¡Ah, delatarle! —repitió Herrick, con desmayada y quejumbrosa voz—. ¿Qué es lo que había de delatar? Somos transparentes; llevamos encima la marca: "bribón": bribones descubiertos... ¡bribones descubiertos! ¡Que, si antes de subir a bordo, vio el nombre emborronado, y con eso lo vi todo! Estaba seguro de que le querríamos matar allí, en aquel momento, y estuvo burlándose de usted y de Huish para darles la ocasión. ¡Y él llama a eso tener miedo! Después me trajo a mí a tierra y ¡qué tarde me hizo pasar!

Los dos lobos les llama a usted y a Huish... *¿Qué está haciendo el gozquecillo con los dos lobos?*—me preguntó—. Me enseñó sus perlas; dijo que podían dispersarse antes de mañana., que todo colgaba de un pelo... y se sonreía al decirlo, ¡y de qué modo! Es inútil: yo se lo digo. Lo sabe todo, ve a

través de nosotros: sólo podemos hacerle reír con nuestros planes. ¡Nos mira y se ríe como Dios!

Hubo un silencio; Davis tenía las cejas contraídas y la mirada fija en las tinieblas.

—¿Y las perlas? ——dijo de pronto—. ¿Se las enseñó? ¿Las tiene?

—No, no me las enseñó. No me acordaba; sólo la caja de caudales. ¡Nunca. serán de usted!

—Eso ya lo veremos.

—¿Cree usted que él hubiera estado tan a sus anchas en la mesa, de no estar preparado? Los dos criados estaban armados. El lo estaba también; lo está siempre; me lo ha dicho. Nunca podrá usted burlar su vigilancia. ¡Davis, yo lo sé! Todo está terminado, se lo digo y se lo repito, y se lo pruebo. Todo descubierto... no tiene remedio... no hay nada que hacer; todo se ha ido: vida, honra, amor. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Para qué habré nacido yo?

Siguió a este desahogo otra pausa.

El capitán se llevó las manos a la frente.

—Otra cosa —exclamó—. ¿Por qué le ha dicho a usted todo eso? A mi me parece una locura.

Herrick sacudió la cabeza con ominosa insistencia:

—No lo comprenderá usted si yo se lo dijese.

—Creo que puedo entender cualquier pijotera cosa que usted me diga dijo el capitán.

—Pues bien; es un fatalista. —¿Y qué es eso de fatalista?

—¡Ah!, es uno que cree una porción de cosas; cree que sus balas no marran; cree que todo pasa como Dios lo dispone, haga uno lo que quiera para evitarlo, y otras cosas así...

—Pues, me parece que yo creo en todo eso también ——dijo Davis.

—¿De veras?

—De veras que sí.

Herrick se encogió de hombros: —Pues debe de ser usted un tonto ajo, y oyó la cabeza en las rodillas.

El capitán se quedó mordiéndose las uñas.

—Hay una cosa cierta ——dijo al fin—. Tengo que sacar a Huish de allí. No vale para tenérselas tiesas con un hombre como el que usted pinta.

Y se volvió para marcharse. En lo que acababa de decir nada había de extraordinario; pero no así en el tono, y el otro lo advirtió en seguida.

—¡Davis! —gritó—. ¡No! ¡No lo haga usted! ¡Sálvele, y no lo haga! ¡Sálvese usted y no se meta con él... ¡Por Dios! ¡por sus hijos!

La voz se había elevado hasta un apasionado grito; un poco más, y hubiera podido oírlo el que iba a ser la víctima y que no estaba lejos. Pero Davis se volvió frenético con un juramento salvaje y agresivo ademán, y el desventurado joven rodó sobre la arena, quedando de bruces, mudo y anonadado.

El capitán, en tanto, echó a andar de prisa hacia la casa de Attwater. Aún más de prisa iban sus pensamientos y la marcha no interrumpía sus ansiosas

reflexiones. Aquel hombre había comprendido; se había mofado de ellos desde el principio; ¡él le iba a enseñar a burlarse de John Davis! Herrick le creía un Dios; que le dieran a él un segundo para apuntar bien y el dios estaría por tierra. Hizo con la lengua un castañeteo de satisfacción al palpar la culata del revólver. Había que hacerlo ahora, al entrar. ¿Por detrás? Era difícil colocarse en posición. ¿A través de la mesa? No, prefería estar de pie, pues así se está más seguro de poder echar mano al arma. Lo mejor sería llamar a Huish, y cuando Attwater se levantara y se volviera... ese sería el momento. Absorto en esta visión anticipada de los acontecimientos, el capitán aceleró el paso y se dirigió, con la cabeza baja, hacia la casa.

—¡Arriba las manos! ¡Alto! —gritó la voz de Attwater.

Y el capitán, antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, había obedecido. La sorpresa fué completa y sin remedio. Llevado, como en la cresta de una ola, por un impulso homicida, había venido a parar a una emboscada, y allí estaba en pie, con las manos impotentes, levantadas en alto, y los ojos fijos en la galería.

El banquete había terminado. Attwater, reclinado en un poste, apuntaba a Davis con un Winchester. Uno de los criados estaba junto a él, con otro rifle, un poco echado hacia adelante, con los ojos abiertos en redondo, en anhelosa espera. En el espacio abierto, de donde arrancaba la escalera, estaba Huish sentado, sostenido por el otro indígena; toda su cara se deshacía en imbéciles sonrisas; toda su alma parecía sumida en la contemplación de un puro apagado, a medio fumar.

—Muy bien —dijo Attwater—, ¡me está usted pareciendo un pirata de pega!

El capitán dejó oír un ruido gutural, difícil de describir; la rabia le estrangulaba.

—Voy a devolverle a usted su Mr. Whish... o la sopa en vino que queda de él —continuó Attwater—. Charla mucho cuando bebe, capitán Davis, del Sea Ranger. Pero ya he terminado con él y le devuelvo la alhaja con gracias. ¡Eh! —gritó de pronto—. Otro movimiento como ese, y su familia tendría que lamentar la pérdida de un padre inapreciable. Estese absolutamente quieto, Davis.

Attwater dijo una palabra al indígena, sin desviar un instante los ojos del capitán, y el criado empujó con brío a Huish desde el borde de la escalera. Con una extraordinaria y simultánea dispersión de sus miembros, aquel caballero se lanzó al espacio, pegó en tierra, rebotó, y fue a detenerse abrazado a una palmera. Su espíritu permanecía del todo ajeno a esos acontecimientos; la expresión de angustia que contrajo su fisonomía en el momento del salto, no fue más que instintiva, y sufrió esos zarandeos en silencio, se agarró al árbol como un niño y, a juzgar por sus agachamientos rítmicos, estirando un brazo, se pudiera pensar que se creía ocupado en algún juego infantil. Una mente más aguda y comprensiva, o un ojo más observador, hubiera

advertido enfrente de él en la arena, y fuera de su alcance, la colilla apagada del cigarro.

—¡Ahí tiene usted su carroña de Whitechapel! —dijo Attwater—. Y ahora se preguntará usted por qué no le despacho desde luego, como se merece. Voy a decirle por qué, Davis. Es porque no tengo nada que ver con el Sea Ranger y con la gente que usted ahogó, o con el Farallone y el champaña robado por usted. Esas son cuentas suyas con Dios. Él las lleva y Él las ajustará cuando suene la hora. En mi propio caso no tengo nada en qué fundarme más que en sospechas, y yo no mato por sospechas, ni siquiera a gentuza como usted. Pero ¡entiéndame! Si vuelvo a ver otra vez a cualquiera de vosotros, ya es otra cuestión, y le meteré una bala en el cuerpo. Y ahora lárguese usted, ¡Marchen! Y si tiene aprecio a eso que llaman vida, lleve las manos levantadas al aire.

El capitán permaneció como estaba, alzadas las manos, abierta la boca, hipnotizado por la ira.

—¡Marchen! —dijo Attwater—. ¡Una... dos... tres!...

Y Davis volvió la espalda y echó a andar lentamente. Pero ya al alejarse iba imaginando un contragolpe ofensivo. En un parpadeo había saltado detrás de un árbol: y estaba allí agachado, revólver en mano, con rápidos atisbos por uno y otro lado de su escondite, y enseñando los dientes: una serpiente erguida para herir. Y ya era demasiado tarde. Attwater y sus criados habían desaparecido y las lámparas alumbraban la mesa desierta y la arena lustrosa al lado de la casa, y arrojaban en la oscuridad y en todas direcciones las negras y largas sombras de las palmeras.

Davis rechinó los dientes. ¿Dónde se habían ido los cobardes? ¿En qué agujero inaccesible se habían cobijado? ¿Sería en vano todo lo que intentase contra ellos? Estaba solo, con un revólver comprado de ocasión, contra tres personas armadas de Winchester y que no asomaban ni una oreja por los huecos de aquella casa iluminada y silenciosa. Quizá ya alguno de ellos se había escurrido por la trasera y le estaría enfilando un rifle desde las ventanas bajas del sótano, receptáculo de botellas vacías y cacharros rotos. No, no había nada que hacer, más que llevarse —si aún era posible— sus dispersas y desmoralizadas fuerzas.

—Huish —dijo—, ¡vámonos!

—Perdido... ci... garro —contestó aquél alargando de nuevo una mano trémula.

El capitán soltó un juramento detonante. —¡Aquí ahora mismo! —gritó.

—Estoy bien. Dormiré aquí con Att... Attwa. Iré... bordo ora... liana —contestó el hombre jovial.

—Si no vienes aquí ahora mismo, por Dios vivo que te suelto un tiro —dijo el capitán.

No es de presumir que en la mente de Huish llegase a penetrar el sentido de esas palabras, sino más bien, que en un nuevo intento de coger el cigarro,

perdió el equilibrio y se precipitó hacia adelante haciendo eses, llegando así al alcance de Davis.

—Ahora a andar derecho dijo el capitán agarrándolo— o hago una barbaridad.

—Perdido ci... garro —replicó Huish.

La cólera refrenada del capitán se enardeció por un momento. Hizo dar la vuelta a Huish zarandeándolo, lo sujetó por el cuello de la chaqueta, lo llevó por delante corriendo hasta el arranque del muelle, y lo arrojó, brutalmente, de bruces contra el suelo.

—¡Busca ahí tu cigarro, puerco! —exclamó, y se puso a soplar en su silbato de llamada, hasta que el guisante que tenía dentro cesó de trepidar.

Signos de actividad respondieron inmediatamente desde el *Farallone;* voces lejanas, y en seguida ruido de remos llegaron como flotando por la superficie de la laguna, y al mismo tiempo, de por allí cerca, Herrick, vuelto en sí, se acercó con lánguido paso. Se inclinó sobre la insignificante figura de Huish que, insensible al parecer, estaba tendido al pie del mascarón.

—¿Muerto? preguntó.

—No, no está muerto —dijo Davis.

—¿Y Attwater?

—¡Ahora va usted a cerrar el pico! —replicó Davis—. Y si no puede, ¡yo se lo haré cerrar por Cristo! No aguanto ya más sus monsergas y sus gimoteos.

Esperaron, pues, en silencio, hasta que el bote dio un bandazo contra los pilotes más lejanos del muelle; entonces levantaron a Huish por la cabeza y los pies y lo llevaron a lo largo de la pasarela y, sumariamente, lo arrojaron en el fondo de la embarcación. Camino del Farallone, se le oyeron ciertos murmullos relacionados con la pérdida del puro; y después de izarlo por el costado, lo echaron a dormir en el pasillo, y su postrera expresión audible fué: "¡Hombre... nifico. Attwa...!" Esto, hábilmente traducido, quería decir: "¡Hombre magnífico, Attwater!" Con tan inmaculada inocencia había salido aquel gran espíritu de las aventuras de la noche.

El capitán se puso a pasear en el combés, con rápidas e iracundas vueltas; Herrick se apoyó con los codos en la barandilla; toda la tripulación se había retirado a dormir, el barco tenía un lento balanceo de cuna; de cuando en cuando una polea chirriaba como un pájaro. En tierra, por entre los troncos de palmeras, se veía la casa de Attwater que seguía resplandeciendo con sus múltiples lámparas. Y nada más había visible en el cielo ni abajo en la laguna, sino las estrellas y sus reflejos. Lo mismo pudo ser minutos que horas el tiempo que Herrick permaneció allí reclinado, mirando el agua constelada y aspirando consoladora paz. "Un baño de estrella", estaba pensando, cuando una mano se posó, al fin, en su hombro.

—Herrick —dijo el capitán—. He estado cansándome para calmarme un poco.

Un brusco estremecimiento sacudió los nervios del joven, pero ni contestó, ni siquiera volvió la cabeza.

—Me parece que he estado algo brusco con usted en tierra prosiguió el capitán la verdad es que estaba como loco; pero eso ya ha pasado y usted y yo tenemos que poner manos a la obra y pensar.

—Yo no quiero pensar! -dijo Herrick.

—¡Vamos, hombre! ——dijo Davis bondadosamente—. Por ahí, ya sabe usted, no se va a ninguna parte. Tiene que rehacerse y ayudarme a poner las cosas derechas. ¿Va usted a volverse contra un amigo? Usted no es capaz de eso, Herrick.

—Sí, lo soy.

—¡Vamos, vamos! dijo el capitán, y se detuvo perplejo—. Óigame: bébase un vaso de champaña. Yo no lo cataré, y eso le probará que la cosa va de veras. Pero es precisamente el tente—en—pie que usted necesita; le dejará como nuevo.

—¡Oh! ¡Déjeme usted en paz! —y se volvió para irse.

El capitán le agarró por la manga, pero él se desasió de un tirón y se volvió contra el otro como un demoníaco.

—¡Váyase usted al infierno como más le guste! —gritó.

Y volvió la espalda, sin que esta vez el capitán le detuviera; se marchó hacia la proa, donde el bote se balanceaba al costado, chocando a veces contra el pailebot. Una esquina de la caseta se interponía entre él y el capitán. Todo iba bien: humanos ojos no le verían en aquel acto foral. Silenciosamente se deslizó en el bote, y desde el bote, silenciosamente también, en el agua estrellada. Instintivamente, nadó un poco: tiempo había para detenerse más adelante.

La frescura de la inmersión despejó instantáneamente su espíritu. Los acontecimientos de aquella jornada ignominiosa pasaron ante él cómo pintados en un friso y dio gracias a "cualesquiera dioses que pudiera haber" por aquella puerta, única, que aun estaba abierta: el suicidio. En menos de nada pasaría por ella; la azarosa labor estaría acabada; el hijo pródigo, vuelto al hogar. Un astro muy brillante centelleaban delante de él, trazando en el agua un largo cabrilleo.

Hacia él se dirigió tomándolo como guía. Aquello iba a ser lo último que vería en esta vida; aquella chispa radiante que pronto agrandó en su fantasía hasta verla como una Ciudad de Laputa, por cuyas terrazas paseaban hombres y mujeres de semblantes solemnes y benignos, que le miraban con una lejana conmiseración. Aquellos espectadores imaginarios le consolaban; se repitió lo que entre sí decían: hablaban de él y de su fatal destino.

De esos vuelos de la fantasía, le hizo volver la creciente frialdad del agua. ¿A qué esperar más? Allí mismo, donde estaba, ¿por qué no hacer que bajase el telón, buscar el inefable refugio, tenderse, con todas las razas y generaciones humanas, en la mansión del sueño? No seguir nadando: nada más sencillo, si podía hacerlo. ¿Podía? Súbitamente comprendió que no. Se dio cuen-

ta, en un instante, de una oposición, unánime e invencible, de todos sus miembros, que se agarraban a la vida con simple y firme tenacidad, dedo por dedo, tendón por tendón; algo que era, a la vez, él y no era él... que estaba, a la vez, dentro y por fuera; alguna diminuta válvula que se cerraba en el cerebro y que un solo pensamiento varonil hubiera bastado para abrir... y una fuerza externa, el puño de un hado extraño, irresistible como la gravedad. No hay nadie que no llegue a percatarse, en ocasiones, de que pasa a través de toda la estructura de su cuerpo al hálito de un espíritu que no es plenamente el suyo; que su mente se rebela: que otro le ata y le lleva por donde no quiere ir.

Herrick lo percibió entonces con la autoridad de una revelación. No había escape posible. La puerta abierta se cerraba ante la faz del pusilánime. Tenía que volver al mundo y, entre los hombres, sin esa ilusión. Tenía que ir dando tumbos hasta el final, con el peso de sus culpas y de su deshonor, hasta que un aire frío, un golpe, una piadosa bala perdida, o el verdugo, aun más piadoso, le librasen de su infamia. Había hombres que podían suicidarse; a otros les estaba vedado: él era de los últimos.

El descubrimiento levantó en su mente, en los primeros momentos, tumultuoso desorden; después vino la triste certidumbre y, con increíble simplicidad, la sumisión ante el hecho evidente; y volviéndose en dirección contraria, nadó hacia la costa. Había en ello un valor que él no podía apreciar, pues la indignidad de su cobardía ocupaba todos sus pensamientos. Una fortísima corriente le detenía como un viento de cara; luchó con ella con trabajo, fatigosamente, sin ánimos, pero con positiva ventaja; y notaba sus progresos, indiferentes, por la posición de los árboles, Tuvo un momento de esperanza. Había oído, hacia el sur, en medio de la laguna, las zambullidas de algún enorme pez, un tiburón sin duda, y dejó de nadar un rato, manteniéndose a flote. ¿No será ese el verdugo?", pensó. Pero el ruido de las zambullidas se fue extinguiendo, el silencio era completo; y Herrick volvió a avanzar hacia tierra, furioso contra sí mismo. Si, hubiera esperado el tiburón, pero....

A eso de las tres de la mañana, la casualidad, la dirección de la corriente y la derivación debida al mayor vigor de su brazo derecho, hicieron que llegase a tomar tierra frente a la casa de Attwater. Allí se sentó y se puso a contemplar un mundo del que había desaparecido toda luz de esperanza. La mísera escafandra de vanidad estaba en jirones! Con el cuento de hadas del suicidio, del refugio, siempre abierto para él, se había sostenido y alentado en las crisis de la vida; y he aquí que eso también no era más que un cuento de hadas, también era folklore. Se veía inexorablemente condenado a afrontar por toda su vida las consecuencias de sus actos; tendido en una cruz y sujeto en ella con los clavos de su propia cobardía. No fluían las lágrimas, no se engañaba con fábulas. Tan asqueado estaba de sí mismo, que ya no urdía mitos apologéticos. Era como un hombre arrojado desde una altura y con todos los huesos rotos. Allí se había quedado, admitía lo ocurrido y no intentaba levantarse.

El alba empezó a clarear sobre el lado opuesto del atolón el cielo se iluminaba, las nubes se teñían de gayos colores, las sombras de la noche se levantaban. Y de pronto, Herrick, se dio cuenta de que la laguna y los árboles ostentaban ya la vestidura diurna; y vio, a bordo del *Farallone*, que Davis apagaba el farol y salía humo de la cocina.

Davis, sin duda, había visto y reconocido la figura sentada en la playa; o acaso vaciló al reconocerla, pues cuando hubo mirado largo rato, con la mano extendida sobre los ojos, entró en la caseta y salió con un anteojo. Era un instrumento muy poderoso, y Herrick lo había usado a menudo. Por un movimiento instintivo de vergüenza, se tapó, la cara con las manos.

—¿Y qué le trae por aquí, Mr. Herrick —Hay o Mr. Hay Herrick? dijo la voz de Attwater—. Desde el sitio donde estoy la vista de su espalda me deleita, y yo, en su lugar, continuaría sin moverme. Podemos entendernos muy bien tal como estamos, y si usted fuera a dar la vuelta, ¿me entiende?, creo que habría una desgracia.

Herrick, lentamente, se puso en pie; el corazón le latía con fuerza y una agitación angustiosa sacudía todo su ser; pero era dueño de sí mismo. Lentamente, dio la vuelta y se encaró con Attwater y con el cañón de un rifle que le apuntaba. "¿Por qué no pude hacer esto anoche?", se preguntó.

—Y bien, ¿por qué no tira usted? —dijo, en voz alta y temblorosa. Attwater, con toda calma, se puso el rifle bajo el brazo y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué le trae a usted por aquí? —repitió.

—No lo sé ——dijo Herrick, y, después como en un grito: —¿Puede usted hacer algo por mí?

—¿Está usted armado? ——dijo Attwater— Lo pregunto sólo como cuestión de fórmula.

—¿Armado?... ¡Ah, sí! lo estoy; es cierto.

Y arrojó sobre la playa un revólver chorreando agua. —¿Está usted mojado?

—Sí, lo estoy. ¿Puede usted hacer algo por mí? Attwater leía atentamente su cara.

—Eso depende mucho de lo que usted sea —dijo.

—¿Lo que yo soy? ¡Un cobarde! —contestó Herrick.

—Con eso se puede hacer muy poco ——dijo Attwater—. Pero me hace el efecto de que la descripción no es del todo completa.

—¡Y eso qué importa! ——exclamó Herrick—. Aquí estoy. Soy un trastajo roto e inútil; toda mi vida se ha venido al suelo; no me queda nada en que crea, como no sea el vivo horror de mí mismo. ¿Por qué he venido hacia usted? No lo sé; usted es frío, cruel, abominable; y yo le odio, o creo que le odio. Pero es usted un hombre honrado, un caballero honrado. Me pongo, indefenso, en sus manos. ¿Qué debo hacer? Si no puedo hacer nada, sea usted compasivo y traspáseme de un balazo... ¡no soy más que un gozquecillo con la pata rota!

—Si yo estuviera en su lugar, recogería ese revólver, me iría a la casa y me mudaría de ropa ——dijo Attwater.

—¿Lo dice usted de veras? ——dijo Herrick—. Usted sabe que ellos... que nosotros... ellos... Pero ¡usted lo sabe todo!

—Sé lo suficiente —dijo Attwater—. Venga a casa.

Y el capitán, desde la cubierta del *Farallone,* vió a los dos penetrar juntos en la sombra del bosque.

XI

DAVID Y GOLIATH

Huish se había acurrucado, hecho un ovillo, para preservarse de la luz del día, con la cara vuelta hacia la caseta y las rodillas encogidas. Sus frágiles huesos, bajo el ligero traje tropical, no parecían de mayor tamaño y consistencia que los de una gallina; y Davis, sentado en la barandilla, con el brazo enlazado a un estay, le miraba pensativo y taciturno preguntándose qué salvadores consejos pudieran encerrarse en aquella desmadrada figura. Pues desde que Herrick le arrojó de su lado y se pasó el enemigo, sólo le quedaba Huish, en todo el género humano, como ayuda y oráculo.

Miraba su situación con el corazón encogido. El pailebot era un barco robado; los víveres, fuera por descuido al abastecerse o por mala administración durante el viaje, eran insuficientes para llevarlos a ningún puerto, como no fuera de vuelta a Papeete; y allí el castigo justiciero le aguardaba bajo la forma de un gendarme, un juez con un gorro de forma estrafalaria, y el horror de la lejana Noumea. Por aquel lado no había atisbo de esperanza. Aquí en la isla, el dragón estaba en acecho; Attwater con sus hombres y sus Winchester montaba la guardia y vigilaba la casa: que se acercase el que se atreviera. ¿Qué podían hacer más que sentarse allí, inactivos o pasearse por cubierta... hasta que el *Trinity Hall* arribase y los pusieran en el cepo, o hasta que se agotasen las provisiones y vinieran las torturas del hambre? Para el *Trinity Hall,* Davis estaba apercibido: se atrincheraría en la caseta y moriría defendiéndola, como fiera acorralada. Pero ¿y lo otro? El viaje del Farallone, que él había emprendido, dos semanas antes, con tan locas esperanzas, ¿acabaría en este final de pesadilla: el barco pudriéndose fondeado, la tripulación sin poder tenerse en pie y muriendo uno a uno en los imbornales? Parecía como si cualquier extremado azar fuera preferible a tan horrenda certeza; como si fuera mejor levar ancla, a pesar de todo, zarpar a la ventura y quizá perecer a manos de los caníbales en alguna isla ignorada de las Pomotú. Sus ojos recorrieron rápidamente mar y cielo buscando algún síntoma de viento; pero las fuentes de los alíseos estaban exhaustas. Por donde ayer, y durante muchas semanas había volado el tumultuoso río azul acarreando nubes, reinaba el silencio, y toda la inmensidad de la atmósfera estaba en el fiel. En la interminable cinta de la isla, que por ambos lados prolongaba su procesión

de doradas, verdes y argentadas palmeras, ni la más sutil fronda se movía; los árboles se unían a sus imágenes invertidas en la laguna como cosas labradas en metal, y ya su larga fila empezaba a reverberar el calor. Aquel día no era posible escapar, ni tampoco el siguiente. ¡Y en tanto los víveres se iban consumiendo!

Y entonces llegó hasta Davis, desde las raíces más profundas de su ser, o al menos, desde los más lejanos recuerdos de la niñez y la inocencia, un solo de superstición. Aquella persistencia de la mala suerte no era cosa natural; las fluctuaciones del azar eran más variadas, parecía como si el diablo repartiese las cartas. ¿El diablo? Volvió a oír la nota argentina de la campañilla de Attwater resonando fuera, en la noche, hasta morir a lo lejos.

Desechó bruscamente la idea. Attwater: ahí está todo. Attwater tenía mantenimientos y un tesoro de perlas; era la fuga posible en el presente, la riqueza en lo futuro. Tenían que venirse a las manos con Attwater; aquel hombre tenía que morir. Sintió que le ardía la cara al imaginar la triste e imponente figura que había hecho aquella noche, los insultantes discursos que había tenido que sufrir en silencio. La cólera, la vergüenza, el amor a la vida, todo apuntaba hacia el mismo punto, y únicamente la inventiva se quedaba atrás: ¿cómo acercarse a él?, ¿tenía fuerza bastante?, ¿encontraría ayuda en aquel mal nacido atadijo de huesos pegado a la caseta?

Sus ojos se fijaban en él con extraña avidez, como si quisiera penetrar en su alma, y en aquel momento el durmiente empezó a removerse, se agitó inquieto, dio de pronto la vuelta y echó una mirada ofuscada y parpadeante. Davis no apartó de él sus ojos sombríos y Huish miró a otra parte y se sentó.

—Vaya una resaca que tengo dijo—. Creo que estaba un poco a medios pelos la noche pasada. ¿Dónde anda ese nene llorón, Herrick?

—Ido —dijo el capitán.

—¿A tierra? —exclamó Huish—. ¡Lástima! Quisiera haber ido a también.

—¿Quisiera usted?

—De veras que sí —replicó Huish—. Me gusta Attwater. Es simpático de veras. Nos hicimos como uña y carne cuando nos quedamos solos. ¿Y qué me cuenta del jerez? ¡Es gloria pura! ¡Quién pudiera ahora echar un trago! Y lanzó un suspiro.

—Pues ya no volverá a catarlo... eso lo primero erijo Davis gravemente.

—¿Qué es eso? ¿Qué tripa se le ha roto, Davis? ¿El estómago? ¡Pues míreme a mí! Nada de malhumor. Estoy juguetón como un jilguero.

—Sí, está usted juguetón, ya lo veo; y lo estaba usted anoche, por lo visto, y se lució.

—¡Qué! ¿Qué es eso? ¿Cómo me lucí?

—Voy a decírselo ——dijo el capitán, levantándose despacio de la barandilla.

Y así lo hizo, sin olvidar nada, con todos los epítetos insultantes y todos los detalles absurdos, repetidos y recalcados. Tenía su propia vanidad y la de Huish en las parrillas y las puso al fuego, y durante el relato infligió y sufrió

torturas de humillación. Fue una obra maestra, hecha por un hombre rudo, en el género sardónico.

—¿Y qué opina usted? dijo cuando hubo acabado, mirando a Huish, encendido y serio, pero irónico.

—¡Pues que usted y yo hicimos una figura de primera!

—Así fue; una puerca figura ¡por Cristo! ¡Y por Cristo que he de ver a ese hombre de rodillas!

—¡Ah! -dijo Huish—. ¿Cómo echarle mano?

—¡Ahí está! —exclamó Davis—. ¡Cómo echarle mano! Son cuatro contra dos, aunque allí no hay más que un hombre que cuente, y es Attwater. Con meterle una bala a Attwater, ya estarán corriendo los otros, cacareando como gallinas... y el amigo Herrick vendría, sombrero en mano, a pedirnos su parte en las perlas. Sí, señor, la cosa es coger a Attwater. Y ni siquiera nos atrevemos a ir a tierra; nos cazaría en el bote como a perros.

—¿Le es a usted lo mismo cogerle vivo o muerto? preguntó Huish.

—Muerto quisiera verlo.

—Muy bien ——dijo Huish—; pues entonces me parece que voy a tomar una miaja de desayuno.

Y se metió en la cámara.

El capitán, ceñudo y obstinado, se fue tras él.

—¿Qué es ello? preguntó—. ¿Qué idea es la que usted tiene?

—¡Oh!, déjeme en paz, si quiere ——dijo Huish, descorchando una botella de champaña—. Ya oirá mi idea a su hora. Espérese hasta que me vierta un poco de vino en el estómago. Se bebió un vaso y se acercó la botella al oído. Oiga... escuche el vino: es como si estuvieran friendo jamón. Bébase un vaso y sea sociable.

—¡No! —contestó enérgico el capitán-. ¡No quiero! ¡Son asuntos serios!

—Usted paga y usted escoge, amiguito —dijo Huish—. Me parece a mí una vergüenza que se estropee usted el desayuno por una cosa que ya no es más que historia antigua.

Se bebió tres partes de una botella y se puso a mordisquear, con desesperante calma, la punta de una galleta. El capitán, al otro lado de la mesa, tascaba el freno como un caballo impaciente. Después, Huish apoyó en ella los brazos y miró al capitán a la cara.

—Cuando a usted le parezca dijo.

—Bien, pues ahora mismo. ¿Y cuál es su idea?

—¡Juego limpio! —dijo Huish—. Dígame usted la suya.

—Lo malo es que yo no tengo ninguna —replicó Davis, y divagó por un rato en inútiles comentarios sobre las dificultades que tenían por delante y en ociosas explicaciones de su propio fiasco.

—¿Ha acabado ya? —dijo Huish.

—No digo más.

—Bueno, pues entonces, deme la mano, por encima de la mesa, y diga: "Que Dios me deje muerto aquí mismo si no le ayudo a usted".

Su voz apenas se oía y, sin embargo, escalofrió al oyente... Su cara parecía un compendio de malignidad, y el capitán se echó hacia atrás como si esquivase un golpe.

—¿Para qué? —dijo.

—Para tener buena suerte —contestó Huish—. Se exigen garantías serias. Y siguió ofreciendo su mano.

—No veo a qué vienen esas sandeces —dijo el otro.

—Pues yo, sí. Deme la mano y diga eso, y entonces oirá mi idea. No lo haga, y no la oye.

El capitán cumplió la formalidad exigida, con la respiración entrecortada y mirando a Huish con angustia. Cuál era su temor, no lo sabía, pero temía, servilmente, lo que fuera a salir de aquellos labios pálidos.

—Pues ahora, si usted me dispensa medio segundo —dijo Huish—, voy a ir a buscar el bebé.

—¿El bebé?,¿que es eso?

—Frágil. Con cuidado. Este lado encima —replicó el dependiente con un guiño, y desapareció.

Volvió, sonriente, llevando un pañuelo de seda en la mano. Davis levantó las cejas con una expresión estúpida e interrogante. ¿Qué habría allí? No se le ocurría nada más recóndito que un revólver.

Huish volvió a sentarse.

—Y ahora —dijo— ¿es usted bastante hombre para encargarse de Herrick y de los negros? Porque yo me encargo de Attwater.

—¡Cómo! —exclamó Davis— no puede usted.

—¡Vaya, vaya! —dijo el dependiente—. Espéreme un poco. ¿Cuál es la primera dificultad? La primera dificultad es que no podemos ir a tierra; y le admito a usted que es dura de pelar. Pero ¿qué me dice de una bandera de parlamento? ¿Cree usted que tragaría ese anzuelo, o que Attwater no haría más que acribillarnos en el bote a balazos como a unas alimañas?

—No —dijo Davis—, no creo que lo haría.

—Tampoco yo prosiguió Huish—. No creo que lo hará, y ¡ojalá que no lo haga! Cátate, pues, ya en tierra. La segunda dificultad es la de ponerse al habla con la Dirección general. Y para eso voy a hacer que escriba usted una carta, en la cual usted dice que tiene vergüenza de presentarse delante de él, y que el portador, Mr. J. L. Huish, tiene poderes para representarle. Y armado con ese expediente, sencillo al parecer, Mr. J. L. Huish procederá a la obra.

Se detuvo como si hubiera acabado, pero reteniendo aún a Davis con la mirada.

—¿Cómo? —dijo éste—. ¿Por qué?

—Pues mire aquí: usted es grande, él sabe que lleva un revólver en el bolsillo y, con sólo echarle la vista encima, se ve que no es usted hombre que vacile en usarlo. Pero de mí no ha— de temer nada —¡soy tan pequeñaco!—, estoy desarmado, y, para que no dude, llevaré las manos por alto. —Hizo

una pausa—. Y si puedo arreglármelas para ir acercándome a él mientras hablamos, usted no tiene que hacer sino andar listo y ayudarme con gana. Si no lo consigo, nos volvemos aquí y nada se ha perdido, ¿comprende?

El rostro del capitán estaba contraído por el intenso esfuerzo que hacía para comprender.

—No, no veo —exclamó—; no veo nada claro, ¿qué se propone usted?

—¡Me propongo acabar con la bestia! —gritó Huish, en una exaltación de venenoso triunfo—. Voy a tender aquel animalazo arrogante en la hierba. El se ha divertido a mi costa y yo voy a divertirme a la suya, ¡y qué diversión!...

—¿Qué es ello? ——dijo el capitán con voz apagada.

—¿De veras lo quiere usted saber? preguntó Huish..

Davis se levantó y dio un paseo por la caseta.

—Sí, quiero saberlo dijo, al fin, haciendo un esfuerzo.

—Cuando uno está en el suelo se defiende como puede, ¿no es eso? Lo digo porque ya sé que hay una preocupación contra esto; se lo considera ordinario, muy ordinario. Dobló el pañuelo y mostró un pomo pequeño—. Esto que está aquí es vitriolo. Eso es —dijo.

El capitán, muy pálido, se le quedó mirando.

—¡Este es el medicamento! —prosiguió el otro alzando el frasco—. Esto quema hasta los huesos, ¡ya lo verá usted cuando él lo tenga encima, echando humo como fuego del infierno! Que le caiga una gota en los ojos, ¡y deje —usted a Attwater de mi cuenta!

—¡No, no! ¡Por Dios! —exclamó el capitán.

—Diga usted, amigo —dijo Huiste—, ¿es que para mí va a ser una fiesta? Yo voy a habérmelas solo y mano a mano con ese hombre. El es de cerca de siete pies de altura y yo tengo cinco y una pulgada. El tiene un rifle en la mano y está sobre aviso, y no ha nacido ayer. ¡Le digo que va a ser lo de David y Goliath! Si yo le propusiera que fuese usted a poner el cascabel al gato, me lo explicaría. Pero no pido eso. Sólo le pido que esté a mi lado y se las entienda con los negros. Todo va a salir como por la mano, ¡ya lo verá usted! Pero cuando quiera usted darse cuenta, le va a ver correr dando vueltas y aullando como...

—¡No haga eso! ——dijo Davis—. ¡No hable de eso!

—¡Está usted bueno! —exclamó Huiste—. ¿Qué quería usted? Quería usted matarlo y lo intentó anoche. Quiere matarlos a todos ellos y trata de hacerlo, y yo le digo cómo; y porque entra en ello un poco de medicina en una botella, arma esta batahola.

—Puede que sea por eso ——dijo Davis—. No parece que sea cosa razonable, pero ahí está.

—Será la aplicación de la ciencia ——dijo Huish, irónico.

—No sé lo que es —exclamó Davis dando zancadas por el cuarto—. Ahí está: hasta ahí tiro la raya y no paso. No puedo poner un dedo en tal canallada. ¡Es horrible, infernal!

—Y supongo que usted se imagina como cosa muy bonita coger una pistola y un cacho de plomo y desparramarle a un hombre los sesos. Cuestión de gusto.

—No lo niego ——dijo Davis—; es algo que siento aquí, dentro de mí. Será tontería; puede que sea condenada tontería. No discuto; no hago más que tirar la raya. ¿No hay algún otro medio?

—Búsquelo usted. No estoy casado con éste, aunque a usted le parezca que sí; no soy ambicioso; no tengo antojo por hacer el primer papel; me ofrezco a ello y nada más; y si usted no me puede enseñar cosa mejor, ¡lé juro que lo he de hacer!

—¡Y los riesgos!... —exclamó Davis.

—Si quiere usted que se lo diga, para mí es un caso de siete a uno y no hay tomadores. Pero eso es cuenta mía, amigo, y yo estoy dispuesto. Míreme usted, Davis: ya ve que no se me encoge el corazón. Soy hombre para ello de arriba abajo.

El capitán no apartaba de él los ojos. Huish seguía sentado, atusando su siniestra vanidad, vanagloriándose de su superioridad para el mal. El infame valor y la audaz felonía de aquel ser, fulgían y se proyectaban fuera de él como la luz de una linterna. Un apocamiento y una especie de respeto se apoderaron del capitán a pesar suyo. Hasta aquel momento había visto el dependiente siempre remolón, haragán, sin interés por nada y gruñendo en cuanto se le hablaba de hacer algo; y ahora, como el toque de una varilla mágica, le veía engallado y resuelto, radiante de faz. Había despertado el demonio y ¿quién lo iba a refrenar?, se preguntaba; y se le encogía el corazón.

—Por más que usted me mire —Huiste seguía diciendo —no me verá el miedo en los ojos. No me asusto de Attwater, no me asusto de usted y no me asustan las palabras. Usted quiere matar gente: eso es tras de lo que anda; pero quiere hacerlo con guantes de cabritilla y eso no puede ser así. Asesinar no es cosa cortés y fina, ni fácil, ni sin riesgo, y se necesita todo un hombre para hacerlo. Aquí está el hombre:

—¡Huiste!... —prorrumpió el capitán con energía, y en seguida se detuvo y se quedó inmóvil, mirándole con las cejas fruncidas.

—¡Vamos!, ¡afuera con ello! —dijo Huiste—. ¿Tiene usted otra cosa que proponer? ¿Hay otra carta a que apuntar?

El capitán no chistó.

—Pues ya lo ve usted ——dijo Huish encogiéndose de hombros.

Davis empezó otra vez su precipitado paseo.

—Ya puede usted andar hasta que se le desgasten los pies; no encontrará más que eso.

Hubo una corta pausa; el capitán, como lanzado en un columpio, volaba, en un vértigo, entre los más opuestos planes y conjeturas, tan pronto concebidos como rechazados.

—Pero vea usted —dijo, parándose de pronto—. ¿Puede usted hacerlo?, ¿es que eso puede hacerse? No; debe de ser muy difícil.

—Si yo logro ponerme a veinte pies de él, se hará; así es que piénselo —dijo Huish con tono de absoluta certeza.

—¿Cómo puede usted saberlo? —exclamó súbitamente el capitán como con un grito ahogado—. ¡Mala bestia!, ¡yo creo que lo ha hecho ya antes!

—¡Ah! esos son asuntos privados —contestó Huish— y no soy hombre hablador.

Un estremecimiento de repulsión sacudió al capitán; un grito le subió hasta los labios; de haberlo lanzado quizá se hubiera abatido sobre el cuerpo de Huish, lo hubiera echado por alto golpeándolo contra el suelo y hubiera sacudido con él las paredes de la cámara en un frenesí de crueldad que parecía casi moral. Pero pasó el momento, y, abortada la crisis, se quedó aún más debilitado. Lo que se jugaba ¡era de tal precio!... De un lado, las perlas... hambre y vergüenza del otro. ¡Diez años de perlas! La fantasía de Davis las transfiguró en una nueva, deleitosa existencia para él y los suyos. La nueva vida había de pasarse en Londres; contundentes razones se oponían a que fuera en Portland, Maine; y los cuadros que se imaginaba tenían fondos británicos. Vio a sus hijos paseando en las filas de un colegio, con las togas escolares, y un pasante que marchaba custodiándolos y leyendo un librote. Estaba instalado en una "villa" cuyo nombre, Rosemore, campeaba en los pilares de la entrada En una butaca, en la avenida de menudas pedrezuelas, se veía a sí mismo fumando un cigarro, con una cinta azul en el ojal, victorioso de todo: de él mismo, de las circunstancias y de la malignidad de los banqueros. Vio el salón con cortinas rojas y caracoles sobre la chimenea y —con la sutil incongruencia de los sueños— antes de haber entrado en él, se preparó un grog en la mesa de caoba. En ello estaba, cuando el *Farallone* hizo uno de esos movimientos inexplicables y no esperados, los cuales, hasta en un buque anclado y en la más absoluta calma, le recuerdan a uno la movilidad de los fluidos; y Davis estaba ya de vuelta en el interior de la caseta, cercada por la cegadora luz del día que asomaba por los intersticios, y ante el dependiente que, en airada actitud, aguardaba su decisión.

Se puso a pasear de nuevo. Anhelaba la realización de esos sueños, como un caballo sediento relincha al olfatear el agua; el deseo le enloquecía. Y el único obstáculo era Attwater, el que le había insultado desde el primer momento. Daría a Herrick buena parte de las perlas; era cosa decidida. Huish se opondría y él pasaría por encima de la oposición; y ya elogiaba exageradamente su conducta. No era él quien iba a emplear el vitriolo, y ¿era acaso el tutor de Huish? Lástima que se le hubiera ocurrido la idea, pero ¡después de todo!... Volvió a ver a sus hijos en las filas del colegio, con el uniforme que siempre le había parecido "tan señor"... Y al mismo tiempo la indecible vergüenza de aquella noche se alzó como una llamarada en su espíritu.

—Que sea como usted quiera —dijo con ronca voz.

—¡Ah! Me figuraba que se avendría a razones. Y ahora, a la carta. Aquí hay papel, pluma y tinta. Siéntese y yo le dictaré.

El capitán tomó una silla y la pluma, y se quedó mirando, desconcertado, al papel, y después a Huish. El columpio estaba ya en el otro lado; una nube le pasó por los ojos. —Es cosa tremenda—dijo con un sacudimiento nervioso de los hombros.

—La cosa es fuertecita; no hay duda ——dijo Huish—. Moje la pluma. Eso es. *William John Attwater, Esquife. Muy señor mío*— añadió, dictando.

—¿Cómo sabe usted que se llama William John? preguntó Davis.

—Lo vi escrito en una jaula de embalar. ¿Ha puesto usted eso?

—No —dijo Davis—. Pero hay otra dificultad. ¿Qué es lo que vamos a decir?

—¡Qué hombre! —gritó exasperado Huish—. ¿A qué género pertenece usted? Yo soy el que va a decir lo que hay que poner. Es cuenta mía, si usted tiene la amabilidad de ir escribiendo: *William John Attwater. Muy señor mío* —repitió. Y el capitán, al fin, empezó a mover la pluma como un autómata, y el dictado prosiguió: —"*Con un sentimiento de vergüenza, y sincero arrepentimiento, me dirijo a usted después de los humillantes sucesos de anoche. Nuestro Mr. Herrick ha abandonado el barco y, sin duda, le habrá dado conocimiento de la naturaleza de nuestras esperanzas. Inútil nos parece decir que ya no las consideramos posibles; la suerte se ha declarado contra nosotros, y tenemos que bajar la cabeza. Como me doy cuenta de las justas sospechas con que soy mirado, no me atrevo a solicitar el favor de una entrevista con usted; pero deseando poner fin a una situación igualmente penosa para todos, he comisionado a mi amigo y consocio míster J. L. Huish, para que le someta mis proposiciones que, por lo moderadas, espero merezcan su atenta consideración Mr. J. L. Huish no lleva armas —lo juro a Dios— y llevará las manos alzadas desde el momento en que se acerque a usted. De usted humilde servidor. John Davis. "*

Huish leyó la carta con la candorosa complacencia del "amateur"; se relamió de gusto y, más de una vez, volvió a abrirla después de plegada para deleitarse de nuevo en su obra. Davis, entretanto, seguía sentado, inerte, con el entrecejo fruncido.

De pronto se levantó, todo alborotado, —¡No! ——gritó—. ¡No puede ser! ¡Es demasiado!, ¡es condenarse! ¡Nunca lo perdonaría Dios!

—Bueno, ¿y qué falta hace? —chilló Huish furioso—. Usted se condenó hace años por lo del Sea Ranger, y así lo ha dicho. Pues, entonces, condénese por algo más, y cierre el pico.

El capitán le miró turbado: —¡No! —suplicó—, ¡no, compañero!, ¡no lo haga!

—Oiga usted prosiguió Huish—, le doy mi ultimátum. Yo voy a ver a ese hombre y a echarle el vitriolo en los ojos. Si usted se queda, me voy solo; los negros me darán un capirotazo en la cabeza y con eso no va usted a quedar

mejor de lo que estaba. Pero una cosa es cierta: que no voy a oír más de sus gimoteos y aspavientos.

El capitán se lo tragó cerrando los ojos y con visible esfuerzo. La memoria, con su voz de fantasma, le repetía al oído algo semejante, algo que él había dicho a Herrick una vez... ya hacía, al parecer, muchos años.

—Ahora deme su revólver —dijo Huish—. Tengo que ver si todo está listo. Seis tiros, y ojo con desperdiciar ninguno.

El capitán, como un sonámbulo, puso el revólver sobre la mesa y Huish sacó los cartuchos y lubrificó el mecanismo.

Era cerca de mediodía, no corría un soplo de aire y apenas se podía soportar el calor cuando los dos salieron a cubierta, hicieron tripular el bote y bajaron uno tras otro a sentarse en el tabloncillo de popa. Una camisa blanca en la punta de un remo servía de bandera de parlamento, y los marineros porque así se les ordenó a fin de dar tiempo a que los vieran desde la costa—, remaban despacio. La isla temblaba delante de ellos como algo incandescente; en la superficie de la laguna soles metálicos, no mayores que obleas, bailaban y les acuchillaban los ojos; de la arena del mar y hasta del bote mismo, se alzaba una llamarada de ofuscante resplandor, y como sólo podían mirar a lo lejos por entre las pestañas medio cerradas, el exceso de luz se trocaba en una siniestra oscuridad, como la de una tormenta a punto de estallar.

El capitán se había embarcado en aquella empresa por una docena de razones diversas, la última y la menor de las cuales era el deseo de que tuviese éxito. La superstición domina a todos, en espíritus semi-ignorantes y rudos como el de Davis, domina por completo. Para el homicidio había estado pronto; pero este horror de la droga en el frasco le vencía y se veía a sí mismo cortando los últimos filamentos que le unían a Dios. El bote le llevaba a la perdición, al castigo eterno, y se dejaba llevar asintiendo pasivamente y dando un silencioso adiós a lo mejor que había en él y a sus esperanzas.

Huish iba a su lado con una alborotada jovialidad, no del todo sincera. Acaso tan valiente como el que más, bravo como una comadreja, tenía, sin embargo, que animarse con el sonido de su propia voz; tenía que representar su papel exagerándolo, dejar tamañito a Herodes, insultar todo lo respetable y desafiar a todo lo temible, como en una desesperada apuesta consigo mismo.

—¡Qué calor hace! =dijo—. ¡Se asa uno! Vaya un día para cocer las gachas. Vamos, que debe parecer raro el que le despachen a uno en un día como éste. A mí más me gustaría en una mañana fría y con escarcha, ¿y a usted? (cantando): *Vamos a pasear al monte, una madrugada fría.* Le doy mi palabra de que no había recordado eso desde hace más de diez años; lo cantaba en una escuela de párvulos, en Hackney (cantando): *Así madruga el labrador, el labrador, el labrador...* ¡Pamplinas! ¿Y cómo se siente usted ahora en cuanto a eso del estado futuro y de la salvación? ¿De qué lado se inclina?

—¡Cállese! —dijo el capitán.

—No; si es que necesito enterarme. Es cosa de utilidad práctica para usted y para mí, compadre; podemos estar los dos patas arriba antes de diez minutos. Y tendría gracia que usted sólo echase a volar y se presentase sonriente allá arriba y saliera a recibirle un ángel con un whisky y soda debajo del ala. "¡Hola!. —diría usted—, "¡qué amabilidad!"

El capitán dio un gruñido. Mientras Huish así aventaba y ponía en ejercicio su bravuconería, el hombre que iba a su lado se ocupaba nada menos que en rezar. ¿Para qué rezaba? Sábelo Dios. Pero de su agitado espíritu, inconsciente e ilógico, brotaba un torrente de súplicas, inarticuladas, como su propio pensamiento, fervientes y graves como la muerte y el juicio.

—"¡Dios del cielo, Tú me miras!" —continuó Huish—. Me acuerdo que tenía escrito eso en una hoja de la Biblia. Me acuerdo de la Biblia también, que habla de todo aquello de Abinadab y otros prójimos. Bien, ¡Dios! añadió, apostrofando al meridiano—, vas a ver una cosa de primera, ¡te lo prometo!

El capitán dio un salto.

—¡No consiento blasfemias! —gritó—. ¡No se blasfema en mi bote!

—Está muy bien, capitán —dijo Huish—. Como usted guste. Quiere indicar cualquier otro tema de plática, el pluviómetro, el pararrayos, Shakespeare, las copas musicales... Aquí se despacha conversación. Introduzcan un penique en la ranura y... ¡Hola! ¡Ahí están! exclamó—. ¡Ahora o nunca! ¿Irá a tirar?

Y el hombrecillo se irguió en una actitud alerta y acometedora, y miró sereno a sus enemigos.

Pero el capitán se incorporó un poco en el bote con los ojos saltones.

—¿Qué es eso? —gritó.

—¿Cuál?

—¡Esas... esas cosas!

Y en verdad que había para extrañarse. Herrick y Attwater, armados ambos de Winchester, habían salido del bosque, detrás del mascarón; y a los dos lados, el sol relampagueaba sobre dos objetos metálicos, remates de unos seres con aspecto de máquinas, y en cuya anatomía ocupaban el lugar de cabezas... pero cabezas sin caras. A Davis, que estaba en las nubes, le parecía que su mitología tomaba formas corporales y vivas y que Topheth vomitaba demonios. Pero Huish no se dejó engañar ni por un momento.

—Cascos de buzos, tonto, ¿no lo ve? —dijo.

—Así es verdad —dijo David boquiabierto—. ¿Y para qué? ¡Ah! ¡ya veo! Como armadura.

—¿Qué le decía yo a usted? —dijo Huish—. David y Goliath, del principio al fin.

Los dos indígenas —pues eran ellos los que aparecían con aquel inusitado equipo bélico— se apartaron a derecha e izquierda y acabaron por sentarse a la sombra, en los dos flancos de la posición. Aun cuando ya el misterio estaba aclarado, Davis seguía preocupadísimo, miraba absorto a las cimeras de

llamas que parecían llevar los cascos y se olvidada, y volvía a acordarse, sonriendo, de la explicación.

Attwater se internó otra vez en el bosque, y Herrick, con el rifle bajo el brazo, descendió, solo, al muelle.

A mitad de camino, se detuvo y llamó al bote.

—¿Qué quieren? —gritó.

—Ya se lo diré a Mr. Attwater —contestó Huish, subiendo ligero por la escala——. No se lo digo a usted, porque ha sido un traidor. Aquí hay una carta para él; ahí la tiene, désela y que le ahorquen.

—Davis, ¿no hay nada malo en esto? —dijo Herrick.

Davis levantó la barbilla, miró rápidamente a Herrick, apartó los ojos y nada contestó... En la mirada se traslucía una honda emoción; pero si era de odio o de temor, Herrick no podía adivinarlo.

—Bueno —dijo éste—, voy a entregar la carta—. Trazó con el pie una raya en los tablones del muelle. —Hasta que traiga la respuesta, no avancen un paso de aquí.

Y se volvió donde estaba Attwater apoyado en un árbol, y le dio la carta. Attwater la recorrió de una mirada.

—¿Qué significa esto? —preguntó pasándosela a Herrick—. ¿Una añagaza?

—Supongo que sí —contestó Herrick.

—Bueno, dígale que venga. Para algo es uno un fatalista. Dígale que venga y que ande con ojo.

Herrick regresó al mascarón. Hacia la mitad del muelle esperaba Huish con Davis a su lado.

—Dice que vaya usted, Huish ——dijo Herrick—. Y le advierto que ande con cuidado. Nada de estratagemas.

Huish avanzó de prisa y se encaró con el joven:

—¿Dónde está? dijo, y Herrick vio con sorpresa que su cara, canallesca y vulgar, se enrojeció de pronto y volvió a palidecer.

—Allí enfrente contestó Herrick, señalando con el dedo—. Y ahora levante las manos por encima de la cabeza.

Huish le volvió la espalda y avanzó derecho hacia el mascarón como si fuera a dirigirle una plegaria; se vio que hacía una profunda aspiración y que alzaba los brazos. Como ocurre con muchos de su misma menguada conformación fisica, las manos de Huish eran desproporcionadamente anchas y largas y, sobre todo, enormes las palmas: el frasco desaparecía dentro del amplio puño. Un instante después marchaba con firme y seguro paso a cumplir su misión.

Herrick le siguió al principio. A poco, un ruido a su espalda le alarmó y, volviéndose, vio que Davis había ya avanzado hasta el mascarón. Iba agachado, y con la boca abierta como el hipnotizado sigue al hipnotizador; toda humana consideración y hasta el cuidado por su propia vida, habían sido vencidos por una abominable, irresistible curiosidad.

—¡Alto! —gritó Herrick, apuntándole con el rifle—. Davis, ¿qué hace usted, hombre? Usted tiene que quedarse ahí.

Davis se paró instintivamente y miró a Herrick con pasmados ojos.

—Póngase de espaldas al mascarón. ¿Me oye? Y estese quieto —dijo Herrick.

El capitán tomó aliento, anduvo hacia atrás hasta el mascarón, e inmediatamente volvió a seguir a Huish con la mirada. Había por aquella parte una hondonada en la arena, que formaba un claro en la espesura de los cocoteros, y allí caía a plomo el sol del mediodía con irresistible fuerza. En el lado opuesto, bajo la sombra, se veía la alta figura de Attwater reclinado en un árbol, y hacia él, con las manos alzadas y los pasos amortiguados por la arena suelta, fue avanzando Huish penosamente. El violento resplandor que le rodeaba hacía resaltar, y exageraba su pequeñez; no parecía empresa menos peligrosa para él aquella en que estaba lanzado, que lo sería para un lobezno sitiar una ciudadela.

—Ahí, Mr. Whish. Ahí está bien —gritó Attwater—. Desde esa distancia y sin bajar las manos, como un buen chico, puede usted muy bien ponerme al tanto de las opiniones del patrón—. El intervalo entre ellos era acaso de cuarenta pies. Huish lo midió con la mirada y lanzó entre dientes una maldición. Estaba ya agobiado por el esfuerzo de caminar sobre la arena blanda; y los brazos, a causa de la. violenta postura, le dolían atrozmente. En la palma de la mano derecha tenía el frasco preparado, y el corazón se le estremecía y la voz le faltaba cuando empezó a hablar.

—Mr. Attwater —dijo—. No sé si usted ha tenido una madre.

—Puedo tranquilizar a usted en ese punto; la he tenido contesto Attwater—, y en adelante, si puedo permitirme tal indicación, no es necesario volver a mencionarla en nuestras comunicaciones. Acaso deba también advertirle que no me impresiona lo patético.

—Siento mucho que parezca que he querido entrometerme en sus afectos íntimos —dijo Huish servilmente y adelantando un paso con disimulo—. Al menos nunca me persuadirá de que no es usted un caballero; bien sé yo distinguir al que lo es de veras, y por eso no dudo en someterme a su conmiseración. Es cosa dura, sin duda; es duro tener que confesarse vencido; es duro tener que venir mendigando por caridad...

—Cuando si todo hubiera salido bien, podría considerar todo esto como suyo, ¿no es verdad? —indicó Attwater—. Me doy cuenta de ese sentimiento.

—Me está usted juzgando, Mr. Attwater, Dios sabe cuán injustamente. “Dios del cielo, Tú me miras” ¯, es lo que decía en mi Biblia, y lo había escrito mi padre, con su propia mano, en la primera hoja.

—Siento tener que rogarle, una vez más, que me dispense -dijo Attwater—; pero, créame, parece que está usted una migaja más cerca y eso no entra en lo pactado. Y me voy a permitir aconsejarle que eche uno... dos... tres pasos hacia atrás, y que se quede allí.

Ante este fatal contratiempo, el demonio se asomó a la cara de Huish, y Attwater anduvo presto para sospechar. Frunció el ceño, miró al hombrecillo y reflexionó. ¿Por qué se iba corriendo más cerca? Inmediatamente se echó el rifle a la cara.

Tenga usted la bondad de abrir las manos. Abra las manos del todo, que vea yo los dedos, extiéndalos... ¡Pero arroje eso que tiene ahí! —rugió, creciendo a un tiempo su rabia y su certidumbre.

Y entonces, casi en el mismo instante, el impávido Huish se decidió a arrojar, y Attwater apretó el gatillo. Ni en un segundo discreparon las dos resoluciones, pero la diferencia fu en favor del que tenía el rifle: y el frasco no había salido aún del puño del dependiente, cuando la bala despedazó ambas cosas. Durante un momento el mísero pasó por agonías de infierno, bañado en liquidas llamas y chillando como un demente; y en seguida una bala misericordiosa le tendió muerto.

Todo ello pasó y acabó en un relámpago. Antes de que Herrick pudiera volverse, antes de que Davis hubiera acabado su grito de horror, el dependiente yacía en la arena desparrancado y convulso.

Attwater se precipitó hacia el cadáver y se inclinó para examinarlo; tocó con el dedo el vitriolo y su rostro palideció y se contrajo colérico.

Davis no se había movido; estaba atónito, de espaldas al mascarón, agarrándose a él con las manos crispadas y el cuerpo inclinado adelante, desde la cintura.

Attwater se volvió despacio y le apuntó con el rifle.

—¡Davis! —gritó con una voz como la de una trompeta—. ¡Le doy sesenta segundos para ponerse a bien con Dios!

Davis miró, despertando de su estupor. No soñó en defenderse ni echó mano el revólver. Se enderezó, en cambio, para afrontar la muerte, con las aletas de la nariz palpitantes.

—Me parece que no vale la pena de molestar al Viejo -dijo, considerando el negocio en que estaba metido—; me parece que vale más cerrar los ojos.

Attwater disparó; la víctima hizo un movimiento convulsivo y, al ras de su cabeza, apareció un agujero negro en la tersa blancura del mascarón. Hubo una pausa angustiosa; después otra detonación y el impacto sólido y vibrante del proyectil en la madera; y esta vez sintió el capitán el soplo en el cuello. Un tercer disparo y empezó a gotear sangre de una oreja; y detrás del cañón enfilado, Attwater sonreía como un piel roja.

Davis se dio ahora cuenta del juego cruel en que hacía de muñeco; tres veces había sentido la muerte y tenía que sentirla siete veces más antes de que le despachasen.

—¡Despacio! —gritó—. Voy a tomar los sesenta segundos.

—¡Bien! —dijo Attwater.

El capitán cerró los ojos apretando los párpados como un niño, y levantó al fin las manos con un ademán trágico y ridículo.

—¡Dios mío, por amor de Cristo, mira por mis chiquillos! dijo, y luego, tras una pausa y un ahogo: por amor de Cristo. Amén.

Y abrió los ojos y miró al cañón con un tembloreo en los labios. —¡Pero no juegue mucho tiempo conmigo! añadió.

—¿Es esa toda su plegaria? —preguntó Attwater, con un extraño tono de voz.

—Así me parece.

—¿Así? prosiguió Attwater, descansando en el suelo la culata del rifle—, ¿se ha acabado? ¿Está ya hecha su paz con Dios, porque ya lo está conmigo. Vete y no peques más, padre pecador, y acuérdate que el mal que hagas a otros, Dios lo hará caer, mil veces multiplicado, sobre la cabeza de tus inocentes.

El mísero Davis avanzó, dando traspiés, desde el sitio donde estaba junto al mascarón, cayó de rodillas, agitó las manos y se desmayó.

Cuando volvió en sí, tenía la cabeza apoyada en un brazo de Attwater, y a su lado estaba uno de los servidores, con casco de buzo, sosteniendo un balde de agua, con la cual, su verdugo de un momento antes, le estaba lavando la cara. El recuerdo del espantoso trance volvió a él de súbito; otra vez vio a Huish tendido sin vida, otra vez le pareció tambalearse en el borde de la eternidad sin fondo. Con temblorosas manos se asió al hombre que había ido a matar y la voz salió de él como la de un niño entre las pesadillas de la fiebre: —¡Ay! ¿No hay misericordia? ¿Qué ha de hacer para salvarme?

—¡Ah! pensó Attwater—, ¡aquí está el verdadero penitente!

XII

REMATE

En un mediodía esplendoroso, cálido, lujuriante, de viento recio, dos semanas después de los sucesos relatados y al mes de haberse levantado el telón en este escenario, podía verse a un hombre rezando sobre la arena en la playa de la laguna. Un promontorio de palmeras ocultaba la vista de la factoría, y desde el lugar donde estaba arrodillado no se veía otro vestigio de obra humana que el pailebot Farallone, que había cambiado de fondeadero y se mecía anclada a unas dos millas a barlovento, en mitad de la laguna. El monzón soplaba ruidosamente por toda la isla. Las palmeras más próximas crujían y silbaban con las ráfagas; las más lejanas acompañaban con un rumor sordo como el tráfago de ciudades; y, sin embargo, cualquiera no tan absorto como el rezador, hubiera oído alzarse a veces sobre esta tumultuosa barahunda del viento la nota más aguda de voces humanas desde el poblado. Todo era allí agitación. Attwater, desnudo hasta la cintura, prodigaba su vigorosa ayuda y dirigía y acuciaba a cinco kanakas. Del animoso tono de su voz y sus aun más animosos esfuerzos, podía inferirse que algún repentino y feliz acontecimiento había puesto a todos en aquella conmoción, y la bande-

ra inglesa flameaba de nuevo en el mástil. Pero el hombre orante de la playa, sin reparar en las voces, seguía su rezo tenaz y fervoroso en tono alto o desmayado y con rostro gozoso o ensombrecido, según las cambiantes fases de su piedad o su terror.

Ante sus ojos cerrados, el esquife había estado algún tiempo dando bordadas en demanda del lejano y solitario *Farallone,* y en aquel momento pudo distinguirse la figura de Herrick que subía a bordo, y entraba un instante en la cámara, iba desde allí al alcázar de proa y descendía luego por la escotilla. De todos esos sitios, tras de su visita, se alzó un rizo de humo, y apenas había saltado al bote y desatracado, cuando se vieron llamas en el pailebot. Ardía alegremente; no se había economizado el petróleo y los fuelles de los alisios avivaban la conflagración... A mitad del camino de vuelta, cuando Herrick volvió la cabeza, vio al Farallone envuelto hasta los topes en fieras llamaradas y la voluminosa humareda venía persiguiendo al bote al ras de la laguna. Antes de una hora, según su cálculo, las aguas se cerrarían sobre el barco robado.

Y sucedió que, como el bote volaba viento en popa y Herrick no cesaba de mirar hacia atrás, contemplando la obra de las llamas, se encontró engolfado al norte del promontorio de palmeras y, a la vez que se daba cuenta de ello, vio a Davis sumido en sus devociones. Al verlo se le escapó una exclamación, mitad de enojo y mitad de burla, y, dando un toque al timón, embistió de proa a la playa, a menos de veinte pies del inconsciente devoto. Con la amarra en la mano saltó a tierra, se acercó y se detuvo junto a él. Y aun el chorro incoherente y voluble del rezo siguió fluyendo. No le era posible oír lo que el rezador pedía, aunque le escuchó un rato con el ánimo indeciso entre la risa y la lástima, y sólo cuando empezó a oír varias veces su nombre acompañado de ciertos epítetos, se decidió a tocar en el hombro al capitán.

—Siento interrumpirle en sus ejercicios -dijo—; pero quisiera que mirase usted al Farallone.

El capitán se incorporó dando un traspiés: —Míster Herrick, ¡qué susto me ha dado usted! No me encuentro del todo en mis cabales desde... y no pudo seguir—. Pero, ¿qué es lo que me decía usted? ¡Ah! el *Farallone* y miró a lo lejos, indiferente y apático.

—Sí —dijo Herrick—. Allí está ardiendo. Ya puede usted figurarse la noticia.

—Me figuro que el *Trinity Hall...*

—El mismo. Avistado hace una hora y recalando más que aprisa.

—Bueno; pues eso viene a importar menos que un puñado de lentejas —— dijo el capitán dando un suspiro.

—¡Vamos, hombre!, ¡eso es pura ingratitud! —exclamó Herrick'

—Ya se ve contestó el otro, meditabundo—, acaso usted no vea la cosa precisamente como yo la veo; pero yo casi hubiera preferido quedarme aquí en la isla. He encontrado aquí paz: la paz en las creencias. Sí, me parece que esta isla es bastante y de sobra para John Davis.

—¡Jamás oí tal disparate! —exclamó Herrick—. ¡Qué es eso!, cuando todo le está saliendo a pedir de boca; el *Farallone* desaparecido, la tripulación colocada, un modo seguro de vivir para usted y los suyos, y usted mismo el niño mimado y el penitente favorito de Attwater...

—Vamos, Mr. Herrick, no diga usted eso —dijo el capitán dulcemente—, cuando sabe que él no hace ninguna diferencia entre nosotros. Pero, ¡ay!, ¿por qué no ha de ser usted de los nuestros?, ¿por qué no venir a Jesús de una arrancada y encontrarnos allá arriba en la tierra prometida? Eso es justo lo que hace falta; no tiene más que decir: "¡Señor, creo, ayúdame en mi incredulidad!" Y El le estrechará en sus brazos. Ya ve usted si yo lo sé: ¡yo mismo he sido un pecador!

FIN